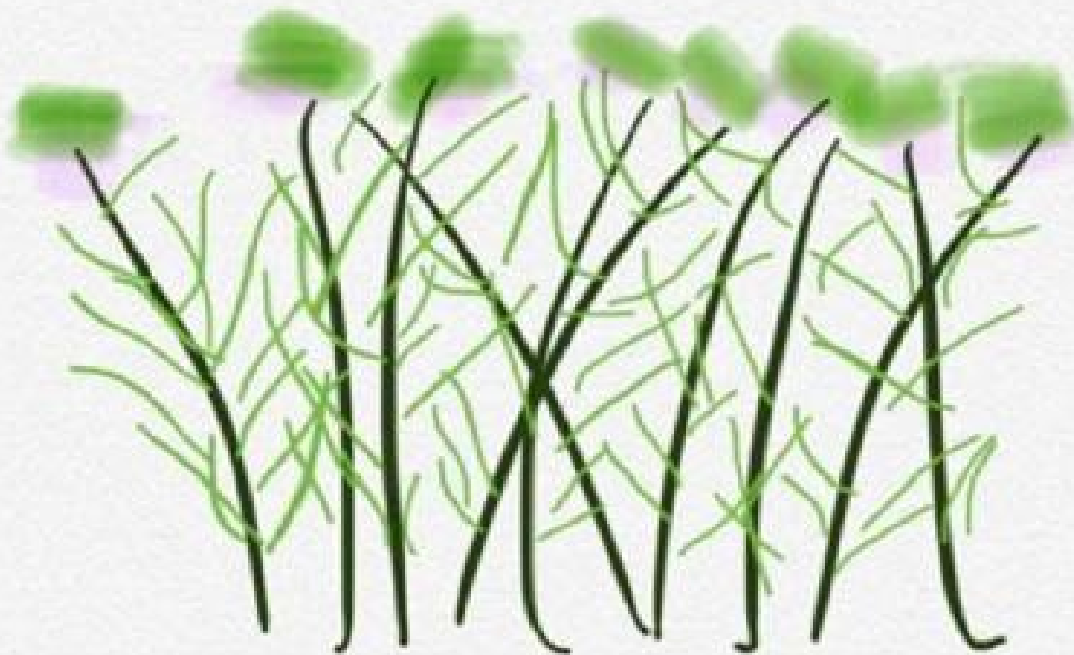


EVA ESTEBAN-ACEBO

# EL SECRETO ESMERALDA



Un encuentro con el pasado

## SIPNOSIS

Miércoles, 29 de septiembre de 1973. Una huida desesperada acaba en un naufragio mortal. Por designios del destino, una botella vagará a la deriva durante años hasta encontrar finalmente el camino de vuelta a sus orígenes. Al refugio de su color esmeralda se guardan celosamente los secretos de varias generaciones. Pero sólo los elegidos podrán desvelar su verdadero significado. Un desquiciado lobo de mar, una joven decepcionada con la vida, un incondicional buscador de tesoros y un calculador inspector de policía cruzarán sus caminos. Sus historias cambiarán el significado de sus vidas para siempre.

El secreto esmeralda

*Un encuentro con el pasado*

Eva Esteban-Acebo

Derechos de autor © 2020 Eva Esteban-Acebo

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son producto de la imaginación de la autora. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una simple coincidencia.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Diseño de la portada de: Pintor artístico  
Impreso en España

*A mi madre,  
Por todo.*

*“A veces nuestros propios fantasmas nos persiguen y no somos conscientes de su compañía hasta que nos miramos con detenimiento en el espejo, hasta que no vemos a ese ser desconocido reflejado, a ese ser extraño, que no nos pertenece, aunque en el fondo lleve nuestro nombre.”*

Eva Esteban-Acebo

## Contenido

<a href="#">Página del título</a>	
<a href="#">Derechos de autor</a>	
<a href="#">Dedicatoria</a>	
<a href="#">Epígrafe</a>	
<a href="#">1</a>	
<a href="#">2</a>	
<a href="#">3</a>	
<a href="#">4</a>	
<a href="#">5</a>	
<a href="#">6</a>	
<a href="#">7</a>	
<a href="#">8</a>	
<a href="#">9</a>	
<a href="#">10</a>	
<a href="#">11</a>	
<a href="#">12</a>	
<a href="#">13</a>	
<a href="#">14</a>	
<a href="#">15</a>	
<a href="#">16</a>	
<a href="#">17</a>	
<a href="#">18</a>	
<a href="#">19</a>	
<a href="#">20</a>	
<a href="#">21</a>	
<a href="#">22</a>	
<a href="#">23</a>	
<a href="#">24</a>	
<a href="#">25</a>	
<a href="#">26</a>	
<a href="#">27</a>	
<a href="#">28</a>	
<a href="#">29</a>	
<a href="#">30</a>	
<a href="#">31</a>	
<a href="#">32</a>	
<a href="#">33</a>	
<a href="#">34</a>	
<a href="#">35</a>	
<a href="#">36</a>	

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[Acerca del autor](#)



Eran las cuatro de la mañana. La tormenta tropical, que invadía la península desde hacía una semana, no remitía. En noviembre, era habitual que las tormentas duraran días enteros sin tregua. Las riadas de barro y lodo obstaculizaban el transporte y todo quedaba paralizado durante horas a la espera de que la tromba de agua cesara. Esa noche estaba siendo una de las más duras y la parte occidental de Hill Town era, la más afectada. Las gruesas gotas de lluvia golpeaban con furia incansable los cristales de las ventanas enmohecidas por el paso del tiempo. La casa era vieja. Había sido construida por los colonos a mediados del siglo XIX y aunque había sobrevivido a varios huracanes, nadie se había tomado la molestia de encargarse de su mantenimiento. Como la mayoría de las casas de la zona, pertenecía a un fondo de inversión y ahora se alquilaba por temporadas a un precio muy bajo. Lo más nuevo que tenía era un banco en el porche. Las luces tenues de unos faros lejanos se filtraron a través de la cortina de agua, iluminando débilmente las paredes descascarilladas de la casa. El rugido ahogado del motor desapareció entre el ruido de los truenos cuando los neumáticos del 4x4 se clavaron bruscamente en el barro.

Era difícil dormir esa noche. Clía se revolvió compulsivamente entre las sábanas húmedas por el sudor, intentando, en vano, conciliar el sueño. Sacudía con brusquedad los muelles del colchón en cada movimiento al cambiar de postura. Dormía desordenadamente, los pensamientos fluían a gran velocidad por su cabeza y los recuerdos no le permitían un momento de paz. Hacía años que estaba muerta.

En el mismo instante, mar adentro a cinco millas de la costa, la silueta de un velero zozobrando se recortaba entre las explosiones de los relámpagos. Era de las pocas embarcaciones que se mantenían a flote esa noche. Las que se habían quedado amarradas en el puerto apenas habían sobrevivido y las que, varadas a la intemperie, ya habían sido pasto de la tormenta. Sin embargo, por algún motivo Ada se mantenía aún a flote, aunque no por mucho tiempo. La espuma blanca de las embravecidas olas golpeaba sin piedad contra la fibra del casco. No había tiempo que perder. Darío, el único pasajero a bordo, echó una rápida ojeada a la superficie de la cubierta. Alargó el brazo hacia un cabo suelto y fijó con firmeza el timón. Sabía que le quedaban pocos minutos en ese barco y corrió como alma que lleva el diablo, hacia su camarote. Agarró con fuerza una mochila que yacía encima de la cama revuelta y subió de nuevo a la cubierta. El viento azotaba la embarcación cada vez con más furia. Le resultaba complicado moverse. Sin embargo, arrastró su cuerpo como pudo entre las sacudidas del barco hasta alcanzar en estribor un chaleco salvavidas. Aseguró las asas de nailon de la mochila a su muñeca, cogió impulso y con una última mirada húmeda de congoja, saltó con decisión entre la espesura de la lluvia al mar negro. No quería morir ahogado cuando el velero se hundiera entre los arrecifes. No había llegado tan lejos para morir solo en aquel barco. Deseaba con todas sus fuerzas que su destino no le abandonara en aquellas aguas. Con las manos temblorosas cruzó las asas de la mochila sobre el chaleco y nadó sin rumbo fijo, entre la espesura del océano, alejándose de la proa del barco que quedaba por hundirse. Las crestas de las olas envolvieron su cuerpo y lo arrastraron con rabia al negro fondo de las profundidades.

La tormenta había amainado. Las aguas calmadas del mar reflejaban la cuna de la luna creciente en su superficie de mercurio opaca. El cielo oscuro dibujaba perfectos nimbos grises que se alejaban empujados por los débiles suspiros del viento. Lupe remendaba la última red de la madrugada sentado en las rocas junto a la orilla de la playa tranquila. Sus venosos dedos, llenos de cicatrices, curtidos por el salitre y el sol, sostenían con delicadeza la aguja que tejía los rotos. A punto de amanecer, ya se respiraba el olor marino en calma. Las gaviotas más osadas se adentraban volando en el mar. En la orilla, las olas serenas acariciaban los restos que la tormenta había empujados hasta la arena.

Una sombra enturbió la tenue claridad que iluminaba las manos de Lupe y una voz familiar le sacó de su ensimismamiento.

—Menuda nochecita ¿eh, Lupe? —le saludó el viejo Jeremías, sacándole de sus pensamientos.

—Hmm —respondió Lupe levemente con un gesto de cabeza sin retirar los ojos de la red—. No siempre después de la tormenta llega la calma, mi viejo amigo —añadió.

Las palabras de Lupe reforzaron el silencio. Sin más comentarios, recogió la red, se incorporó con lentitud y emprendió la marcha alejándose de la playa hacia el muelle.

Jeremías se quedó pensativo observando cómo se alejaba el viejo capitán por la orilla.

A una milla de la playa, en el muelle, las gaviotas ya estaban despiertas. Gorjeaban con la fuerza máxima que les permitían sus pequeños pulmones. Volaban enloquecidas en círculos sobre las redes expuestas a los primeros rayos de sol.

Aquella mañana los pesqueros, que habían estado faenando varias noches durante la tormenta, abarrotaban los muelles. El griterío y el bullicio de gentes yendo y viniendo con banastas, llenas de pescado que parecían volar por los aires, contrastaba con la engañosa calma de un mar que unas horas antes amenazaba con hundir cada barco. Pero ahora, como un espejo cristalino el mar reflejaba en sus aguas las prisas de la mañana.

Lupe se acercó con pausa a uno de los pesqueros atracados. Dejó el cesto de las redes cuidadosamente en el suelo junto a una gruesa maroma verde. Observó el movimiento matutino del puerto pesquero. Iba allí todas las mañanas. Aunque no era muy hablador, involucrase entre el tumulto le aliviaba los pensamientos.

—¿Qué tal ha ido la jornada? —preguntó con el ceño fruncido, sabiendo de antemano la respuesta del patrón del barco.

—Con esta tormenta no hemos podido apenas faenar. La fuerza del viento arrastró al barco hacía las corrientes y mantenernos en ruta fue algo prácticamente imposible. Ya sabes cómo son estas cosas. Las redes vacías y la mayoría rotas —contestó el patrón con poca energía y el gesto agotado. Estaba exhausto.

Lupe miró a los pescadores. Iban vestidos aún con sus impermeables, sus botas de faena y sus pantalones empapados. De modo rutinario, descargaban el barco. Se acercó para verlos mejor. Podía observar en sus rostros cansados las penurias de noches a la deriva luchando contra viento y marea, los turnos doblados para ayudar a los compañeros, las prendas mojadas adheridas a la piel ajada por el salitre. Sabía lo duro que era faenar en aquellos mares, él también había sido marinero. Con nostalgia observaba cómo iban separando las redes, las dañadas de las que estaban en mejor estado. Habían empleado todas las posibles técnicas en un intento desesperado por

conseguir llenar las despensas con alguna tonelada de pescado fresco. Las redes de agallas y las nasas todavía se podían aprovechar, pero las de atarrayas estaban destrozadas.

—Fíjate, la mayoría están para tirar —añadió con tristeza el patrón del pesquero.

—Yo voy para la lonja y tengo sitio atrás, en el remolque —se ofreció una voz desde otro barco.

—Está bien —se resignó—. Llévatelas, ya no sirven para nada. Cuidado con la tiradera y los brioles que están enganchados. No os vayáis a hacer daño.

Con la ayuda de otros dos muchachos montaron las redes en el remolque. El tejido era un ovillo de nailon y algas, una masa retorcida de fibras verdes y azules en la que nadie se fijaba.

Sólo Lupe miraba con atención la maraña. Entre los dos colores marineros descubrió uno nuevo, poco apropiado para unas redes y demasiado moderno para pertenecer a las profundidades del océano.

Clía descorrió el visillo blanco de la ventana de la cocina para ver el mar. El café caliente humeaba. Le gustaba tomarlo en una vieja taza de cerámica, que resistía el paso del tiempo. El olor, que la tormenta había dejado tras de sí, se colaba por la puerta entreabierta del porche. Inhaló profundamente. El salitre y la frescura de las algas abandonadas en la orilla le llenó los pulmones.

—Qué delicia de olor —pensó mientras una tenue sonrisa dibujó sus labios.

La ligera brisa de la mañana golpeó la puerta contra su marco y le sacó de su ensimismamiento. Clía recordaba haber echado el cerrojo antes de irse a dormir y se dirigió extrañada hacia la entrada. La puerta seguía con su vaivén, golpeándose, dejando ver intermitentemente el suelo del porche. El olor, la brisa y el tiempo desaparecieron por unos segundos.

La taza resbaló entre sus manos y cayó al suelo rompiéndose en mil pedazos. El café caliente empañó sus pies. Pero Clía no reaccionó al calor que le abrasaba entre los dedos, sólo se quedó frente a la puerta con los ojos muy abiertos, hipnotizada, inmóvil, como si alguien hubiese apretado el botón de pausa del tiempo.

Su cuerpo reaccionó inesperadamente. El corazón comenzó a palpar a gran velocidad, las pupilas de sus ojos se dilataron como el diafragma de una cámara en exposición nocturna y sus manos comenzaron a temblar.

Sin pensarlo, entró en el interior de la casa, corrió hacia el baño mientras se tropezaba, y no paró hasta que sus manos alcanzaron el lavabo. Entonces, lentamente sus ojos buscaron el reflejo de su mirada en el espejo. Era una mirada grande, verde, brillante, de unos ojos que temblaban. Unos ojos llenos de temor. Sin poder evitarlo, una lágrima se le escapó y recorrió su mejilla, mojando su pálida piel resbaló hasta estrellarse contra su mano. Quería cerrar los ojos para que terminaran de caer el resto de las lágrimas acumuladas, pero no podía. No sabía si no podía o en realidad no quería cerrarlos y comprobar al volver a abrirlos que todo era un sueño.

—¿Qué me está pasando? —se preguntó en silencio para sus adentros—. ¿Qué te está pasando? —volvió a preguntar al reflejo del espejo buscando una respuesta. Pero sólo podía ver su rostro bañado en sudor, atrapado en ese gesto que ya conocía, pero que hacía tanto tiempo que no recordaba.

*“A veces nuestros propios fantasmas nos persiguen y no somos conscientes de su compañía hasta que nos miramos con detenimiento en el espejo, hasta que no vemos a ese ser desconocido reflejado, a ese ser extraño, que no nos pertenece, aunque en el fondo lleve nuestro nombre”.*

Respiró hondo. Apretó las manos contra el lavabo. Se irguió y fue con decisión hacia la puerta. La abrió con tanta fuerza que al atravesarla se cerró tras de sí.

Se volvió a hacer la misma pregunta:

—¿Qué me está pasando? —no tuvo tiempo de responder. Clavó su mirada en el suelo. La botella de vidrio ya no estaba en el porche.

Clía sobresaltada se incorporó con brusquedad en la cama. Unas gotas de sudor cálido resbalaban por sus sienes. Miró a su alrededor. Observó las sábanas revueltas y la luz del amanecer colándose por la ventana. Respiró aliviada, todo había sido un mal sueño.

El agua tibia acariciaba su cara. Los rayos de sol calentaban su mejilla cuando la corriente se retiraba. Intentó abrir los ojos, pero el salitre reseco había sellado sus pestañas. Le dolía todo el cuerpo. ¿Qué había ocurrido? Darío se incorporó lentamente. El dolor de los músculos entumecidos le aseguraba que estaba vivo. Ahora recordaba. El velero, la tormenta, el casco atrapado en los arrecifes...

Abrió unos milímetros los párpados y se miró las manos. La mochila no estaba entre ellas.

—Y... ¿la bolsa? —se preguntó entre alarmado y aturdido.

Estaba completamente desorientado, sediento, hambriento y dolorido. Sin embargo, de los que estaba seguro es de que recordaba perfectamente haber cogido la mochila de su camarote antes de saltar del barco. Decidió no pensar más. En ese momento, necesitaba beber agua fresca, comer algo y un teléfono; sobre todo, con urgencia, un teléfono. Sacudió la cabeza con vigor para desentumecer sus pensamientos y abrió del todo los ojos. La luz era cegadora, el reflejo de la arena blanca sobre la que estaba tumbado no le permitía abrirlos del todo, pero el resto de sus sentidos no le habían abandonado. Apoyó las palmas de las manos contra la arena y se incorporó con suavidad. Respiró hondo. Olía a mar, a mar cálido y transparente. El ronroneo de las suaves olas le indicaba que estaba muy cerca de la orilla. No se equivocaba. El agua turquesa transparente descansaba a su alrededor sobre la arena blanca y fina como la harina. A su espalda, más allá de la arena seca, las rocas trepaban hasta fundirse con el acantilado. Un vasto acantilado imponente se alzaba ante sus ojos. Parecía tan alto como el rascacielos del banco en el que solía trabajar, y desde el que se asomaba a observar toda la ciudad con sus luces serpenteantes cuando caía la tarde. No olvidaría esa vista, allí, a lo alto uno se sentía el dueño del mundo, o por lo menos así parecía al principio. Darío había trabajado para la compañía de inversiones casi cuatro años, los mejores de su vida profesional, los más competitivos, los más arriesgados, y los más exitosos. Su posición, pasaba desapercibida, aunque su labor era crucial para la empresa. Se encargaba de investigar los antecedentes de los clientes potenciales en busca de manchas negras en su vida profesional o personal antes de aceptarlos como nuevos clientes. Le gustaba y era el mejor en su trabajo, pero todo cambió con la llegada de un nuevo director, un tipo enchufado a dedo que le hizo descender vertiginosamente en su carrera en el momento en el que más se merecía un ascenso. Darío que siempre tuvo el defecto de no saber callar en el momento, mandó al nuevo director y a su nueva plantilla de lameculos a freír monas. Y así es como acabó en el DIIP (Departamento de Investigaciones Internas de la Policía) limpiando a la Justicia de trepas indeseables de segunda categoría, o “paletos–autodidactas”, como él los llamaba.

Ya de pie y con los brazos en jarras observaba entre fascinado e impotente lo abrupto del paisaje. Y ...ahora ¿qué? Mientras ponía en orden sus pensamientos, un pequeño bote se acercó a la playa.

— ¡Nueve cuarenta!, ¡nueve treinta!, ¡veinte!, ¡nueve diez!, ¡nueve!, ¡ocho noventa!, ¡setenta!  
—cantaba el cofrade a una velocidad difícil de entender para una persona ajena a las subastas de pescado.

— ¡Yo! —una voz destacó por encima del ajetreo de la nave.

Otras voces resonaban en el interior de la vieja lonja. Las paredes, resquebrajadas y decoloradas por la humedad y el paso del tiempo, sujetaban decenas de pequeñas pizarras emborronadas con símbolos en tiza. Era la subasta de la captura de la flota de cerco. subasta de primavera y la variedad de pescado era escasa. El estado de la mar durante los días anteriores no había permitido faenar a los pescadores, como en otras ocasiones. Ahora las escasas toneladas que se habían capturado ya estaban prácticamente repartidas entre los grandes almacenes, las pequeñas pescaderías de barrio y los más prestigiosos restaurantes de la zona. Sólo quedaban las pocas banastas que a Pico le quedaban por descargar de su remolque.

Pico era el chico de los recados. De mediana estatura, tenía el pelo a la altura de los hombros y lo llevaba siempre revuelto. No le preocupaba mucho su aspecto. Así que habitualmente iba vestido con unos tejanos desgastados, camisetas de algodón y unas zapatillas de esparto, cuando no iba descalzo. A pesar de su apariencia desaliñada, se llevaba bien con todo el pueblo y los pescadores le tenían mucho cariño. Su padre había sido pescador, pero un día se adentró solo en el mar y no volvió. Lo estuvieron buscando durante semanas, sin embargo, no encontraron rastro, ni de él ni de su embarcación. Tristemente, no era la primera vez que sucedía una desaparición así. De modo que, los habitantes del pueblo asumieron, una vez más, que el mar lo guardó en su seno para siempre. Sin embargo, la madre de Pico no aceptó la situación. No pudo soportar el dolor que le causó la desgraciada pérdida. En su duelo, estuvo encerrada llorando durante meses hasta que una heladora madrugada de enero alguien la vio salir de su casa con una maleta.

A Pico le dejó desconcertado su marcha. En su memoria quedó grabado que la noche anterior habían cenado bizcocho de chocolate con helado de fresa, su preferido, y leyeron juntos, al calor de la chimenea, sus comics preferidos. Cuando se levantó a la mañana siguiente las ascuas del salón todavía humeaban, pero notó un frío extraño en la casa. Fue la última vez que Pico vio los ojos tristes de su madre. Por aquel entonces tenía diez años y “pico”. Para poder entender, Pico había ido borrando recuerdos. En su momento, le provocó rabia, frustración y un sentimiento de abandono. Pero pasados los años, aprendió a perdonar y con el tiempo, había aceptado que la marcha de su madre fue para ella algo necesario. En el pueblo se pensaba que la marcha de la madre de Pico era lo mejor que podría haberle pasado al chaval. Su madre no había sido capaz de cuidarse y ya no podía hacerse cargo de él tampoco. Pico estuvo un tiempo con el Padre Raimundo, párroco de la Iglesia del Carmen. Durante unos años ejerció las labores propias de monaguillo, pasando el cepillo, ordenando la sacristía y colgándose los domingos de la soga que sujetaba la campana, que era lo que más le gustaba. Durante los amaneceres, ayudaba en sus tareas a los pescadores, desembarcando banastas, limpiando las despensas de los barcos y ordenando las redes, lo que le proporcionó un cuerpo atlético y fibroso. Aprendió a montar y desmontar las poleas de las grúas, a diferenciar el pescado para clasificarlo en las banastas, y a nadar, algo que muy pocos pescadores sabían hacer. Más tarde, cuando cumplió los dieciséis años decidió que ya era suficientemente mayor como para valerse por sí mismo. Remodeló la antigua casa donde había

pasado felices momentos de su infancia con sus padres y se instaló partiendo de cero. No dejó de tener contacto con los pescadores y aunque sabía que siempre tenía un plato caliente en cualquier mesa, a Pico le gustaba estar a solas. Le gustaba guardarse las cosas dentro y pasear por la playa, mirando al horizonte. Con la pérdida de sus padres se había convertido en una persona introvertida y reservada. No quería depender de nadie, tenía miedo a sufrir más abandonos. Por ello nadie sabía de sus anhelos. Pico tenía una ilusión de la que muy pocos eran partícipes. Sabía que cada día que pasaba, estaba más cerca de su sueño.

Mientras terminaba de apilar las banastas no dejaba de pensar en su cita de todos los martes. La última columna de cajas y terminaba por hoy con la pesada tarea. Sólo le quedaba seleccionar las redes y se podría ir a la ciudad. Ordenaría las redes que todavía servían y dejaría las rotas se las llevaría al viejo loco de Lupe, nadie remendaba las redes como él, Lupe las dejaba como nuevas.



Clía se quitaba la humedad del pelo mojado mientras paseaba pensativa por el cuarto de baño. Aquella mañana se había levantado distinta, se sentía diferente. Notaba que se veía desde afuera. Tenía la sensación de que la Clía del sueño no había vuelto a su cuerpo. La sentía en un rincón de aquella estancia, expectante, realizando un exhaustivo escrutinio. Una percepción realmente muy extraña. Sin embargo, se sentía con fuerza para enfrentarse a sus peores pesadillas y no tenía intención de dejar que en este día soleado le vencieran.

—Ya es hora de que espables —se dijo con ironía—. Lo raro es que no te hayas vuelto loca antes, tanto tiempo sola, encerrada en esta isla, ajena al mundo.

Hacia muchos meses que no se sentía tan segura, tan entera, tan mujer, tan fuerte. Tenía hasta ganas de reírse de sí misma. Sin embargo, en el fondo, sentía contradicciones. No era fácil deshacerse de sentimientos, experiencias y emociones, que se aferraban con testarudez a las paredes de la memoria.

Clía había llegado al pequeño pueblecito pesquero hacía unos cinco meses. No es que fuera una persona introvertida ni antisocial, pero estaba pasando por una de esas etapas en las que uno necesita estar solo. Su intención, al aislarse en una preciosa casita al ras de la playa, era uno de los primeros mandamientos del listado que se había propuesto cumplir. No quería vivir más mentiras, no quería sentirse siempre sola. No estaba dispuesta a ver cómo todo giraba a su alrededor sin que nadie le invitara a subir a la noria de la vida. Quería recuperar su energía, quería volver a sentirse útil, llena, viva. En resumidas cuentas, deseaba con todas sus fuerzas volver a ser feliz. Total, no era la primera persona a la que le destrozan el corazón, le traicionan la confianza y le pisotean la autoestima. Hasta ahora no había encontrado mucho sentido a su existencia. En ocasiones, las circunstancias de la vida tomaron los derroteros diferentes de los que se marcó. Siempre creyó que era dueña de su destino, que lo tenía todo controlado. Siempre pensó que una vez tomadas las oportunas decisiones todo seguiría un curso preestablecido. Estuvo convencida de que todas las preguntas tienen su respuesta, y de que nada puede fallar si la base es la adecuada. Sin embargo, en algún momento del camino se quedó respuestas. [...] Y fue entonces cuando su mundo se desmoronó, se le deshizo entre los dedos como la arcilla reseca y no tuvo con qué pegarlo.

*“Algunas personas dejan que la arcilla se deshaga hasta desaparecer; otras le dan cuerpo con las lágrimas de la impotencia y el sudor de su frente hasta formar una nueva masilla.”*

Eso fue lo que le pasó a Clía, que decidió empezar de nuevo con una limpieza de alma y mente. La idea de irse a olvidar de todo a un lugar tan recóndito no había sido popularmente secundada, una verdadera locura le había dicho todo el mundo.

—¿Cómo lo vas a dejar todo?, ¿de qué vas a vivir? Y... ¿en dónde?, ¿cómo que no sabes?

Sólo hubo una persona que la entendió.

—Haz lo que debas, solo tú sabes si eres feliz, y lo único que tienes que ser es eso, feliz; *life is too short*; la vida es demasiado corta para ser infeliz. Ve, explora, busca y encuéntrate...

*“Benditas palabras. Nacemos para ser felices. Todos lo sabemos, pero en ocasiones se nos olvida.”*

El plan de viaje definitivo surgió cuando se percató del poco sentido que estaba adquiriendo su vida. Parándose a pensar, rebobinó en su memoria.

Se licenció en una de las universidades más prestigiosas del país. Sin embargo, eso le sirvió de poco a la hora de trabajar en lo que realmente le gustara. Así que estuvo probando de empresa en empresa hasta que perdió las fuerzas y la ilusión ante tanta hipocresía y explotación. Además de que el trabajo no le llenaba, su frustración se extendía hasta la hora en la que se acostaba. En su propio apartamento, su relación de pareja, que hasta ese momento había sido esporádicamente reconfortante, se empezó a convertir en un infierno de juguete. Todas las situaciones eran de tamaño minúsculo. No había enfurecidas discusiones, sino pequeños gestos de mal humor continuo. No explotaban las palabras malsonantes, sino que en su lugar se extendían durante días silencios incómodos e interminables. No existían miradas profundas de odio y rencor, sino que ni tan siquiera se miraban. Cada día, a las cinco de la tarde, Clía salía de la montaña rusa de su inestable trabajo, con miedos e incertidumbres, para meterse en el túnel del terror de su apartamento, lleno de oscuridad y aislamiento.

En resumidas cuentas, se sentía tan sola.

—No lo soportó más —explotó un día—. No quiero continuar así. Si sigo por este camino, voy a ser una desgraciada —agregó furiosa—. ¡Se acabó!, voy a hacer lo que realmente quiero.

Y así, sin más, tras esa impetuosa reflexión, se fue.

En ese momento, Clía puede que hubiera perdido la ilusión por su trabajo, la fe en el amor y la luz en su día a día. Pero Clía era una mujer con carácter, con las ideas claras, y lo que no había perdido era su poder de decisión. De modo que, aunque no fue fácil, decidió marcharse, dejarse llevar por un impulso que le suplicaba desde que abandonara aquella vida que conocía. Puede que a emprender un viaje o simplemente como una huida. Así que comenzó con una pequeña maleta y unos pocos euros a recorrer parte del mundo hasta que, plantó los pies en el lugar donde ahora se encontraba.

Gladelakes era pequeño pueblo pesquero refugiado en una isla protegida celosamente por un mar verde y cristalino y unas abruptas montañas. A más de cien kilómetros del ruido y la contaminación, Clía miró a su alrededor y se dio cuenta de que, aunque le había costado dar ese primer paso, tenía la sensación de que muy pronto iba a encontrar el sentido de todo esto.

Todavía desnuda, se acercó a la cocina y giró la manilla del gas para apagar el fuego en el que descansaba la tetera. Vertió el agua humeante sobre la bolsita de té y cubrió la taza con un plato de postre. Tendría que esperar un poco. Sabía que el reconfortante té caliente le ayudaría a olvidar las pesadillas nocturnas y le pondría en marcha para todo el día. Se acercó a una desordenada estantería y acarició con ternura una vieja radio de madera que tenía casi tantos años como ella. Era la radio que le regaló su abuelo cuando sacó el primer sobresaliente en la escuela. Había sido en Ciencias, un mundo que desde siempre le fascinaba. La encendió y giró el dial hasta que una familiar melodía invadió la sala. Mientras recitaba la letra de la ochentera canción “Crash and Burn” de *The Bangles*, uno de sus grupos preferidos se vistió sin prisa, mientras tarareaba las letras que salían del viejo aparato. Especialmente relajada y con un humor excelente pensó que, después del desayuno, daría un paseo por la playa. Se sonrió, había pasado mucho tiempo desde la última vez que tensó sus labios.

—¿Por qué no? —pensó—. Hoy es un día precioso.

Darío no se dio cuenta de que un pequeño bote se acercaba a la orilla de la playa, a unos metros de dónde él se encontraba. De espalda a la orilla, con la cabeza levantada, estaba demasiado concentrado buscando con los ojos un camino entre las escarpadas paredes del acantilado que pareciera seguro y que lo sacara de esa playa. Observó las imperturbables y caprichosas rocas y llegó a la conclusión de que aquella pared de piedra caliza y matojos espesos era inaccesible.

Quizás sería más sencillo rodear el acantilado caminando por la playa. Puede que le llevara a algún puerto, a alguna urbanización. Tan sólo se conformaba con cualquier lugar donde encontrar un ser humano con un teléfono.

Giró su cuerpo hacia la izquierda y se dio cuenta de que el acantilado se extendía hasta perderse en el mar; no tenía pinta de ser una posible salida. Esperanzado, volvió su cabeza ciento ochenta grados, pero el sol le dio directamente en los ojos. Levantó la mano derecha para protegerse de los fuertes rayos del mediodía y cuando su palma hizo sombra sobre sus ojos le pareció ver a lo lejos, varada en la orilla, una pequeña barquita.

Por ese lado tampoco había salida. El acantilado hacía de la playa una cala cerrada, sin embargo, si había una barca, tendría que haber alguien más en algún lugar cercano. Sacó fuerzas de flaqueza y caminando a ritmo muy lento por la orilla se dirigió hacia el bote.

La barca esclava de la arena por una roída maroma y un oxidado ancla se mecía con delicadeza con el ir y venir de las suaves olas. El casco de madera estaba pintado en blanco y una línea roja trazada a mano lo cruzaba de proa a popa. Al final de la línea con una caligrafía antigua, también en rojo, se podía leer nítidamente Etna. Los trazos eran tan brillantes e impecables que parecían recién pintados.

Darío apoyó las manos a babor del bote, se inclinó y fisgó en el interior. Sólo había una especie de maraña de nailon enredada y un cubo de plástico, sin mango, que años atrás había sido verde y con un par de dedos de agua. Dos remos con la madera agrietada por el efecto de la humedad descansaban a lo largo en el fondo de la barca. Supuso que sería propiedad de alguien que estaría pescando al pie del acantilado, al final de la playa, entre las rocas. Quizás podría tratarse de algún marisquero en busca de chirlas o cangrejos para un buen caldo. Fuera quien fuese, a esas alturas, cualquier ser humano le vendría de perlas.

Miró con avidez a su alrededor, pero no vio nada, ni a nadie. No parecía que hubiese rastro alguno de ninguna persona en esa playa. Buscaba un sombrero de paja, una gorra de béisbol, una silueta acuclillada a lo lejos, un simple signo de vida. De repente, al entornar la mirada, a unos metros de la barca, Darío descubrió unas huellas sobre la arena húmeda que no había llegado a borrar la marea. Se acercó expectante. La arena presionada dibujaba el molde de unos pies descalzos más o menos de su tamaño. Invadido por la curiosidad y sin pensarlo dos veces, siguió las pisadas. Las huellas le llevaron hasta el pie del acantilado.

Entre la maleza, había una hendidura en la pared inferior de la roca. Estaba al ras de la arena seca y tenía el tamaño de una pequeña ventana. Darío estaba confundido. Las huellas llegaban hasta ese punto y desaparecían tras el agujero, pero no era posible que nadie de tamaño real cupiese sin gran dificultad por ese extraño hueco cincelado en la piedra. Se arrodilló con cuidado en la arena y asomó la cabeza por el agujero. Al principio la oscuridad era tan espesa que no

distinguió absolutamente nada.

—Esto es absurdo —comentó en un susurro.

Pero a medida que sus pupilas se dilataban se dio cuenta de que más al fondo, muy en la lejanía, se distinguía un pequeño punto de luz.

—¿Una luz en el interior de una cueva? —no daba crédito a lo que veía—. El sol ha debido afectarme más de lo que creía —se dijo con una sonrisa escéptica.

Apoyó las palmas de sus manos contra la entrada del agujero. Retorciéndose introdujo su cuerpo hasta la altura de la cintura. Quería llegar un poco más lejos, pero sin caerse en el agujero. Se inclinó más en el interior de la cueva haciendo fuerza con los brazos para no precipitarse dentro.

A medida que sus pupilas se dilataron, sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad. Descubrió que el agujero se ensanchaba en su interior y que incluso el techo llegaba a ser tan alto como para albergar a dos personas de su estatura subidas una encima de la otra.

Había un considerable desnivel desde la arena de la playa hasta la base en el interior de la cueva y dudó durante unos segundos si aventurarse dentro de aquel agujero sería una buena idea. Decidió no calibrarlo más de la cuenta y con sumo cuidado se sentó al borde del agujero. Volteó su cuerpo noventa grados. Apoyó las puntas de sus zapatillas todavía mojadas en la parte interior de la pared de la cueva y, poco a poco, se deslizó dejándose tragar por la oscuridad del agujero. Serpenteaba a tientas. Las yemas de sus dedos buscaban las hendiduras sobre la superficie de la roca. Con sumo cuidado y sin cargar los músculos, fue descendiendo hasta tocar con los pies el suelo de la cueva. Se sintió aliviado al pisar suelo firme. Después de todo, parecía que tantas tardes aburridas de domingo practicando en el rocódromo le estaban sirviendo de algo.

Se incorporó. Sacudió la tierra de sus manos contra las perneras de los pantalones y miró hacia arriba. Por lo menos había descendido diez metros. Desde la posición en la que se encontraba, el hueco por el que entró era ahora un pequeño agujero por donde se filtraba un ínfimo haz de luz. Sólo cuando se relajó, se percató de que pequeñas gotas de sudor resbalaban por su frente. La cueva era húmeda y caliente como una sauna.

—¡Maldita humedad! —protestó con la camiseta empapada a la altura del pecho—. Ya sí que no hay marcha atrás —pensó resignado moviendo la cabeza—. Espero que merezca la pena.

Darío notaba como la alta concentración de humedad dificultaba su respiración. Con suma cautela y respirando pausadamente, para evitar que su cuerpo entrara en estado de alarma, siguió el estrecho camino que le marcaba la cueva.

Lupe llevaba muchos años viviendo solo. La vida de ermitaño le había convertido en un viejo cascarrabias malhumorado e introvertido. Los vecinos del pueblo pensaban que tanta soledad no había sido buena consejera y le había empujado hacia la locura. No entendían como a un lobo de mar, que antes había sido cabal, entusiasta y fuerte, al que ni las tempestades más huracanadas le habían hecho pestañear, podía haberle borrado la sonrisa y las ganas de vivir una joven mujerzuela.

Lupe observaba entristecido a la gente cuando oía su historia distorsionada en bocas ajenas. Su vida no había sido fácil. Nadie sabía en realidad lo que había ocurrido. A la gente le gustaba chismorrear. El hablar por hablar era el deporte nacional, en el que más de la mitad del pueblo estaba muy bien entrenado. El cotilleo en todas sus vertientes sin verificables argumentos. Hablaban con desprecio de “esa joven mujerzuela”, de una manera tan injusta que a Lupe se le partía el alma. Si le hubieran conocido, pensaba a menudo en sus horas solitarias. Si hubieran hecho el mínimo esfuerzo en conocerle de verdad en vez de dejarse arrastrar por rumores envenenados, él no sería tan viejo cascarrabias. Volvería a ser el viejo lobo de mar de antes. El que, después de meses surcando los siete mares contaba sus peripecias rodeado de amigos y grandes jarras de cerveza. Pero las cosas habían cambiado y desde aquella trágica noche de septiembre no quedaba en su corazón hueco para amistades ni lealtades.

Aunque habían pasado ya muchas mareas, las olas del recuerdo seguían rompiendo en la misma orilla y la imagen de aquella sirena recién pescada, no abandonaba su memoria. Su cutis aterciopelado, como piel de melocotón maduro. Sus manos pequeñas y hábiles, que atrapaban con facilidad peces en el agua. Sus pies finos y delicados capaces de trepar hasta la palmera más alta. Sus grandes ojos almendrados, de color de mar durante la tempestad. Su pelo largo, rizado y sedoso que se enredaba en su pecho cuando ella apoyaba sobre él su pequeña cabeza, mientras escuchaba ensimismada sus aventuras y otras historias. Y su risa, su risa espontánea y sincera que se colaba entre sus dientes blancos, cuando le susurraba secretos al oído.

Pero no siempre fue así. Al principio ni con palabras ni con gestos lograban entenderse. Luego, sólo una mirada era más que suficiente.

No podía olvidar la primera vez que la vio.

\*\*\*

El Lady Margaret llevaba semanas luchando contra un temporal y la tripulación estaba exhausta, al límite de sus fuerzas cuando vislumbraron una pequeña isla que no se encontraba reflejada en las cartas. La cubierta se revolucionó y los marineros se pusieron manos a la obra forzando las máquinas a todo motor, luchando contra las olas, para llegar lo más cerca de la orilla que fuera posible, esquivando los arrecifes. Aunque el viento y

la lluvia impedían toda visibilidad a más de un cuarto de milla, Lupe conocía al dedillo a su Lady Margaret, y tras unas maniobras arriesgadas consiguieron anclar en una cala resguardada, donde el viento no lograba azotar y el agua estaba en remanso. Andaban escasos de víveres, tras la prolongación del viaje en alta mar, y Lupe junto a dos de sus marineros se acercaron a la orilla en uno de los botes de remos.

El panorama con el que se encontraron sus ojos al tocar tierra firme era desolador. La isla no tendría más de cinco kilómetros cuadrados y desde la orilla se podía observar la destrucción. La vegetación estaba arrasada, no quedaba ni un solo árbol en pie, los matorrales y arbustos arrancados ferozmente del suelo. Las pequeñas chozas de adobe calcinadas y el olor a putrefacción y a muerte emergía de las decenas de cadáveres de mujeres, niños, hombres y animales, que sembraba toda la visión que se extendía a su alrededor. Después de semanas navegando y de mal comer apenas tenían algo sólido en el estómago. Pero las náuseas y arcadas surgieron al unísono de los cuerpos de los dos marineros que acompañaban al capitán. Lupe, sin embargo, mantenía la entereza, pero en sus ojos se reflejaba la ira y el odio hacia los culpables de semejante barbarie. Paseó entre los cuerpos, observando con desolación los cadáveres, cuando a sus oídos llegó un tenue gemido. A sus pies, una joven desnuda y golpeada, se retorció sobre las cenizas y el fango.

\*\*\*

Todavía la recordaba así; desnuda, desamparada.

\*\*\*

Lupe se agachó muy despacio hacia la muchacha. No quería asustarla. Alargó su ruda mano de pescador y se la tendió a la joven. Con el único ojo que podía mantener entreabierto, ella le miró entre sorprendida y desorientada. Lupe se inclinó más para retirarle el cabello que le caía sobre la cara y en ese momento, ella se desmayó. Parecía que hubiese estado esperando que llegase ese instante para abandonar sus fuerzas.

Lupe la cubrió con su jersey y la tomó en sus fuertes brazos y dando gritos de retirada, se dirigió hacia el bote. Los dos marineros, todavía afectados por lo que acababan de presenciar, no se extrañaron cuando vieron a la joven en la embarcación. Lupe podía gastar muy mal genio, pero también le inundaba un corazón de oro y sabían que esa muchacha no moriría en esa isla mientras su capitán pudiera evitarlo. Remaron con avidez hacia el barco huyendo de la isla de la muerte.

Durante las seis horas que habían pasado en la isla, la tormenta había amainado, así que elevaron anclas y se alejaron de ese lugar maldito.

Los cuatro meses siguientes fueron un intento desesperado para que aquella muchacha hablara, hiciera un gesto o mostrase algún sentimiento. Lupe se esforzaba en obligarla a comer y le animaba contándole las aventuras y batallas que había vivido surcando los siete mares. Todo en un intento desesperado para que conciliase el sueño. Se le partía el alma viendo como la criatura pasaba día y noche acurrucada en un rincón de su camarote con la mirada perdida, aferrada a un pequeño cofrecito, única pertenencia que se llevó de la isla. Las pocas veces que se dormía, cuando inevitablemente le vencía el sueño, se despertaba sobresaltada dando gritos aterradores con los ojos desencajados y volvía a aquella postura fetal y de mirada vacía.

Cuando, por fin llegaron a puerto todo el pueblo les estaba esperando. Lupe ayudaba a la joven a bajar del barco y todas las miradas se posaron sobre ella. Con los cuidados del capitán había ganado peso y su figura era realmente hermosa. Todo el mundo se preguntaba de dónde habría sacado Lupe a aquella exótica y bella criatura y pronto la historia de su hallazgo se extendió como la pólvora. Por aquel entonces, Lupe vivía en una casa victoriana de principios del siglo diecinueve cerca del centro, entre el mercado y la iglesia. La propiedad era muy espaciosa y a Lupe le pareció una buena idea que la joven se instalara en una de las tantas habitaciones que seguían vacías. Esta decisión no pareció apropiada a los vecinos y poco a poco empezaron a surgir rumores e historias malintencionadas acerca de la relación del pescador y la extranjera. Los contactos con los antiguos compañeros fueron menguando. Lupe comenzó a aislarse y a encerrarse en la casa. Su única preocupación era la salud de su nueva

inquilina a la que colmaba de detalles y manjares siempre que podía. Tanto se preocupaba por ella que se olvidó de sí mismo. Iba vestido de cualquier manera, apenas probaba bocado y pasaba las noches en vela observando ensimismado a aquella criatura que hacía tiempo había dejado de serlo. Una tarde de febrero, en la que el viento arreciaba golpeando con fuerza los cristales de las ventanas, Lupe, exhausto de tanto cuidado, cayó desmayado precipitándose contra el suelo. Cuando despertó unas cálidas manos le sujetaban la nuca y lo acunaban con suavidad y dulzura. Una melodía resonaba en la habitación y la mujer que le protegía en sus brazos le susurró al oído.

—Etna, me llamo Etna. No vuelvas a dejarme nunca sola.

Desde aquel día Lupe se dejó querer. Ya no temía lo que nadie pensara. Había soñado con ese momento desde el primer día que le retiró el cabello de la frente. Sabía que ella sería la única que podría ocupar su corazón, su mente y su alma. Hasta él mismo, un tipo tan rudo, que nunca había creído en el amor, se encontró, de la manera más inesperada, atrapado en sus redes. El pescador pescado. Ahora era Etna la que le cuidaba, la que le consentía todos los caprichos, la que le miraba enamorada, la que le observaba a escondidas, la que por las noches tardaba en dormirse sólo para ver como Lupe respiraba fuerte a su lado. Pero una mañana de septiembre, ventosa y lluviosa, todo dio un giro inesperado. Cuando parecía que la felicidad superaba la de las novelas románticas, Lupe se despertó y Etna no estaba a su lado. Ni en la casa, ni en el jardín, ni en la playa. Etna había desaparecido. La buscó desesperado, poseído, con la locura propia del amante abandonado. Juró a los mares que si la encontraba la mataría. Juró a las tormentas que si regresaba de nuevo a sus brazos no la dejaría marchar jamás. Amenazó a los acantilados, a los riscos y a los valles con arrebatarse la vida si no se la devolvían. Pasó días y noches con el alma rota. Sin comer, sin beber. Apenas un despojo, reptando por el suelo. Llorando hasta quedarse seco. Maldiciéndose por sentir ese extraño dolor tan intenso en el pecho que no podía controlar. Suplicando en sus momentos de lucidez que ella volviera. Pero todo fue en vano. Etna nunca regresó.



\*\*\*

Desde entonces vivía en el acantilado más alto, entre las rocas más ariscas, soñando que cuando ella volviera sería a él a quien primero vería.

Clía se descalzó, caminó hacia la orilla y metió sus finos pies en el agua. Estaba congelada. Cerró los ojos apretando los párpados y la mandíbula y aguantó unos segundos mientras el mar le acariciaba los empeines. Las olas iban y venían y la fina arena blanca se le colaba entre los dedos haciéndole cosquillas. Abrió los ojos. El color del mar se reflejaba en sus pupilas. Alzó la vista hacia el horizonte y fijó la mirada en la línea que separaba la mar turquesa del cielo azul. Respiró hondo. Qué insignificantes somos, pensó, como una gota de lluvia en la inmensidad del océano. Se quitó la camiseta, desabrochó la lazada de los pantalones y los dejó caer suavemente a sus pies. Dobló cuidadosamente las dos prendas y las colocó encima de las zapatillas que descansaban en la orilla. Caminó al encuentro de las olas, la espuma le salpicaba a medida que avanzaba y olvidando la baja temperatura del mar se zambulló de cabeza. El agua gélida le penetró entre el cabello estimulando en el cerebro todos sus sentidos. Los músculos del cuerpo se tensaron en contacto con el agua.

Salió a la superficie buscando el sol. Colocó el pelo hacia atrás con las palmas de las manos aprovechando el peso del agua. Los cabellos dorados le caían mojados sobre los hombros. Se sentía nueva, fresca, despierta. Extendió los brazos en cruz y sonrió al horizonte. Bajó la mirada. A través del agua cristalina vio sus pies sobre la arena. Varios pececillos de colores nadaban a su alrededor. Perteneían a diferentes bancos, pero se movían tranquilos y confiados entre ellos. Así se sentía ella en ese momento, como cualquiera de aquellos pequeños seres, libre, ligera, en armonía con el universo, fluyendo con el agua. Es más, se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no le inundaba esa paz, ese equilibrio, ella y el océano, ella pequeña e insignificante, débil y vulnerable y el océano, inmenso, único, fuerte y poderoso.

Recordaba el mar frío y bravío en el que se bañaba durante los veranos cuando era pequeña. Recordaba esa sensación de frescor, ese olor penetrante a mar que esconde secretos; las gotas saladas resbalando por su cara hasta alcanzar sus labios; el sabor de sal pura y las marcas blancas que dejaba en la superficie de su piel cuando se secaba. Eran tiempos de felicidad plena, de inocencia inconsciente. Cuando era niña nada le preocupaba, vivía más que pensaba. Sus minutos no tenían cabida para reflexiones, sólo para juegos y diversiones. Y esa sensación se alargó a medida que fue creciendo y creyó que nunca se iba a acabar. Hasta que un día, un día fatídico en el que de repente, en una décima de segundo, pasó de niña a adulta. No en sus gestos, ni en su comportamiento, pero sí en su mente. Desde ese preciso instante en el que sonó el clic en su cerebro fue consciente de que su momento de inocencia había culminado, que ya nada volvería a ser como antes. Se dio cuenta aterrada de que, como oyó decir tantas veces a los mayores, ella también se estaba haciendo mayor. Clía no guardaba en su memoria una fecha exacta de cuándo el resorte había saltado, pero recordaba perfectamente que al segundo después se empezó a poner muy triste. Fue como si alguien la hubiese traicionado, sintió como si le hubiese tocado el mejor premio y se lo hubieran quitado. Hasta podía escuchar la voz, dentro de su cabeza, que le decía que el juego había terminado. Pero sólo el peso de sentirse adulta le traía esa clase de recuerdos, y hoy se sentía muy niña, con ganas de gritar sin control a los cuatro vientos.

Sabía de la existencia de una cala al sur, a la que sólo se podía acceder por mar, en algún punto cercano de la costa. Deseaba seguir en el agua. Sonrió y con decisión comenzó a nadar.

Después de media hora nadando paralelamente a la costa divisó la pequeña cala que estaba

buscando. Le pareció exacta a cómo la recordaba. La arena tan blanca deslumbraba en los ojos desde el agua. Los acantilados de roca negra, tan abruptos, rompían la candidez de la playa. Los árboles y la maleza camuflaban el copete de la montaña. Cuando pudo hacer pie en el agua, caminó cansada hacia la orilla y se tumbó casi sin aliento boca arriba en la tierra seca. Extendió los brazos sobre la arena templada por el sol. Cerró los ojos. Los rayos del sol le calentaban la cara. Una ligera brisa acarició su cuerpo. El susurro de las olas meciéndose en la orilla se fue desvaneciendo a lo lejos, y en pocos minutos Clía cayó en un profundo sueño.

El sol ya no calentaba sobre las rocas. La espuma del mar se plegaba en un leve murmullo. Las risas rebotaban con violencia contra el acantilado. Dos risas infantiles, risas de cosquillas, carcajadas de felicidad espontánea y pasajera. Clía levantó rápidamente la cabeza para ver de dónde provenía tanto alboroto. Buscó con la vista, agudizó el oído; las risas se habían desvanecido. Creyó ver una silueta a lo lejos, cerca de unas rocas. Diferenció una túnica negra y un pelo largo; parecía una mujer. Intentó gritar, agitó los brazos para que la viera. Los gritos se ahogaron en su garganta. Se despertó exaltada y desorientada, con la boca seca y pastosa. Quiso echarse a llorar de la impotencia, pero se dio cuenta que en realidad estaba más asustada porque el sol ya había desaparecido y por haberse despertado de repente de un sueño tan extraño. Se percató de que llevaba durmiendo varias horas y un cielo oscuro y una luna menguante cubría la playa.

Se culpó a sí misma por haber perdido la noción del tiempo. No es que fuera miedosa o que temiera que la fuera a pasar algo, situación poco probable porque no debía haber nadie en kilómetros a la redonda. Sin embargo, no le hacía mucha gracia quedarse en ese lugar a pasar la noche. Era consciente de que no podía volver nadando a la otra playa. Por mucho que gritara pidiendo ayuda nadie la socorrería, pero de situaciones peores había salido airosa. Así que levantó su cuerpo entumecido de la arena y comenzó a caminar. Siempre pensaba más lúcidamente cuando estaba en movimiento. No llevaba recorridos ni doscientos metros cuando distinguió una silueta inmóvil cerca de la orilla. Por la forma alargada parecía un pequeño bote, pero desde esa distancia podría ser cualquier otra cosa. Sólo saldría de dudas si se acercaba. Aceleró el paso con decisión. A medida que se aproximaba comprobó que efectivamente era una pequeña embarcación de madera, antigua, primorosamente cuidada y con una capa blanca de pintura impecable. En uno de los laterales se podía distinguir un nombre. Empezaba por E.

No consiguió acabar de leerlo. Le sobresaltó una voz masculina que gritó:

—¿Quién anda ahí?

Clía no acertó a balbucear. Le temblaba todo el cuerpo. El hombre de la voz, al no recibir respuesta asomó del interior de la barca. La mirada interrogante de Lupe se clavó en la muchacha. Con los ojos fuera de las órbitas observó a la mujer que tenía delante. Tampoco pudo articular palabra, estaba lívido como una lápida.

Horas antes, en un camino alejado de la costa, la vieja camioneta tranqueaba por el polvoriento camino. No era la manera más segura de llegar a la ciudad, pero sí la más rápida. Pico se conocía al dedillo todos los atajos que conducían a la gran urbe. Desde la Colina Dorada al sur hasta los riscos de la Cordillera del Infierno al norte de la península. Nadie como él para determinar la peligrosidad de un camino u otro según el clima, el día de la semana o la estación del año. Llevaba años recorriendo los alrededores, estudiando su morfología, dibujando mapas, creando planos, haciendo estadísticas de los materiales, de la composición de la tierra, de las caprichosas erosiones, de todos y cada uno de los cambios.

No era un estudio superficial. Su interés por los misterios de la naturaleza se remontaba a años atrás. La curiosidad por sus comportamientos y formas caprichosas, por la su evolución y legados a través de los tiempos y por los secretos que esconde.

Pico redujo a segunda para apurar en la curva. La gravilla saltaba del camino golpeando en la chapa de la desgastada carrocería. En cinco minutos estaría en las afueras de la parte antigua de la ciudad. Entraría por la zona amurallada, abandonada por el paso del tiempo y por la que apenas circulaba el tráfico. Por el mediodía todo el mundo salía a comer, y aunque las grandes avenidas no estaban saturadas a esa hora, el centro era un conglomerado de bullicio y contaminación. Quería evitar a toda costa perder el tiempo porque algún imbécil había dejado el coche aparcado en doble fila, mientras engullía un sándwich con imitación de pollo y lechuga transgénica. Prefirió dar un pequeño rodeo. Bordeó la muralla, que desde hacía siglos había protegido a la antigua ciudad fortificada y desembocó en una pequeña callejuela empedrada, silenciosa y tranquila. Aparcó la furgoneta a la sombra. Desconectó el motor y puso a la vista la tarjeta de visitante que guardaba en la guantera. Hacía exactamente una semana que había aparcado en el mismo lugar. Le gustaba contagiarse de vez en cuando de la algarabía de la ciudad, el sonido de los pasos apresurados, de los tacones de las mujeres, los pitidos de los conductores desesperados, el humo de una urbe que no dejaba de generar y consumir energía. Toda esa locura por un rato le fascinaba, pero lo que realmente le mantenía enganchado a esos viajes semanales era la Biblioteca Central Universal.

A Pico le fascinaban los libros. En su niñez, a medida que los días pasaban y su padre no aparecía, Pico empezó a refugiarse en ellos como medio de escape a la desgracia inevitable, como evasión de ese mundo que poco a poco se le iba desmoronando. Se imaginaba protagonista de aventuras de piratas, de viajes submarinos, de vidas en otros planetas. Pero las historias que más le gustaban, por las que dejaba de dormir por la noche y de atender en clase durante el día, eran las de buscadores de tesoros. Los misterios que envolvían las antiguas civilizaciones le entusiasmaban. Tenía recortes de prensa de todos los últimos descubrimientos arqueológicos. Le fascinaban las tumbas ocultas con recelo por los egipcios durante las dinastías del Bajo y Alto Egipto. No dejaba de soñar algún día en participar en una de esas expediciones y encontrar algo tan valioso como los tesoros encerrados en la tumba de Tutankamón.

Tras el abandono de su madre, el interés por este tipo de lecturas se incrementó. Pico comenzó el viaje sin retorno al mundo de la historia y la arqueología. Se sumió en un sueño imaginario de aventuras. Había leído, resumido y analizado más de una docena de veces *Arqueología: teorías, métodos y prácticas* de Colin Renfrew y Paul Bahn. Memorizó de la A a la Z el *Diccionario de*

*arqueología* de Francovich y Manacorda. Siempre que podía iba al cine a ver las películas de Indiana Jones y devoraba los documentales del *National Geographic* que le fascinaban. Cuando llegaba a casa, con un viejo sombrero de paja, las redes y los aparejos de pesca, jugaba a que capturaba a los malhechores, burlaba con éxito las trampas de los templos sagrados y encontraba el tesoro que tantos siglos le había estado esperando. Comenzó a dibujar mapas imaginarios y a diseñar trampas en cuevas secretas para poner a prueba sus conocimientos y su intuición. Se perdía en las noches cerradas por los bosques, con la única compañía de una antigua navaja y una desgastada cantimplora, para aprender a dominar su miedo a la oscuridad y su temor a lo desconocido.

A medida que fue creciendo, su curiosidad le llevó a convertirse en un auténtico apasionado y aventurero. Recorría las cuevas de los alrededores en busca de civilizaciones enterradas y tesoros escondidos. Anotaba en sus cuadernos todas sus experiencias. Luego, por lo menos una vez a la semana, se encerraba en la biblioteca para documentar científicamente sus conclusiones.

Con un nuevo cuaderno bajo el brazo atravesó, como cada martes, la inmensa puerta cincelada de la biblioteca. Saludó a los guardias de seguridad con una sonrisa y en el ascensor pulsó el botón de la quinta planta, donde se encontraba situado el Departamento de Archivos y Documentación. Pico llevaba meses trabajando en este nuevo proyecto y tenía la certeza de que estaba a escasos pasos de descubrir un gran misterio.

Este nuevo proyecto comenzó hacía más de un año durante una de sus visitas semanales. Repasando viejos artículos de un periódico local encontró una noticia que despertó su curiosidad. La misteriosa desaparición de una mujer había llenado al pueblo en el que vivía de habladurías, rumores y supersticiones. La noticia decía así:

La Brújula

Sábado, 29 de septiembre de 1973

---

Una joven desaparece y tres marineros son rescatados con vida tras el paso de "Magda"

### **El mal tiempo posible causa del naufragio**

JULIAN F. SARRIA/. La tormenta tropical "Magda" abandona la isla dejando a su paso tres heridos y un desaparecido. Los jóvenes marineros Samuel J., Germán G., y Sebastián M. fueron rescatados con vida por la Guardia Costera a las ocho de la mañana en estado de shock y al borde de la deshidratación. De momento se desconocen las causas por las cuales su embarcación se hundió, tal y como declaró el Comisario Ferreiro, de la Policía Local. Sin embargo, sigue sin hallarse el paradero de la joven que desapareció a altas horas de la madrugada. Según fuentes policiales, los restos de la embarcación en la que navegaba permanecen en las dependencias policiales y los efectos personales, entre los que se halla una botella de vidrio esmeralda, se encuentran a disposición judicial. Según el Comisario Ferreiro "las posibilidades de encontrar con vida a la joven son improbables, por lo que la Guardia Costera suspenderá la búsqueda esta misma noche, aunque mantendrá la investigación abierta hasta analizar las pruebas obtenidas". Después de tres días de lluvias torrenciales y vientos de hasta 100 km/h, las corrientes calientes del continente desvían la ruta de "Magda" hacia el estrecho de Condelargo.

---

Pico le pidió a la encargada del Departamento de Archivística permiso para quedarse toda la noche e indagar sobre el curioso hallazgo. Aunque no era una petición habitual, le conocía desde hace años y le entregó las llaves del archivo bajo la única condición de que a primera hora de la mañana siguiente se las llevara a su casa. Pico entusiasmado con la idea se aprovisionó con un par

de bocadillos y una botella de agua y se encerró en la biblioteca toda la noche. Tomó anotaciones de todo lo que fue descubriendo y volvió puntualmente cada martes para seguir recopilando información. Hacía mucho tiempo que algo no le causaba tanta inquietud. Cada semana, esperaba ansioso los viajes a la ciudad para continuar desvelando las misteriosas circunstancias de la desaparición de la joven.

La cueva había resultado ser más profunda de lo que se había imaginado en un principio. Después de deslizarse por la pequeña cavidad, Darío se había quedado desorientado y decepcionado. Le parecía un juego sucio del destino no brindarle más alternativa que ese agujero para salir de aquella maldita playa. Estuvo caminando durante lo que a él se le antojaron horas. Cada vez que avanzaba unos metros hacia la luz, decenas de obstáculos le obligaban a retroceder. Estaba a punto de tirar la toalla cuando para empeorar sus males, el pie derecho se le quedó enredado en algo y provocó que cayera de bruces sobre el húmedo suelo de la cueva. Maldijo todo lo que se le ocurrió en el momento y agarró con fuerza la gruesa cuerda que le zafaba el tobillo. Se sorprendió de la existencia de un material de fabricación humana en un lugar tan virgen e inaccesible. Parecía un cabo de los que se utilizaban para amarrar los botes a los norayes de los puertos. No cabía duda de que quien lo hubiera colocado en aquel lugar quería asegurarse de que permanecería sin salir de esa cueva durante mucho tiempo. Con el tirón, Darío había cerrado el nudo y la cuerda se aferraba con fuerza alrededor de su tobillo. Darío no podía deshacer el nudo debido a la escasa luminosidad y el estado de sus yemas agrietadas tras el ascenso por las rocas. Lo intentó pegando tirones del cabo. Sin embargo, estaba fuertemente amarrado al suelo, y por más que tiraba de él sólo conseguía abrirse más las heridas. Decidió hacer uso de sus piernas para impulsar su cuerpo hacia atrás con la mayor fuerza posible y romper la cuerda. Se sentó con las rodillas flexionadas, apoyó el pie izquierdo a la par del derecho, sujetó la cuerda con ambas manos y tiró con todas sus fuerzas con la esperanza de que las tiras podridas acabaran cediendo. Lo intentó una y otra vez. Cuando ya se iba a dar por vencido, algo cedió y su cuerpo se precipitó bruscamente contra el suelo clavándose las piedras en la espalda. Despotricó por la caída, pero por fin, el cabo había cedido. Al incorporarse se dio cuenta que su tobillo seguía inmovilizado por aquella mugrienta sogá. Sin embargo, al tirar con tanta fuerza, en vez de partir la cuerda había arrancado un trozo de la pared de la cueva. No podía creer en su mala suerte. Quería librarse con todas sus fuerzas de aquella atadura y no había modo de zafarse de aquella cuerda. Sin embargo, una insólita imagen le sorprendió. Una ligera luz se colaba por el nuevo hueco en la pared de la cueva. ¿Sería otra salida? Esta vez, más que un hueco, era un pequeño agujero del tamaño de una sandía. La luz era más fuerte que la que estaba persiguiendo, sin embargo, las posibilidades de continuar por ese nuevo camino eran ínfimas. Apenas podía asomar la cabeza, con lo cual, introducir el cuerpo era una misión imposible. La luz indicaba que la posible salida estaba por debajo del nivel en el que él se encontraba y ¡él pretendía subir a la superficie, no acabar en el fondo de una cueva! Comenzaba a perder la paciencia después de tantas penurias. No estaba para nuevos descubrimientos y su intuición le decía que el primer camino elegido era el correcto.

Divagando sobre su penosa suerte, le vino a la cabeza la imagen de la cara triste de Roco mientras lo dejaba con su amable vecina. La señora Lupont era una honorable anciana que tenía la casa llena de variopintos animalitos. Dedicaba su cándida vejez a al cuidado de las pequeñas criaturas que se colaban en sus dominios. Darío estaba seguro de que no había un sitio más seguro para un joven pastor alemán que un jardín lleno de mimados compañeros. Le causó un gran pesar dejar sólo a Roco, pero esta vez no podía acompañarlo. No iba precisamente a la vuelta de la esquina. Sin embargo, en ese momento, perdido en esa húmeda cueva lo echaba especialmente de menos. Seguro que con su olfato y sus fuertes garras ya habrían encontrado la verdadera salida. La

próxima vez, aunque la señora Lupont se empeñara en lo contrario lo llevaría consigo sin pensarlo dos veces.

—Claro, eso sí había próxima vez —pensó amargado.

Después de cómo se estaban desarrollando los acontecimientos, no sabía si saldría de ésta. ¿Quién le mandaría a él meterse en estos berenjenales? Con lo bien que estaría ahora en su escritorio resolviendo el robo de alguna obra de arte o siguiendo la pista de algún falsificador de tarjetas de crédito. La próxima vez que le dieran una semana libre después de tres años sin vacaciones reservaría una cabaña en las montañas lejos del mar, de la arena y de cualquier posible cueva. Se pasaría el día explorando los alrededores con su equipo de senderismo y cogiendo setas, uno de sus pasatiempos preferidos. La imagen de un revuelto de setas le devolvió a la realidad. Pero a su alrededor ni había setas ni nada comestible y un pinchazo inesperado en el estómago le recordó que hacía más de doce horas que no probaba bocado. El estómago vacío le hizo pensar con rapidez que si no lograba salir pronto de esa cueva moriría de inanición. A su alrededor lo que sobraban eran piedras. Si conseguía una lo suficientemente afilada podría librarse de esa cuerda que lo inmovilizaba.



Por unos instantes Lupe creyó viajar en el tiempo. La frescura de aquella inesperada presencia le envolvió en viejos recuerdos. Intentando ser amable se inclinó en un intento frustrado hacia la joven, no le agradaba acortar distancias con gente desconocida.

—Perdone, ¿le he asustado? —la voz grave de Lupe resonó en la cala.

—No, en absoluto —titubeó Clía—. Yo...sólo... —dudó un momento, no sabía muy bien cómo reaccionar.

El hecho de haberse encontrado de repente con aquel hombre en esa playa desierta le tenía desconcertada. Una sensación muy extraña en forma de corriente le recorría su cuerpo en ese momento. Se sentía tensa y quería gritar y si no fuera porque le parecía una locura, hubiera echado a correr con todas sus fuerzas sin mirar atrás. Y hubiera seguido corriendo hasta alejarse de aquella barca tan pintoresca y perfecta. Sin embargo, por otro lado, y de una manera inconsciente, la misma corriente se convertía en un aura de calor que le envolvía empujándole hacia aquel desconocido. En el mismo instante en el que escuchó su voz, las palabras rudas de aquel hombre la sobresaltaron como si fuera una niña pequeña y la hubieran pillado haciendo algo malo. Sin embargo, se sintió extraña, turbada e incluso ruborizada cuando el tono de voz de aquel hombre cambió para pedirle una disculpa.

—Lo siento, no era mi intención gritarle de ese modo. Pero como comprenderá no es habitual encontrarse a alguien a estas horas de la noche en esta playa solitaria— y con una medio sonrisa quebrada, pretendiendo de una manera un tanto forzada aparentar más amabilidad todavía, añadió—. ¿Se puede saber qué hace una muchacha tan bonita como usted en esta playa perdida?

Clía bajó la mirada avergonzada. ¿Por qué se habría asustado antes? Aquel hombre sólo intentaba ser amable. Se arrepintió de su desconfianza. Sonrió mostrando sus dientes blancos como perlas y con una voz que hasta a ella misma le sorprendió exclamó:

—¡Me quedé dormida como una tonta en la orilla y ahora no tengo manera de volver! —tomando conciencia de que el hombre no entendía nada, agregó—. Bueno, en realidad, mi intención era llegar nadando a esta playa, descansar un poco y volver, pero...ya ve, se me ha echado la noche encima.

El semblante del desconocido cambió. Los profundos ojos grises oscuros de Lupe se la quedaron mirando por más tiempo del necesario sin pestañear. Clía se asustó. La sensación de placidez que hacía unos segundos enmarcaba el rostro arrugado de aquel hombre se había esfumado. De repente cayó en la cuenta de que estaba en medio de la nada, casi sin ropa y a media luz frente a un individuo completamente desconocido. Las palmas de sus manos comenzaron a sudar, los latidos del corazón aceleraron su ritmo y un nudo en la garganta le impedía tragar saliva. No quería ser dramática, pero se encontraba en el típico escenario propicio a salir en dos días en los periódicos.

Horribles imágenes cruzaban por su cabeza. Se imaginó al viejo, presa de la locura, agarrándola del cuello para intentar estrangularla. Ella intentando defenderse como podía. De hecho, de manera instintiva ya tenía localizados un par de remos que sobresalían del interior de la barca. Si la cosa se ponía fea, no dudaba ni por un momento en utilizarlos.

En un flash, vino a su mente aquella noche de otoño en la que el naranja del crepúsculo se resistía a desaparecer y flirteaba con las tímidas luces de las farolas. No serían más de las nueve

de la noche cuando tuvo la misma sensación que sentía ahora. El sudor en las manos, el corazón acelerado y un repentino estado de alerta que hasta aquel momento nunca había experimentado. Recordaba cómo sin ni siquiera volverse notaba a lo lejos, pero en lo más profundo de su nuca, el aliento caliente de alguien que la seguía. Alguien que acortaba por instantes la distancia y que estaba cada vez más cerca. Sintió como, a pesar de que había detectado la amenaza instintivamente antes que se acercara, el aliento espeso y los fuertes brazos de un hombre más o menos de su edad le acorralaban. Su cuerpo se paralizó durante unas décimas de segundo sin poder hacer nada. Pero recordaba aliviada como finalmente su instinto de supervivencia le había llevado con éxito a zafarse de aquel peso que presionado contra su cuerpo intentaba dominarla. Durante mucho tiempo no habló de lo ocurrido con nadie y su única obsesión era que aquel horrible sentimiento de inseguridad y miedo, que se apoderaba de ella cada vez que se encontraba sola, desapareciera. Sin embargo, con el tiempo se sorprendió de lo fácilmente que había transformado esa experiencia en lejanas imágenes ajenas a su persona. Años más tarde, cuando su mente y su espíritu encontraron el equilibrio y la horrible imagen formaba parte de una película muda en blanco y negro, se atrevió a contarle a sus amigas. Cuál fue su sorpresa, cuando descubrió a medida que se iba sincerando que a ellas también les había sucedido en alguna ocasión algo parecido. El hecho, más tarde, de enterarse de que aquel tipo de situaciones las vivían muchas otras chicas en todos los rincones del mundo independientemente de su raza, su nivel social o su nacionalidad, le hizo hasta plantearse que a lo mejor era algo que le tenía que pasar por la simple razón de ser mujer. Que se trataba de algo tan inherente al sexo femenino como el hecho innato de la exclusividad de tener hijos.

Pero no era precisamente el momento de pensar en esas cosas. Podía más la incertidumbre del futuro que el peso del pasado. Sus pupilas aguantaron la mirada del hombre. Fijó sus ojos en los ojos grises del desconocido. Con voz calmada le explicó cómo había llegado a aquella isla. Hizo hincapié en el hecho de que la estarían esperando en casa muy preocupados. Esperando por una vez en su vida, haberse explicado con la asertividad suficiente para que aquella mentira pareciera cierta. El rostro de Lupe no cambió, pero la dureza de sus ojos se suavizó.

¡Cómo envidiaba a aquella mujer! Aunque en aquel momento estaba perdida, tenía alguien que se preocupara por ella, que la esperaba a cenar, que se apretaba contra su espalda en las noches frías. Él, sin embargo, además de llevar perdido muchos años, se conformaba con la mísera compañía de su soledad, que le regalaba amargos recuerdos. Se conformaba con el murmullo sordo de las olas que con su ir y venir en la orilla inundaban más y más su tristeza. Cada día que pasaba se sentía más solo, más desconectado del mundo, más loco. Ni tan siquiera retenía en su memoria la imagen de la última vez que tocó a una mujer, que gozó con el calor de otro cuerpo. Ya no recordaba cuándo fue la última vez que, todos los músculos de su cuerpo se tensaron sin pausa hasta que se quedaba sin aliento y las fuerzas le abandonaban. Qué exquisita derrota la de caer rendido a los pies de una mujer.

Un breve golpe de brisa despegó el olor cálido. El perfume de la piel bronceada de Clía se desprendió en el ambiente. La salina esencia se paró mágicamente ante Lupe. Al contacto de su olor, sus pupilas se dilataron tanto que sus ojos se convirtieron en dos pozos sin luz y sin fondo. Una viscosa mezcla de deseo y de rabia recorrió a gran la velocidad las venas de Lupe. Con un movimiento inesperado, levantó las manos, agarró con fuerza las muñecas de Clía e inmovilizó sus brazos. Clía se quedó paralizada, parecía que las cosas no iban a ir como pensaba. Aprovechando el desconcierto, Lupe le sujetó fuertemente por el cuello. Clía no pudo reaccionar, notó cómo su cuerpo flaqueaba. No podía gritar. Antes de que la cara del hombre se volviera borrosa y desapareciera, Clía había clavado sus verdes ojos en los de él preguntándose por qué.

Faltaban un par de horas para el amanecer. La noche cerrada le impedía ver más allá de donde alumbraban sus faros. Las sombras de los árboles se retorcían amenazantes sobre la luna delantera. Pico conducía de noche, sin apenas haber dormido. Y aunque conocía aquellos parajes, antes de adentrarse del todo en el bosque, decidió tomar el último camino de tierra que comunicaba con la carretera general. La verdad es que, precisamente ahora, ya no tenía mucha prisa. Había pasado prácticamente toda la noche encerrado entre sus libros y documentos insólitos y aunque cansado, estaba satisfecho. Hoy no tenía que madrugar forzosamente, como el resto de los días de la semana, porque la mercancía de todos los barcos estaba ya descargada. Le vendría bien el descanso, necesitaba poner en orden sus pensamientos y le gustaba hacerlo mientras conducía.

Según lo último que había descubierto a través de sus pesquisas, no le quedaba muy claro que todavía existiera la posibilidad de que fuera a encontrar lo que buscaba en el lugar que creía. Pero por nada del mundo iba a perder la esperanza. Era cierto que todo había tenido lugar hacía décadas, pero eso era con lo que había estado soñando toda su vida. Llegar a descubrir el legado escondido y abandonado por el paso del tiempo desde hace decenas de años tenía que ser fascinante. Él sabía que estaba preparado para ese momento, aunque a veces le entraran arrebatos de flaqueza. Hoy parecía ser uno de estos días.

Odiaba cuando esa sensación le invadía, quería controlar sus sentimientos, pero no podía. Intentaba animarse, forzaba la sonrisa, pero en el fondo sabía que no iba a ser un día fácil. Lo que le alegraba es que cada vez estos cambios anímicos se producían con menor frecuencia. Era un síntoma claro de que se estaba curando, de que, como siempre había oído, el tiempo pone las cosas en su sitio. No era fácil olvidar la muerte de su padre. Lo llevaba grapado al corazón y su amor por él era tan grande que las grapas presionaban el alma enganchándolo hasta desvanecerse del dolor. Aunque sólo tenía ocho años cuando todo sucedió, Pico pensaba que aquello les pasaba a los demás padres, al resto de los pescadores, pero que jamás el mar se llevaría al suyo porque tenían demasiadas cosas que hacer juntos.

Aún recordaba el día en que un señor llamó a la puerta de su casa.

\*\*\*

Sabía que algo le había pasado a su padre. Fue la manera en la que los nudillos golpearon la madera de la puerta. Eran unos golpes suaves, casi imperceptibles, el preaviso de alguien que viene con malas noticias. Su madre se dirigió hacia la puerta canturreando y la abrió decidida. Los cánticos cesaron y un no entrecortado intentó abrirse paso a lo largo de su garganta. Le siguieron sollozos ahogados, que salían de lo más profundo de su alma. Su madre jamás volvió a ser la misma. Ya no la escuchó

cantar nunca, sólo vagabundeaba por la casa sin rumbo fijo, diciendo que sí a todo y llamándole siempre “cariño” con una voz prestada. Pico, en cambio, no se rendía. Él tenía la certeza de que su padre aparecería el día menos pensado. De este modo, lo espera pacientemente, mientras soñaba con hacer miles de planes juntos. Se imaginaba que irían a nadar a la playa, buscarían cuevas olvidadas, y algún día, cuando fuera mayor, volarían en avión para ver las pirámides de Egipto. Durante esos días, los libros eran sus únicos compañeros. Los devoraba buscando una respuesta. Quería saber por qué el mar se había llevado a su padre, por qué tardaba tanto en regresar. Poco a poco se dio cuenta de que su padre se había ido para siempre. Y fue entonces cuando comenzó la rabia. Se enfadó de verdad con él, no podía entender por qué les había abandonado. Decenas de preguntas invadieron su mente.

¿Qué había hecho él mal? ¿Por qué le dejaba solo? ¿Por qué le había prometido viajar por el mundo en busca de tesoros escondidos? ¿Por qué no se lo explicaba en persona? ¿Por qué había sido tan cobarde de huir dejándolos a su madre y a él solos? Interminables preguntas que martirizaban a Pico día y noche. Cuando lograba conciliar el sueño tenía pesadillas en las que increpaba a su padre, pero nunca obtenía respuesta. Promesas y sueños que eran una sarta de mentiras. Otros días salía al encuentro del mar en busca de alguna señal. Nunca encontraba nada por sí mismo, hasta que en una de esas mañanas en las que sólo quería pasear para no pensar en nada, unos pies desnudos se unieron a sus pisadas en el camino. Perteneían a un hombre de la edad de su padre. Sus manos le recordaban a las suyas, con los dedos llenos de callos, surcos y llagas. Su piel también estaba curtida por el sol y su sonrisa era blanca como la espuma. En su mente se disiparon las telarañas, buscando en la memoria. La presencia de aquel hombre le producía una sensación extraña. Pasado el tiempo pudo describirla como incómoda. Pico era un chico muy espabilado para su edad, y en unos instantes relacionó la figura de aquel extraño con la imagen en su cabeza. ¡Era el hombre que había llamado a la puerta de su casa tres años atrás! Sintió un ligero escalofrío y por un instante quiso huir de la playa. Pero aquel marinero desprendía un especial magnetismo que le dejó allí plantado, a su lado, caminando

lentamente. El hombre rompió el silencio.

—Bonita mañana para pasear, ¿no crees?—apuntó el extraño.

—Sí, señor —contestó Pico tímidamente.

—No me llames señor, que es muy serio. Mi nombre es Lupecio, pero todo el mundo me llama Lupe —le explicó.

—Ah —exclamó Pico en voz baja.

Así que este debe ser el viejo loco del que hablan todos en la escuela, pensó caminando sin detenerse.

—Sé que lo que estás pensando —increpó Lupe mirando directamente al muchacho a los ojos—. Pero no soy el loco que dicen. Simplemente las penas del corazón le hacen a uno comportarse de maneras insospechadas —se esforzó por explicar.

Pico, sintió un caudal de rabia por dentro. Ese hombre le hablaba de las penas del corazón y no tenía ni idea de lo que estaba diciendo. Paró en seco su caminata, levantó su cabeza, que abultaba muy poco al lado de la corpulencia del hombre y sin ningún miedo le miró con decisión a lo más profundo del alma. Pero no le salían las palabras de la boca. Las lágrimas querían ganarle la carrera. No era momento de lamentos y luchó consigo mismo para no derramar ni una sola gota. Tenía que ser fuerte, no podía fallarse ahora y menos delante de un extraño. Lupe le devolvió la mirada, una mirada amable, limpia como la de su padre. Y Pico no pudo aguantar más, bajó la cabeza y rompió a llorar. Sus ojos escupían las lágrimas acumuladas por el tiempo, con rabia. Lloraba desconsoladamente. Era la primera vez que lo hacía desde la muerte de su padre. Lupe lo acercó hacia su pecho y lo abrazó con fuerza. Pico se sintió reconfortado. Por primera vez desde aquella mañana de verano, notó como la tensión le abandonaba. Relajó del todo sus músculos y se dejó llevar. A las lágrimas le siguieron la respiración entrecortada, y entre las bocanadas ahogadas surgió el hipo. El ruido provocado por el cambio en el diafragma provocó una estruendosa risa y con las carcajadas se fue por siempre lo que quedaba de tensión. Lupe se unió a la cascada de felicidad repentina y así, abrazados y riendo pasó un buen rato. Cuando las lágrimas se secaron, ambos se quedaron miraron al mar en silencio. Pasados unos minutos con una timidez curiosa Pico tomó la palabra.

—¿Por qué todo el mundo en el pueblo dice que estás loco?

—Puede que tengan razón y que esté un poco loco. Cuando se pierde a alguien que se quiere mucho uno nunca vuelve a estar en sus cabales.

—Entonces yo también estoy loco —replicó Pico.

—No, tú no estás loco, sólo echas de menos a tu padre —contestó sereno Lupe. Pico se quedó pensativo, se acababa de dar cuenta de que ya no odiaba a su padre. Sentía paz en su interior y supo que le había perdonado, su alma había quedado en calma.

Sintió curiosidad por el dolor de Lupe.

—Y tú, ¿por quién sufres?

Lupe miró al horizonte, buscando la respuesta más apropiada para darle a un niño de nueve años.

—Sufro por las personas que ya no están cerca. Sufro porque no puedo verles la cara, ni hablar con ellas. Pero tengo la esperanza de que algún día volverán, el día menos pensado nos darán una sorpresa.

—Yo también creo que mi padre algún día volverá, porque ahora sé que nunca me abandonaría.

—No, Pico, no te abandonaría nunca. Tu padre era un buen hombre, y no tienes que esperar a que vuelva porque nunca se marchó— poniéndole la mano en el pecho del muchacho continuó—. Sigue aquí contigo y estará contigo siempre.

Una sonrisa salida de muy dentro iluminó la cara de Pico. No sabía si ese hombre estaba loco, pero estaba seguro de que le gustaba ese tipo.

\*\*\*

Aunque habían pasado más de once años desde ese encuentro, Pico recordaba con frecuencia esos momentos. La energía que le transmitió Lupe aquel día y la memoria de su padre eran motores que le empujaban en días tristes como el de hoy. No se dejó vencer por la nostalgia que le producía el recuerdo de su infancia y se concentró en la carretera. Pronto llegaría.

Darío no podía creer en su mala suerte. Todos sus esfuerzos por librarse de aquella roñosa cuerda eran inútiles. El nudo se había cerrado de tal manera alrededor de su tobillo que el pie se le estaba tornando morado. La desesperación había conseguido que la impotencia invadiera su cuerpo. Se sentía sin fuerzas para seguir raspando. Las fibras que se iban desprendiendo de la soga se le metían entre los poros de las yemas todavía ensangrentadas por el descenso a la cueva. Su cabeza no podía pensar más y la vista se le nublaba. No sabía si eran alucinaciones por el cansancio, pero tenía la sensación de que el haz de luz que le hacía de guía estaba desapareciendo en la distancia. Se esforzó por pedir ayuda, pero ni un débil “eo” salía de su boca. Ni tan siquiera las cuerdas de su garganta tenían fuerza para vibrar. Cerró los ojos y respiró hondo para recuperar la calma. Entonces fue consciente del silencio que le rodeaba. Se sentía sordo, incapaz de escuchar nada. Abrió los ojos con la esperanza de captar algo con otro sentido, pero se sintió también ciego de golpe. Prisionero de la angustia, aplastó las palmas doloridas de sus manos contra su rostro, se dejó caer de lado contra el frío suelo y acurrucado empezó a rezar. No formaba parte de su carácter mostrar debilidad, pero se sentía tan desamparado y desesperado que era lo único para lo que podía reunir fuerzas. Llevaba años sin hacerlo, pero la oración fluía como una melodía familiar de sus labios. Pensó en que las cosas que se aprenden de niño nunca se olvidan.

*“A pesar de los años, las experiencias de la infancia quedan grabadas a fuego en la memoria. Multitud de frases, canciones, olores y oraciones permanecen en un rinconcito del cerebro esperando a que se recuerden. Cualquier pequeño detalle puede activar el mecanismo que despierte al duende que guarda con recelo las memorias que nos conciencian de nuestro aprendizaje como humanos. El olor de los puestos de castañas en invierno. El vaho del chocolate caliente. La esencia a anís de las rosquillas dulces. El aroma del perfume de nuestras abuelas. El tarareo de la melodía que nos reconfortaba antes el sueño. El timbre de una voz fugaz que evoca nuestro nombre. Aquellos refranes que nunca recordamos enteros. Los villancicos de Navidad. Las oraciones que recitábamos de niños muy bien sin saber por qué y sin entender su significado.”*

Mientras Darío rezaba en silencio, una memoria infantil inundó la cueva. Una calidez repentina abrigó su cuerpo famélico y magullado. Respiró profundo ocupando al máximo la capacidad de sus pulmones y dejó que todos los rincones de sus tejidos se embriegasen con ese soplo de aire templado.

La cueva se había desvanecido y su alma y su cuerpo se encontraban muy lejos en la distancia y en el tiempo.

\*\*\*

A través de la ventana, los copos de nieve flotaban entre los remolinos de viento. El tiempo se había parado desde que pegó su naricilla en el frío cristal empañado de la ventana. Siempre fue especialmente curioso. Se pasaba horas en esa postura, preguntándose cómo hacían aquellos copos para caer con tanta delicadeza, para nunca chocarse los unos con los otros hasta llegar al suelo para posarse con esa suavidad y no destruirse, sino permanecer cuajados, como pequeñas bolitas de azúcar. Pero él ya sabía que la nieve era un poco engañosa, porque ni sabía dulce, ni era blanda, porque cuando se la metía en la boca estaba fría y húmeda y en el mismo instante en el que tocaba su lengua, desaparecía como por arte de magia. Una voz directa y poderosa, que ahora se le antojaba dulce y armoniosa, le despertó de la hipnosis en la que las capas blancas le mantenían sumido.

—Darío, llevo dos horas llamándote, ¿se puede saber en qué estabas pensando? —era su madre, con una pregunta que no esperaba respuesta.

Darío siguió el aroma a tomillo, pasas y cebollas dulces que las ropas de su madre desprendían. El olor de las especias mezcladas se intensificaba a medida que avanzaban hacia la cocina. La estancia era una fiesta, las bandejas repletas de exquisitos manjares iban y venían. La casa se había convertido en un auténtico hervidero de fragancias, griteríos y personas desconocidas. Los adultos le parecían gigantes que le cerraban el paso. Tenía que luchar para zafarse de sus piernas, sus bulliciosas conversaciones y sus aires de grandeza. Pero esa noche no importaba porque estaba reservada para los niños. El jaleo fue menguando. En su mente se mezclaban presencias borrosas que cada vez se tornaban más nítidas. Una silueta se apostaba a su lado. Parecía su hermana. Iban juntos de la mano. Les recorría el sudor nervioso que acompaña al miedo de quienes saben que están haciendo algo prohibido. Pero avanzaban con gran sigilo hacia el salón intentando no despertar a nadie. Ahora la casa estaba en completo silencio, la cena ya había terminado horas atrás. Todos estaban acostados, pero a ellos los nervios no les permitían conciliar el sueño. Llegaron a la puerta del salón. Darío, tomó la iniciativa de abrirla. El corazón le latía con fuerza. Con extremado cuidado giró el pomo de la cerradura y empujó la puerta de madera suavemente. La oscuridad reinaba en la estancia. Se frotaron sus pequeños ojos para cerciorarse de



que estaban despiertos. El suelo estaba vacío. Todavía de la mano, miró a su hermana que le devolvía la mirada con ojos vidriosos. No se lo podían creer, Santa Claus se había olvidado de ellos. Con la cabeza cabizbaja y llenos de tristeza regresaron a su habitación. Darío arropó a su hermana.

—No te preocupes, seguro que se ha retrasado porque esta noche tienen mucho trabajo. Pero ya verás cómo dentro de un rato pasan por casa.

La voz dulce de su hermana salía tímidamente y sin fuerzas.

—¿Me avisarás?, verdad, Darío. ¿No saldrás sin mí a buscarlos?

Su figura de protector ya era patente desde tan pequeño. Contestó con decisión.

—No seas tonta, no iría sin ti a ninguna parte. Y ahora, descansa.

Pero el que no podía dormir era él. No podía creer que no estuvieran los regalos. ¿Y si se había olvidado de ellos?, ¿y si había pasado de largo? A veces no llegaban paquetes porque el cartero no encontraba la dirección. Puede que a Santa Claus le hubiera pasado lo mismo. Además, había la posibilidad de que no pudiera llegar hasta su casa. Vivían en pleno centro, en un antiguo octavo piso. Darío siempre se había preguntado cómo podía llegar Santa Claus a un piso tan alto que no tenía chimenea. Hacía ya un par de años que había llegado a la certera teoría, que no compartía con nadie por miedo a posibles burlas, de que Santa Claus gozaba de la ayuda secreta de los bomberos para llegar a pisos tan altos como el suyo. Por eso cerró tranquilo los ojos y dormitó un buen rato más hasta que una idea le brotó en la cabeza y le despertó súbitamente. Descorrió la ropa de cama que le tapaba y con sigilo se acercó a la cama de su hermana.

—Lili, Lili —susurró agitando con suavidad el hombro de su hermana—. Despierta, ya ha llegado.

La niña le siguió de nuevo hasta el salón con los ojos entrecerrados.

—Dada, aquí no hay nada —murmuró con cara de pena.

Pero Darío tenía un brillo especial en los ojos. Señaló el suelo con su dedo índice.

—Sí, mira —tal y como había vislumbrado en su sueño, en el suelo había pegadas flechas de colores.

Siguieron las saetas que les condujeron hasta la habitación de la plancha. La puerta estaba entreabierta. Darío la empujó con delicadeza y miró a su hermana. Sonrió al observar su pequeño rostro, tenía la boca abierta de par en par y sus ojos redondos como platos. En medio del suelo, junto a sus calcetines, descansaban varias cajas envueltas en papeles navideños y selladas con lazos de llamativos colores. Por un momento, Darío se quedó pensativo. Su teoría se acababa de ir al traste, en esa habitación no había ventanas.

\*\*\*

Con el recuerdo cálido de aquella noche de hacía tantos años y una lánguida sonrisa impresa en sus labios Darío, ignorado por su sino, perdió el conocimiento en la tenebrosidad de la cueva.

*“Los deseos a veces se hacen tan fuertes que se funden entre la realidad y los sueños. Las imágenes se vuelven tan materiales que parece que podemos sentir su presencia demasiado cerca. Los objetos reales parecen tan lejanos que cuesta reconocerlos en la propia memoria. Pero esto es pensamiento de locos, de mentes perdidas, distorsionadas por el dolor y por el paso del tiempo. Pensamientos retorcidos que guardan en sus rincones horrores del pasado filtrados por la pureza de unos ojos que sólo observan. Quién pudiera rescatar de nuestras pupilas dilatadas la antigua mirada limpia, quién pudiera borrar horrores profundos que invitan a dormir para después disiparse entre las tinieblas.”*

Los párpados de Clía dejaron de pesar cuando una voz dulce alcanzó su conciencia. Tenía miedo de dejarlos libres de nuevo y que la imagen de aquella mirada curtida le volviera a invadir sin piedad. Pero la voz le animaba y su instinto de supervivencia permanecía dormido. Unos ojos profundamente azules le sonreían bajo la noche estrellada.

—Espero no haberle asustado —Pico se inclinó un poco más hacia la joven que estaba aturdida tendida en la arena.

—No, no... —balbuceó Clía aliviada al ver que era sólo un muchacho el que la hablaba.

—Es que iba por el camino con mi coche y le vi en la arena tirada.

Unas fuertes luces alumbraban la orilla y las sombras grotescas de las palmeras amenazaban con invadir la pequeña playa. A lo lejos se recortaba la silueta de su casa.

—Pero... —Clía miraba desconcertada a su alrededor. Estaba de nuevo en su playa.

—¿Ocurre algo? —no es que fuera de su incumbencia de Pico, pero la mujer parecía preocupada.

Clía replicó con gesto pensativo y la mirada perdida.

—No, nada, sólo que estoy un poco cansada.

Pico le sonrió comprensivo.

Señalando las luces le dijo:

—Tengo ahí mi coche, si quiere que le acerque a algún sitio —se ofreció amablemente el joven.

—En realidad, si acepta una taza de té, estaría encantada —Clía pensaba en la cesta que llevaba hasta su casa y quería mostrar agradecimiento.

Al muchacho ni tan siquiera le sorprendió su propuesta. Un Pico sonriente le tendió la mano.

Recorrieron el corto camino en silencio. Pico concentrado en la conducción y Clía pensativa con la mirada perdida. Tenía el rostro ladeado hacia la derecha y parecía que disfrutaba del paisaje nocturno, pero en el fondo estaba sumida en sus pensamientos. Intentaba ordenar los recuerdos que le retrataban lo sucedido, sin embargo, no lograba buscarle un sentido.

El motor calló de repente. Habían llegado. Los focos iluminaron un arbusto repleto de lilas verdes. Pico apagó las luces.

—Bueno, aquí estamos —abrió la puerta de su lado y de un salto bajó del auto. Clía seguía sin reaccionar embutida en el gastado asiento, con la mirada perdida. Pico rodeó el vehículo y abrió

la puerta con delicadeza.

—Vamos, está refrescando. Estaremos mejor dentro —le invitó a bajar del auto. Clía giró la cabeza hacia la voz y sonrió levemente.

—Sí, la bruma empieza a cubrirlo todo, estaremos mejor dentro —repitió de modo mecánico.

Pico le ofreció de nuevo su mano para ayudarlo a bajar del coche, pero esta vez Clía la rechazó.

El muchacho no se lo tomó a mal.

—Al fin y al cabo, soy sólo un extraño —pensó y sin darle más importancia le siguió hasta la puerta.

La casa era cálida y acogedora, estaba limpia y ordenada, con pilares de libros estratégicamente situados, pero no había fotos por ningún lado.

Debe ser una chica sin pasado —rió Pico para sus adentros sin perder detalle de la sala.

Pasado era precisamente lo que le sobraba a Clía. Llevaba huyendo de él desde que salió por la puerta de su casa en Lisboa. No es que la casa le disgustara, la había diseñado y decorado ella misma, pero el clima que se respiraba entre sus paredes era cada vez más tempestuoso.

Conoció a Fernando en la universidad y ella empezaba a estudiar arquitectura y a él le gustaban las fiestas de los viernes en los jardines del campus. Sentados en la hierba, rodeados de decenas de personas, sus miradas se cruzaron y contrariamente a lo que Clía hubiera hecho en otra situación, aguantó la mirada. Él le sonrió desde la lejanía y Clía notó como todo el mundo desaparecía a su alrededor y sólo quedaban ellos dos, mirándose directamente a los ojos, sin vergüenza, de una manera natural y pura. Clía sintió que su cuerpo se desdoblaba y una parte le observaba desde arriba. Pasó por encima de los árboles y los tejados de los edificios, quedó colgada del cielo, soñando una fantasía vivida por otra persona. Bajó la mirada y el gentío les rodeó de nuevo envolviéndoles con sus gritos. Sonrió y pensando que no podía creer lo que iba a hacer, levantó de nuevo la cabeza. Le buscó con ansiedad en la mirada, pero ya no estaba, quedaba un hueco en el lugar en el que antes había visto sentado a aquel hombre. Estaba riéndose de sí misma y de su propia ingenuidad, cuando una voz grave y segura le despertó de sus pensamientos.

—Hola, perdona —le saludó una voz—. No sé si te gustará, pero mis colegas me han dicho que está de puta madre.

Clía levantó inconscientemente la mirada. Una mano fuerte y musculosa sostenía un vaso gigante de plástico con un líquido que parecía zumo mezclado con vino. Vestía una ceñida cazadora de cuero negra.

—Me llamo Fernando —le dijo mientras le tendía la otra mano.

—Yo Clía, y me encanta tu cazadora.

Fernando no era un intelectual propiamente dicho, pero era un tipo divertido. Tenía don de gentes y siempre estaba dispuesto a apuntarse a cualquier reto. Era aventurero por naturaleza y gozaba de un gran sentido del humor. Conocía a muchísima gente y siempre disponía de dinero y de ganas de gastarlo. No es que fuera de una familia pudiente, pero siempre encontraba la manera de inmiscuirse en algún trapicheo que le daba para sobrevivir por un tiempo. Un año antes de que Clía terminara la carrera se casaron. Clía estaba muy enamorada, sin embargo, su familia no vio con buenos ojos la unión. El noviazgo ya fue algo que desaprobaron, pero que lo pasaron un poco por alto. Sus padres pensaron que se acabaría con el paso del tiempo, que era un capricho más de Clía, pero el compromiso les decepcionó profundamente. La que más se opuso fue su madre.

Clía respetaba la opinión de su madre, pero ella creía con todas sus fuerzas que aquel sería el hombre de su vida. Sentía un gran amor por Fernando y necesitaba compartir ese sentimiento con su madre. Quería que ella la comprendiera, pero cada vez que Clía intentaba acercarse a ella, se quedaba sin palabras para expresar sus sentimientos. Su madre era una mujer devota, dedicada y entregada, pero a la hora de demostrar emociones se manifestaba fría y distante. Por eso la relación de Clía con su madre fue siempre incompleta, no llegaron a conocerse, a quererse tal y como eran, a compartir los sueños que llevaban dentro. Por otro lado, la relación con su padre era apenas inexistente. Con sus amistades y sus socios de negocios era un hombre cordial y amigable. Sin embargo, en casa se volvía indiferente e invisible. Clía sabía que su padre quería a su madre,

lo notaba en sus miradas, pero parecía que su mera presencia envenenaba ese amor cuando ella estaba delante. Con frecuencia, Clía se sentía rechazada, querida y abandonada al mismo tiempo. Cuando vagaba por las salas de la casa, le pesaba su cuerpo. Sin embargo, notaba como su alma le llamaba desde lejos. En repetidas ocasiones, durante las noches, sus sueños le transportaban a un lugar lejano, donde la brisa era cálida y el olor del mar penetraba a bocanadas en sus pulmones. Es cierto que, después de casarse, los sueños desaparecieron y los sustituyeron pesadillas en las que acababa con la vida de su padre y en las que su madre aparecía con el rostro de una mujer diferente. Aunque llegaron a preocuparla, nunca le contó a nadie lo que sufría por las noches. Clía nunca se atrevió a que su alma abandonara la angustia que sentía cuando se recostaba y cerraba los ojos. En el fondo hubiera deseado poder compartirlo con alguien, sacarlo todo de su pecho y olvidar por siempre que esos sueños le perseguían. Pero Clía no tenía con quién hacerlo. Su madre diría que eso eran cosas del demonio y que mejor intentara olvidarlas. Fernando por su parte, no hubiera sabido consolarla. Estaba demasiado ocupado con sus negocios y últimamente llegaba a altas horas de la madrugada. Pero una tarde de enero Clía encontró explicación a la discreción de su madre, el distanciamiento de su padre y a sus sueños y pesadillas.

—Tienes una casa muy chula —comentó Pico mientras echaba una ojeada al salón.

—Gracias, la decoré yo misma. Cuando llegué, la verdad es que estaba hecha un desastre.

—Mi casa sí que es un desastre. Bueno, tampoco paso mucho tiempo en ella. La verdad es que está hecha una mierda —rio Pico a modo de disculpa.

—¿Vives solo? —Clía no sabía si esa era una pregunta oportuna, pero le salió sin pensarlo.

—Sí, desde hace mucho tiempo —Pico clavó la mirada en las baldosas del suelo, intentando ocultar la pena que le asomaba en los ojos.

Clía se dio cuenta al instante del gesto del joven y aunque no sabía muy bien a qué se debía, repuso inmediatamente—. Yo también soy un alma solitaria, como puedes ver. Tú eres la primera persona que entra en mi casa —agregó con intención de cambiar el tono de la conversación.

El gesto triste de Pico se turbó por una leve sonrisa. Le resultaba duro hablar de la pérdida de sus padres. Sin embargo, sentía la necesidad de darle explicaciones a aquella extraña.

*“Los pesos del corazón se alivian cuando les dejamos salir por la boca. En ocasiones, sin saber muy bien por qué motivo, elegimos a extraños para sincerarnos sobre nuestras emociones más recónditas. Quizás, el juicio espontáneo de un extraño no duele tanto como el de alguien querido.”*

Sin más, Pico comenzó a contar.

—Mi padre murió cuando yo era un niño y mi madre salió en su búsqueda. Nunca creyó que mi padre había muerto. La espera de su regreso y la soledad le cambiaron el carácter y un día se marchó. Yo tenía unos diez años, bueno, como decía todo el mundo diez y pico. De ahí mi mote —levantó las cejas.

—Por cierto, me llamo Pico —con alivio por haberlo soltado todo de golpe, le tendió la mano. Clía también se presentó.

—Yo Clía, encantada —le correspondió estrechando su mano y sonriendo—. Pero si te digo la verdad, no sé de dónde viene mi nombre.

Los dos rieron con ganas durante unos segundos.

—Bueno —Pico hizo una pausa imperceptible, quería generar confianza—. ¿Qué hay de esa taza de té? Lo prometido es deuda —exclamó con confianza.

—¡Claro!, ¡cómo no! Además, creo que tengo un poco de tarta de manzana para acompañar —Clía le guiñó un ojo—. ¿Qué te parece?

A Pico se le hizo la boca agua—. Estupendo, tengo un hambre que te cagas.

Clía se acercó a la cocina y encendió el horno, su tarta se tomaba caliente. Apoyó suavemente la tetera sobre el fuego. Se volvió hacia Pico y vio que observaba con curiosidad su colección de libros.

—Es lo único que me traje en la maleta. Pesaba como... —no pudo terminar la frase.

—Como una vaca en brazos —le interrumpió alegre y repentinamente Pico.

Clía volvió a reír. Le gustaba la espontaneidad del joven.

Pico esperó a que terminara antes de continuar—. No, ahora en serio —las risas cesaron—. Entiendo perfectamente que la llenaras solamente de libros, es lo mismo que haría yo si me fuese a una isla desierta. Sólo me llevaría mis libros.

—¿También te gusta leer? —preguntó Clía sorprendida.

Le parecía que Pico tenía un aspecto un tanto alocado y desaliñado para ser un intelectual.

—¡Pues claro! Es una de mis pasiones —confesó Pico entusiasmado—. De hecho, volvía de la biblioteca antes de encontrarme contigo.

—No sabía que hubiera una biblioteca en el pueblo —repuso Clía extrañada.

—Y no la hay. Está en la ciudad. Voy allí al menos una vez por semana —su voz reflejaba lo orgulloso que se sentía de no parecer sólo una cabeza hueca.

—¡Vaya! ¡Ya te tiene que gustar la lectura! Si no recuerdo mal —Clía hizo el cálculo de memoria—. La ciudad está a unas tres horas en coche.

—Sí, pero se tarda menos de la mitad si te conoces bien los caminos.

El comentario de Pico despertó la curiosidad de Clía.

—¿Quieres decir que existen caminos a lo largo de la costa que llegan hasta la capital?

—Sí, pero pueden ser muy peligrosos para alguien que no conozca el terreno —contestó Pico con seriedad haciéndose el interesante.

—Y, esos caminos... —insistió—. ¿Comunican también las calas cercanas al pueblo? —Clía mostraba especial interés por el tema.

—Sí, por supuesto, aunque a veces las sendas se confunden entre sí y llevan a caminos sin salida.

La curiosidad de Clía iba en aumento.

—Entonces —dudó por unos instantes antes de formular la pregunta—. ¿Sería posible que yo hubiera podido llegar desde la cala que está más al sur de la costa hasta esta playa siguiendo alguno de esos caminos? —preguntó esperando con ansia la respuesta mientras hacía que miraba el mar a través de la ventana.

—Imposible, Clía. Te hubieras perdido entre la maleza —negó rotundamente Pico con la cabeza—. Para alguien que no conozca la zona, sería imposible encontrar el camino y menos aún por la noche. Además, parte de los caminos sólo siguen su ruta a través de las cuevas.

—Entonces —miró al suelo—. No lo entiendo —susurró Clía de nuevo con la mirada perdida.

—En realidad —continuó Pico ajeno al comentario de Clía—. Sólo conozco a una persona aparte de mí que se conoce los caminos como la palma de su mano —a lo que añadió—. Es un viejo lobo de mar y su nombre es Lupe.



La luz de la noche aplastaba la espalda de Lupe. La sentía como una losa en su conciencia. Arrastraba su cuerpo por el camino. Era su propia sombra la que le mantenía preso agarrándole por los talones. Aunque la vieja inercia le llevaba de vuelta a casa, caminaba sin rumbo consciente. El temblor de sus manos era testigo vivo de que aquella noche no estaba siendo una noche cualquiera. Por mucho que pensaba era incapaz de explicarse qué le había ocurrido momentos atrás en aquella playa. Desde sus días de marinero errante no había vuelto a sentir esa fuerza recorriendo el interior de sus venas. Ese impulso inundando cada rincón de su cuerpo, llevándole al éxtasis, casi rozando la locura. Había retornado atrás en el tiempo. Hacía años que no percibía en sí tanta juventud. Sus arrugas se habían desvanecido, su voz se había suavizado, sus movimientos habían permanecido serenos y cautos, como cuando años atrás se conmovía con su amada. Ese instante efímero le llevó a la imagen de Etna. Ante la presencia de aquella joven, el recuerdo de la ternura y la pasión se había personificado en su mirada y clavado con fuerza en su mente. Incluso recordó haber gritado con frenesí su nombre. Pero al tiempo que experimentaba lo revivido, también se sentía confundido y avergonzado, apesadumbrado por no haber sido capaz de controlar esos instintos, afligido por haberse sentido tan débil ante los antojos de su memoria caprichosa.

Sin querer pensar más en lo sucedido, siguió rumbo a su casa. Se tomaría un buen vaso de ron, como en los viejos tiempos. Intentaría dormir esperando que, al despertar, a la mañana siguiente, todo se hubiera borrado de su mente.

Caminaba con brío. Le había entrado una prisa repentina. Sus huellas se clavaban con fuerza en la arena dejando constancia de su presencia en aquella playa. Sus pies mojados alcanzaron la arena seca. Calzó las desgastadas alpargatas de cáñamo. Con un ágil salto se metió en el interior de la cueva. En unos minutos estaría recostado en el porche de su casa al amparo de las estrellas. Recorría la estrecha gruta con la precisión de quien se conoce con los ojos cerrados el camino. Marchaba tan rápido que sólo se percató de la presencia de un cuerpo acurrucado contra una de las paredes de la cueva en el momento en que lo estaba pisando. Su primera reacción fue retirarse con cautela del bulto, pues lo primero que le pasó por la mente es que podría tratarse de un animal malherido. Pero a medida que lo observó con más detenimiento, se dio cuenta de que aquel ser iba vestido. En definitiva, se trataba de un ser humano. Aunque le pareció muy extraña su presencia en ese lugar, no quiso perder el tiempo en suposiciones. Estaba claro que aquel joven estaba al menos inconsciente, si no muerto. Se agachó lentamente.

—Hola. ¿Puede oírme? —dijo a modo de saludo, por decir algo. La única respuesta que recibió fue su propio eco.

—Este tipo está muerto —fue lo siguiente que le vino a la cabeza.

Con decisión acercó sus dedos índice y corazón al cuello del joven. Una ligera mueca de alegría dibujó sus labios.

—Está vivo, está vivo, tiene pulso, está vivo —una repentina euforia recorrió su cuerpo.

Con avidez empezó a frotar el cuerpo. Estaba empapado y muy frío. Comenzó por la espalda y los brazos y al llegar a las piernas se dio cuenta de que una gruesa cuerda le tenía esclavo al suelo por el tobillo. Vio el pie gangrenado y las heridas de las manos, con los dedos llenos de sangre seca y las uñas prácticamente arrancadas. Pensó en el sufrimiento que había tenido que pasar al

intentar librarse de esa cuerda. Desenfundó la navaja con la que mariscaba entre las rocas y cortó la pesada maroma. No se podía imaginar cómo había llegado aquel joven a esa cueva, pero sí sabía cómo reanimarlo. En un solo movimiento se lo cargó al hombro y continuó su camino. Parecía que el destino le estaba dando la oportunidad de enmendar sus pecados.

La luz entraba tímidamente por la ventana del salón acariciándole los párpados. Estaba amaneciendo. Clía intentó darse la vuelta para evitar los rayos de luz que se empeñaban en despertarla, pero el sofá era demasiado estrecho. Se estiró como un gato y abrió los ojos con pereza. Había sido una noche muy intensa y de repente Clía, fue consciente de que había compartido con un extraño secretos que jamás pensó que salieran de su memoria.

—Dios mío, ¿a qué había venido contarle todo aquello a aquel chico? —se preguntó apesadumbrada.

—Bueno, al fin y al cabo, me he desahogado —pensó—. Y no me ha sentado nada mal sincerarme con Pico. Es más, pensándolo egoístamente, me ha venido de maravilla. A ninguna otra persona podría haberle contado nada de eso, a ninguna de mis amigas, ni a nadie de mi familia—. Sí —reafirmó—. Definitivamente Pico ha sido un buen hombre sobre el que descargar los secretos que llevan años oprimiéndome el pecho.

Esa noche había descansado mejor de lo habitual. Las pesadillas habían desaparecido. Los sueños se habían cargado de nuevo de gélidas brisas y agradables sensaciones. No había sido fácil liberar tantas emociones. Hoy la sensación de paz le inundaba como nunca. Jamás pensó que aquella horrible tarde, en la que había comenzado todo, terminaría en una mañana como ésta. Era curioso, cerrar una herida de hacía tanto tiempo en un lugar tan lejano, en un pueblo tan remoto de aquella casa en la que había vivido desde niña, tan lejos de sus padres. Ellos nunca supieron darle una explicación sincera a sus preguntas de adolescente confundida, a sus ansias de conocer sus verdaderas raíces, a su dolor por la separación de un ser tan querido y desconocido. Su mente le encerró de nuevo entre aquellas viejas paredes.

\*\*\*

Registraba los cajones como siempre, con prisa. Cada vez que tenía que rellenar alguna solicitud le pasaba lo mismo, nunca encontraba los documentos que necesitaba o se le olvidaba algún dato importante. El plazo para el cambio del turno de tarde a mañana para la asignatura de *Estructuras* terminaba a las seis. Eran las cinco y no encontraba nada. Su madre no estaba en casa y podía localizarla. Así que allí estaba ella, revolviendo todos los cajones del despacho intentando encontrar la maldita partida de nacimiento de la que la universidad le exigían una copia. La encontró cuando ya estaba perdiendo toda esperanza. ¡Por fin! Entre un fardo de amarillentos papeles había un libro de escaso grosor. Al tirar del pequeño libro, un viejo sobre arrugado y desgastado, cayó al suelo.

Todavía no se explica qué impulso le llevó a abrir aquel sobre. En vez de volver a dejarlo en el archivo donde se encontraba, Clía deslizó los dedos por la solapa de la parte trasera del envoltorio que se despegó sin apenas esfuerzo. Colocó con delicadeza sobre la mesa lo que había en el interior. En décimas de segundo sus ojos enfocaron vertiginosamente el papel. Certificado de Adopción, leyó. El corazón se le paralizó un instante para continuar palpitando con brusquedad. Leyó de nuevo. Era su nombre el impreso en aquella hoja. Sintió un vahído. A tientas buscó el brazo del sillón que se encontraba a su lado. Con las manos temblorosas se reclinó sobre el asiento. Sus movimientos se volvieron muy lentos. Apoyó con cautela su cuerpo en el respaldo de capitoné. El viejo sillón de cuero le envolvió la espalda. Su mente se quedó por unos segundos en blanco. Se inclinó de nuevo sobre el documento. Volvió a leer. Sí, era su nombre. No daba crédito. De pronto, como activada por un control remoto, se sintió profundamente sola y furiosa. Como pequeños tornados, una mezcla de sentimientos, hasta entonces desconocidos para ella, invadieron todo su cuerpo. Sintió rabia. Estaba furiosa. Se sintió absorbida por las paredes de aquella habitación oscura. Se fijó en los retratos colgados en ellas, antepasados que de repente ya no eran los suyos. Sintió la paranoia de que la observaban de un modo diferente.

Las facciones de sus caras se le antojaron grotescas, bufonas. Si cerraba los ojos podía sentir cómo las imágenes giraban a su alrededor vertiginosamente. Las caras del abuelo Emilio, la abuela Maria Teresa, la tía Dolores, el tío Asensio, de todos aquellos que le habían visto crecer. De cada uno que le había abrazado en primera comunión, besado en sus cumpleaños, despedido en los campamentos de verano. Todos ellos habían sido cómplices de una gran mentira. Cómplices de sus padres, cómplices de un engaño doloroso, de años de silencio y de evasiones sentimentales. Ahora ya lo sabía. Entendía el secreto que ocultaban con los cambios de tema cuando cualquier pregunta incómoda amenazaba con enturbiar la serenidad de una agradable velada.

\*\*\*

Clía regresó al presente. Sin embargo, no pudo evitar repetirse las preguntas que se hizo aquella tarde. Por un instante las mismas cuestiones invadían su cabeza. Iban y venían en su mente. ¿De dónde vengo?, ¿por qué me abandonó mi madre?, ¿quiénes eran mis verdaderos padres?, ¿se querían?, ¿tengo otra familia?, ¿por qué me siento tan diferente?

Reaccionó con rapidez y sacudió todos los pensamientos de su cabeza. Volvía a estar en su casa frente al mar. Deseaba con todas sus fuerzas que aquel día fuese de verdad diferente. Tan diferente como lo había sentido, hacía unos minutos, al rozar el sol sus párpados aquella prometedora mañana.

Pico sufría la típica resaca de quien no ha dormido en muchas horas. Su cuerpo quería descansar, pero su mente no le dejaba. Estaba en continuo movimiento, procesando una y otra vez todos los detalles que surgieron en la conversación de la noche anterior. Todavía no daba crédito a todo lo que le habían contado. Se sentía tan identificado con la historia que le había narrado Clía que al recordarla parecía revivir su propia historia. El hecho de que los dos eran seres abandonados de una u otra manera les había unido de un modo muy especial. No sabía si la fascinación que sentía por aquella vida era real o producto de su imaginación, pero todo esto tenía que compartirlo con alguien. Mas no con alguien cualquiera, sino con la única persona que entendía de emociones tan fuertes, de sentimientos tan profundos, que marcan dejando huella.

Desconocía el tiempo que había transcurrido desde que salió de la casa de la playa. El sol había salido hacía un rato y a Pico le fastidiaban los remolones. Así que, no quiso entretenerse. Saltó sobre su 4x4 y pisó con fuerza el acelerador.

En ese mismo momento, no muy lejos, Darío abría los ojos muy despacio. Tenía las pestañas pegadas, como quien se despierta de una larga siesta. Un ligero olor a huevos y beicon se colaba tímidamente por la rendija de la puerta. No recordaba cómo había llegado hasta esa habitación, Tampoco imaginaba lo ocurrido antes, pero los retortijones del estómago le advertían que mejor dejara esas reflexiones para más adelante. Lo que tenía en ese momento era mucho apetito. Se estaba incorporando con lentitud cuando oyó el frenazo de un coche fuera de la casa. Unas voces le llegaron de lejos.

—Lupe, Lupe, ¿estás levantado? Pero... ¿a qué huele?

El lobo de mar lanzó una mirada inquisitoria al sorprendido Pico, que acababa de entrar como un terremoto por la puerta.

—¿Qué haces? —preguntó Pico intrigado.

—Shh ¡Baja la voz! ¡Vas a despertarle! —replicó Lupe voz baja.

—¿Despertar a quién? —Pico no entendía nada.

—A mi huésped —sentenció con malas pulgas.

Pico estaba desconcertado. ¿Desde cuándo se había vuelto Lupe tan sociable? Sólo un ángel caído del cielo podría haber provocado aquella repentina solidaridad en un personaje tan bruto y testarudo como el viejo marino. Pero evitó agotar su paciencia, porque ya conocía ese tono. Aunque se moría de las ganas por averiguar de quién se trataba, no quiso insistir en ese momento. Lo dejaría para más tarde, después de contarle lo que había venido a compartir con tanto entusiasmo. Se disponía a abrir la boca cuando del fondo de la casa surgió una voz tímida y cansada. Un “hola”, que más que un saludo matutino parecía un susurro dubitativo, interrumpió al muchacho.

—Hola —repitió la voz, esta vez con más convicción, inundó el silencio.

—Buenos días —Lupe—. ¡Aquí, al final del pasillo! —añadió, mientras miraba a Pico con cara de “¿ves a lo que me refería?”.

Un hombre muy delgado, curtido por el sol y con barba de varios días se acercó con parsimonia por el angosto pasillo. Pico calculó que tendría unos cuarenta años. Aunque de cerca se apreciaban unos rasgos más juveniles. Unos ojos vivarachos siguieron con rapidez los movimientos de Lupe en la cocina. Darío ni tan siquiera se percató de la presencia del joven Pico

y sus palabras se dirigieron de nuevo hacia el viejo fornido que preparaba un succulento desayuno.

—Buenos días, huele formidable —el olor de la comida traicionó sus modales. Llevaba sin comer varios días y sentía un impulso incontrolado de saltar a por la comida.

Lupe no le hizo esperar y le ofreció un generoso café y un croissant caliente con mermelada casera.

—Está recién hecho y hay más esperando en el horno de la cocina. Pero mientras podemos sentarnos, la mesa está preparada.

Darío siguió fielmente a Lupe hacia la mesa. Al sentarse con el croissant medio devorado entre los dientes, se percató de la figura de un joven de más o menos veinte años. Era también delgado, como él, fibroso y atlético. Se preguntó rápidamente por la relación de los dos individuos, pero prefirió esperar a terminar el croissant antes de hacer ninguna pregunta.

Lupe se dio cuenta de la curiosidad de su invitado y le presentó a Pico, que no salía de su asombro.

—Pico, este caballero es... —se dio cuenta de que ni tan siquiera él sabía su nombre.

—Inspector Lenoir, perdón —contestó con la boca llena—. Darío Lenoir —repitió mientras se limpiaba con el dorso de la mano un poco de mermelada que le resbalaba por la comisura del labio.

—Inspector, encantado de conocerle —el marinero se dirigió hacia él—. Mi nombre es Lupecio, pero todo el que me conoce me llama Lupe —se presentó mientras le tendía la mano.

Darío le estrechó la mano manchada todavía con la mermelada. Se volvió e hizo lo propio con el chaval que tenía a su lado.

—Hola —respondió Pico secamente—. Intuía que aquel extraño iba a fastidiarle su visita y el relato que había venido a compartir con Lupe.

En el brillo esmeralda de los ojos de Clía se reflejaba la espuma de las olas rompiendo en la orilla. Tenía la mirada fija en el horizonte. Se tambaleaba con suavidad en la mecedora del porche. Entre sus dedos sostenía una taza de té que descansaba en su regazo. Hoy parecía ser un día de reflexiones, un día de reconciliación de sentimientos y de apertura a nuevas sensaciones. Hacía mucho que no se percibía tan en paz y a la vez tan enérgica. Le urgían las ganas de salir de su caparazón, de renacer de su ensimismamiento y de gritarle al mundo entero que estaba viva, pero viva con letras mayúsculas. Tras la charla con aquel muchacho desconocido se había encontrado a sí misma. Había reconocido en sí al ser que le acompañaba durante tantos años. Lo reconocía en su cuerpo, en el que ya no se sentía atrapada. Ahora se podía llamar por su nombre sabiendo que nunca más le contestaría una extraña. Incluso, el encuentro con aquel hombre en la playa le había cargado de una forma especial, le había devuelto una chispa nueva a la hoguera muerta que llevaba dentro. De todo lo que había sucedido con el encuentro de los dos extraños, sólo había algo que no le encajaba por más que diera vueltas a ese entuerto. Podría ser un detalle sin apenas importancia, pero que le intrigaba y no lograba encontrarle respuesta. Su mente seguía anclada en el momento en el que Pico decidió amablemente acompañarle a casa. En ningún instante él le preguntó dónde vivía y sin embargo llegaron a su destino sin que ella le explicara cómo hacerlo. Con el cansancio y la confusión hasta entonces no había pensado en ello. Pero en poco tiempo, su vida se estaba rodeando de circunstancias muy extrañas. A lo mejor no era mera coincidencia que él la encontrara aturdida en aquella playa. Quizás ya sabía de antemano dónde se hallaba en aquel instante y en qué lugar vivía y todo fue una jugada astuta para poder meterse en su casa. Recordaba con especial claridad el interés que Pico había mostrado por su colección de libros. Pero... ¿por qué motivo? Días atrás Clía se hubiera quedado sentada en el porche elucubrando y desarrollando hipótesis, intentando encontrar una explicación lógica a la cuestión. Sin embargo, la nueva Clía no. Esa mañana decidió que no, que de nada servía darle más vueltas al tema. Esta vez buscaría respuestas donde pudiera encontrarlas de verdad. Se levantó con decisión de la mecedora, entró en la casa a por su bolso.

El centro de Gladelakes no era muy grande. Una calle principal y un par de transversales que daban al puerto recogían toda la vida de aquel pequeño pueblo. La mayoría de las personas que llenaban sus calles eran oriundos del lugar y aunque era verano, apenas había turistas. Clía se sentía un poco extraña entre aquellas gentes, un poco fuera de su sitio. Ya tan sólo su atuendo marcaba la diferencia. Por no mencionar su corte de pelo que, aunque largo y desbaratado, seguía manteniendo su forma moderna y desenfadada. Presa de algunas miradas y consciente de la curiosidad que levantaba una cara nueva por aquellos parajes decidió sentarse en uno de los bancos de madera que miraban a la bahía. La vista era espectacular. La superficie del mar cambiaba de tonalidades a medida que se alejaba del muelle. Las barquitas de pescadores parecían esbozos de un pintor despistado que las había abandonado con delicadeza. En la parte más alejada, donde parecía que ya no podía abarcar más la vista, imponentes se levantaban las montañas que rememoraban con su majestuosa presencia que la vida seguía tierra adentro. No recordaba haber disfrutado de un paisaje de tan abrumadora belleza en toda su vida. Contagiada por la serenidad del paisaje, se preguntaba por qué había tardado tanto tiempo en salir de su refugio y en sentarse en aquel banco. Todo aquello le transportaba a otros tiempos, a otros lugares,



quizás soñados, que le llenaban de sosiego y plenitud. Mientras observaba, con la mirada perdida, sintió en sus entrañas una punzada seca. Con la respiración contenida una congoja, que no pudo controlar. Notó cómo le subía por la garganta hasta sus ojos. Las lágrimas afloraron y escaparon libres por sus mejillas. No eran muchas, tres o cuatro, pero tenían la fuerza de un torrente que limpia por dentro. Las dejó caer, sin oponer resistencia. Con la entereza de quien sabe que eso es lo que tiene que suceder en ese momento, consintió que mojaran su rostro hasta desplomarse en el dorso de sus manos. Deseaba con todas sus fuerzas que aquel momento no cesase nunca, quería congelar esa sensación y guardarla muy dentro. Le hacía sentir tan conectada con su alma y sus emociones olvidadas que, en ese momento, hubiera preferido morir a perder ese instante. Cerró con fuerza los ojos y la última lágrima se precipitó con una fuerza plomiza. Por su mente pasaron raudas y veloces imágenes de toda su vida. Imágenes de su niñez, de sus juegos, de sus fantasías, y entre ellas, un rostro, un rostro redondo y dulce que se dirigía a ella con ternura. Se acercaba más y le susurraba mirándola a los ojos. No lograba descifrar el significado de esas palabras. Se confundían en su mente perdiéndose hasta convertirse en un ruido sordo. Notó una sacudida y algo fresco en su rostro. Abrió los ojos. Sorprendida, se encontró con decenas de caras que la observaban. Quería que le tragase la tierra. Se había desmayado en medio del paseo. Estaba tendida en el suelo, su bolso abierto y sus pertenencias desparramadas sobre los adoquines. Los rostros le miraban con curiosidad intimidante, pero ninguna mano se atrevía a tocarla. Era como si temieran despertar a un fantasma.

Pico y Lupe estaban aparcando el automóvil en el paseo marítimo cuando se percataron de que, al otro lado de la calle, en el paseo, se había formado una marabunta de gente que situada en corro protegía algo que prometía ser muy interesante.

—Parece que tu amigo Darío se está perdiendo algo divertido por haberse quedado durmiendo —comentó Pico con tono sarcástico.

—No es mi amigo —replicó el refunfuñón Lupe—. Sólo estoy haciendo una buena obra porque hoy me siento generoso.

—Ya, ya. Pues esperemos que se reponga pronto el convaleciente porque no quiero ni pensar lo que será de él si te tiene que conocer en tu estado normal.

Pico sabía que se la estaba buscando y recibió una colleja a modo de respuesta a tan gracioso comentario.

—Lupe, mira que ya no soy un chaval..., y como te la devuelva... —respondió con desenfado Pico al gesto del viejo.

El marinero rio con ganas ante la desfachatez del muchacho—. ¡Anda que no eres descarado! Ve a ver qué pasa en ese barullo mientras me acerco a la farmacia y luego me cuentas.

—¡Vale!, aquí cuando termines —vociferó el joven que ya había cruzado la calle.

Pico se acercó a la muchedumbre. Los pescadores del puerto, los chavales con sus abuelos y las tenderas de los ultramarinos se agolpaban alrededor de un bulto que descansaba en el suelo. Pico consiguió hacerse hueco a base de sutiles codazos. Cuando llegó al centro del círculo le entró la risa. En medio de todo el espectáculo estaba Clía, intimidada y con los colores a punto de saltarle de los pómulos. Su mirada se tornó aliviada cuando entre tanto extraño se topó con la cara de Pico. Entre carcajadas su nuevo amigo le alargó la mano y disuadió a los curiosos de que volvieran a sus tareas. ¡Aire! allí no había pasado nada. Más de uno miró a Pico sorprendido de que conociera a aquella joven, que por cierto era bastante guapa. Pico pensó en los chismes de las malas lenguas. Hablarían de ellos en más de una casa. Le dio igual. Lo único que pretendía lograr con premura era sacar a Clía cuanto antes de ese embrollo. Su casa estaba muy cerca. Pensó que allí estarían cómodos. De paso, darían un argumento más para alimentar los inevitables

chismorreos.

—Gracias por sacarme de allí. No sabía si me iban a dejar poner de pie. Llegó un momento en el que se acercaron tanto que pensé que me iban a dejar sin aire —suspiró Clía más aliviada al cobijo de una manta.

—No hay de qué. Ya ves, casualidades de la vida, pasaba por allí. De todos modos, que conste que es la segunda vez que te socorro. Espero que no te acostumbres —replicó Pico con cierto aire de cachondeo.

Sin embargo, la cara de Clía se volvió sombría. Otra vez las casualidades del destino. Recordó las reflexiones de esa misma mañana.

—¿Qué ocurre? ¿He dicho algo malo? —Pico se encontraba confundido ante el semblante de la joven. Pensaba que había dicho algo gracioso, pero parecía que su comentario la había ofendido.

—No, no, pero es que hay algo de lo que quería hablar contigo —respondió Clía con suavidad.

—Desembucha —instigó Pico un poco intrigado. Deseaba arreglar cuanto antes el desaguisado.

—Pues, verás... —Clía no sabía muy bien cómo empezar—. Se trata de cuando me encontraste el otro día...

En ese momento sonó el teléfono. Pico cayó en la cuenta de que se había olvidado por completo de su cita con Lupe.

Precipitadamente se disculpó con Clía.

—Sólo será un momento.

La muchacha asintió con la cabeza. Casi se sentía aliviada por la interrupción.

Pico desapareció por el pasillo de la casa y Clía se quedó pensativa. A lo mejor no debería preguntarle nada tan directamente, al fin y al cabo, sólo lo conocía de un día. Estaba ensimismada en sus pensamientos cuando Pico regresó dando explicaciones.

—Perdona, pero es que era un viejo amigo con el que había quedado. Pero ya le he dicho que nos veremos más tarde que ahora estaba ocupado —retomó la conversación—. Bueno, ¿qué es eso tan importante que tienes que contarme?

Darío estaba cansado. No había dormido mucho más. Su cuerpo magullado y todavía dolorido le pedía que tuviera piedad y que se quedara un poco más en la cama, pero su mente inquieta le hizo levantarse. La casa estaba vacía. Le habían dejado solo. El hombre y el joven se habían marchado. Deambuló durante unos minutos curioseando la vivienda y mirando por las ventanas. Se acercó hasta la cocina y abrió la nevera en busca de algo más para comer. A pesar de que había desayunado copiosamente, todavía tenía hambre. Sacó unas lonchas de algo que parecía embutido y puso un par de ellas entre dos cruasanes que habían sobrado del desayuno. ¡Qué delicia!, todavía estaban templadas. Mientras daba bocados al improvisado sándwich echó un vistazo a la cocina ordenada y austera. La cocina compartía espacio con el salón. Analizó el paisaje de fuera a través de las ventanas. Su deformación profesional no le permitía ver las cosas de otra manera. Desde la ventana que tenía enfrente se veían las playas y las calas del suroeste de la isla. Resultaba especialmente curioso cómo justo desde el punto en el que se encontraba podía divisar con plena claridad el paso de las embarcaciones. Se veían nítidamente las bocanas de los diferentes puertos naturales por los que se tenía acceso del mar a la costa. Pensó que la casa estaba estratégicamente situada, justo en la misma localización donde se alzaría un faro o una fortaleza. Continuó girando la cabeza y observó que todas las ventanas de la estancia obligaban a mirar hacia el mismo punto cardinal. Llegó a la rotunda conclusión de que aquella casa estaba construida a propósito de aquella manera. Terminado su almuerzo, se le antojó salir a dar una vuelta alrededor de la casa. La temperatura de la mañana era cálida, sin embargo, la brisa refrescaba la piel cuando la rozaba desnuda. Todavía tenía vendajes y magulladuras, así que decidió que merodearía por los alrededores, No iría muy lejos. Salió al pequeño porche. Se trataba de una superficie cuadrada protegida por un tejado de cemento y teja roja. Bajó los tres peldaños que conducían al jardín. No era un jardín como los de su urbanización, verde y escrupulosamente ordenado. Más bien, se asemejaba a un pequeño bosque salvaje, con variada flora llena de fuertes coloridos. Estaba en cuesta y se perdía precipitándose por el acantilado. Rodeó la casa, que no era de gran tamaño y observó con interés su estructura. Correspondía a una construcción sólida, de piedra maciza colocada en bloques sin simetría, cada uno de diferentes tamaños. Dedujo que le daba un toque demasiado rústico para la zona. Argumentó que era el modo en el que se construía hace muchos años, cuando los inviernos eran fríos y duros. Imaginó un día oscuro en pleno mes de enero con las olas golpeando furiosas contra el acantilado que elevaba la propiedad.

Un sonido metálico le sacó de sus pensamientos. A pocos metros de donde él se situaba, un mapache escapaba asustado del interior de un pequeño cobertizo. Darío se acercó sin miedo. Quiso curiosear para saber qué guardaba aquel tapadizo. Empujó suavemente la puerta de madera medio abierta. Las bisagras chirriaron cediendo a la fuerza. Darío era un tipo valiente. Aun así, se asomó con cautela al interior porque no quería que le saltase a la cara ningún animal sorprendido. El interior estaba en penumbra. Tan sólo se adivinaba su contenido gracias a la luz que tímidamente se colaba por la única ventana. Cuando los ojos de Darío se acostumbraron a la oscuridad, reconocieron el rincón secreto de un pescador. Aquel lugar estaba lleno de redes, latas viejas con diferentes anzuelos, cañas y otros aparejos que era incapaz de identificar. También había varias latas de pintura. A su lado, había un bote de plástico con unos pinceles viejos a

remojo en aguarrás. El líquido apestaba con su fuerte olor toda la estancia. Nada interesante, pensó, el refugio de un viejo pescador melancólico. Pero justo cuando se disponía a darse la media vuelta un bulto llamó su atención. En un rincón, enmascarado entre redes y periódicos viejos, asomaba el borde de una mochila. El pulso se le aceleró. Reconoció al instante de que se trataba. Se acercó como encantado por una melodía embrujadora. No daba crédito a lo que veían sus ojos. Se trataba sin lugar a duda de su bolsa.

Por unos instantes se quedó petrificado. Ni las manos, ni los pies le respondían. ¿Qué demonios hacía su mochila escondida en aquel lugar tan recóndito? Daba por hecho que se había perdido junto al resto de sus pertenencias en el naufragio. Ni tan siquiera recordaba que hubiera llegado hasta la playa con lo sobrante que las corrientes llegaron a salvar. Cayó en la cuenta de lo extraño que le resultaban los dos hombres que acababa de conocer, en especial, el viejo. Ese tipo, aunque le había salvado la vida, no le inspiraba ninguna confianza. Reflexionó durante unos segundos. Le estaba dando demasiada importancia. Pensó en Lupe. Según su experiencia profesional, el perfil psicológico del viejo podría encajar con el típico sociópata. Vivía solo desde hacía tiempo. Vivía aislado a propósito, de eso no quedaba la menor duda. El único acceso a su casa era un estrecho camino de tierra al que llegaba serpenteando desde no sabía muy bien dónde. Era un tipo totalmente solitario. Su casa carecía de fotos, figuras, libros o recuerdos. Muy mala espina, eso es lo que le estaba dando toda esta situación. Y luego estaba el chaval, que tendría entre dieciocho y veintidós años. Dudaba acerca de la relación entre ellos. Había observado el compadreo y la complicidad. Podría ser su nieto, pero no había indicios de que el viejo tuviera familia.

Se dio cuenta de que estaba analizando el tema como si de un homicidio se tratara. Decidió no caer en deformación profesional. Eso sí, tenía que salir de allí como fuera y por supuesto, llevarse consigo su mochila. Le daba rabia que alguien extraño hubiera hurgado en sus cosas. Inexplicable la curiosidad del viejo por conservar algo tan personal y de apenas valor. Ni tan siquiera podría llegar a comprender su magnitud. Para él tan sólo sería un fetiche, como el resto de las porquerías que guardaba en aquel cobertizo.

Estaba echando mano a la bolsa cuando riéndose para sus adentro se planteó que, por otro lado, existía la posibilidad de que aquella ni tan siquiera fuera su mochila. Se sentó en uno de los botes de pintura y apoyó el bulto sobre sus rodillas. Abrió la cremallera con curiosidad. Le sudaban las manos ante la expectación.

El rugido de un motor potente desconcentró su atención.

—¡Mierda! —masculló—. Han vuelto. Esto sí que es mala suerte.

Sin que le diera tiempo a comprobar si todo su contenido seguía en su interior, volvió a colocar la bolsa en el mismo rincón donde la había encontrado. Intentando hacer el menor ruido posible, salió del cobertizo. Con gran sigilo se coló por una de las ventanas abiertas de la casa y volvió a meterse en la cama. Allí no había pasado nada.

Los ojos de Clía permanecían perdidos, enfocados al infinito.

—¿Clía? —preguntó en voz alta Pico al percatarse de su estado.

Al comprobar que estaba totalmente ausente y no le contestaba, Pico insistió.

—¿¡Clía!?! —la joven se encontraba tan absorta en sus pensamientos que se sobresaltó al oír su nombre de manera tan contundente.

—Perdón, ¿qué? —respondió de manera automática.

—¿Te encuentras bien? Te noto preocupada —esta vez Pico tenía el semblante serio como muestra de verdadero interés. Quería comprender qué estaba ocurriendo.

—Perdona Pico. Es que estaba... —vaciló un momento—. ¡Qué mierda! —pensó. Por fin se decidió a hablar.

—Es que llevo desde esta mañana dándole vueltas a lo que pasó cuando me encontraste en la playa.

Pico estaba cada vez más despistado.

—¿Cuándo te encontré en la playa? —preguntó—. ¿Qué pasó cuándo te encontré en la playa? —prosiguió—. No sé a qué te refieres —le contestó encogiendo los hombros desconcertado.

—Bueno —aclaró Clía—. No fue exactamente cuando me encontraste, sino más bien... —hizo una pausa.

Se estaba poniendo verdaderamente nerviosa, pero estaba a punto de decirlo. Había llegado la hora de la verdad. Era el momento de descubrir si realmente Pico era tan noble como parecía o por el contrario la estaba utilizando. Continuó sin mostrar expresividad, intentando quitarle hierro al asunto.

—Sino más bien cuando me llevaste a casa.

Pico dudó por un momento, no sabía a qué se refería. Hizo memoria y en menos de un segundo cayó en la cuenta. Claro, ya entendía. ¡Qué tonto había sido!

Clía estaba inmóvil a la espera de una respuesta. Pero él necesitaba unos minutos para reflexionar y ordenar sus ideas. Se dirigió a Clía de la manera más natural posible.

—¿Te apetece un café?

Clía se dio cuenta de que la conversación iba para largo. Tenía verdadera curiosidad por descubrir qué ocultaba aquella carita de ángel.

Le siguió el juego.

—La verdad es que preferiría un té, si no te importa —le contestó.

—Claro, por supuesto. ¡Hecho! —y desapareció hacia la cocina notablemente aliviado por la complicidad de Clía. Estaba claro que se olía algo.

Mientras metía la taza en el microondas, retornó a aquella noche. ¿Cómo podía haber sido tan poco hábil de haber descuidado las formas? Con los nervios se le había pasado por alto preguntarle dónde vivía. Pero es que lo último que esperaba cuando vio que había alguien en la playa es que iba a ser ella. No sabía cómo le iba a explicar por qué la conocía. No sabía si era el momento más idóneo de sincerarse con ella ahora que parecía estar tan cerca de lograr su objetivo. Sin embargo, tampoco quería mentirla y que Clía desconfiara. En el fondo, él no lo había hecho con mala intención. No pretendió nada con ello. Simplemente se quedó tan sorprendido al descubrir su rostro bajo aquel cielo estrellado que todas las demás ideas se le

bloquearon. El microondas pitó. Sacó la taza de su interior y metió una bolsita de té en el agua caliente. Cogió una cucharilla mientras exhalaba un suspiro.

—Ay, había llegado la hora de la verdad —pensó.

Clía estaba tranquilamente recostada en el sofá cuando vio la figura de Pico acercarse por el pasillo. A medida que se avecinaba, luces y sombras iban y venían jugando con su rostro. Clía lo analizó. Tenía rasgos de adolescente maduro, pero su mirada le delataba.

No podía engañarla, no después de todo lo que ella le había contado. Sería una gran traición y nunca más volvería a confiar en nadie. Le acercó la taza y la cucharilla.

—¿Quieres azúcar? —Pico estaba más serio que de costumbre.

—No, gracias —contestó la joven expectante con un hilo de voz.

La tensión inundaba la habitación. Ninguno de los dos sabía qué podía esperar del otro. Pico se preguntó hasta dónde sabría Clía. No tenía intención de compartir los resultados de una investigación que le había llevado tantos años. Pero, por otro lado, cabía la posibilidad de que Clía pudiera ayudarle. Lo mejor, pensó, era poner las cartas sobre la mesa. Después de todo, estaba ante una mujer vulnerable que le había mostrado su corazón como un libro abierto. Tras haberse sincerado de aquella manera no podía guardar malicia en su alma. Sin embargo, no sabía cómo comenzar. Decidió empezar por donde se inician todas las historias, por el principio. Él también podría desahogar su alma.

—Está bien —le dijo a Clía mirándole a los ojos.

Yo también te voy a contar mi historia.

Recorriendo con grandes zancadas la habitación, comenzó a narrar.

\*\*\*

Mi padre murió y fue una verdadera mierda. Se me cayó el mundo encima. Yo era pequeño y nadie pareció darse cuenta de que alguien así pudiera tener sentimientos tan fuertes. Ya te dije, mi madre no fue de gran apoyo. No se lo tengo en cuenta. La quiero mogollón y le deseo lo mejor allá donde esté. Pero no supo ayudarme a entender lo que pasaba y cómo pasar página. Ahora que soy mayor, lo comprendo mucho mejor. Es más, tengo que agradecerles a los dos el ser como soy. Me queda por aprender, lo sé. Pero, estoy orgulloso de mi mismo. No es que tenga mucha pasta, como suele querer la mayoría de la gente. Ni vivo en una gran casa. Pero tengo mis ilusiones y mis metas en la vida por las que me gusta pelear. No pretendo que nadie entienda mis locuras, pero sí pido que se me respete y que no se me juzgue. En un lugar como éste no es sencillo hablar de sentimientos. A la gente le gustan los chismes y hay que mantenerse al margen, para que no te hagan daño. Para eso me ayudan mis libros. Todos los libros que ves tienen que ver con algo que me ha pasado, desde que desapareció mi padre. A él le gustaba leer. Decía que creía en la bondad

de los libros que le enseñaban tanto sin esperar nada a cambio.

Él pasaba largas temporadas en el mar trabajando, y yo siempre esperaba ansioso su llegada para ver con qué nuevo libro me sorprendía. Luego, durante los días que no tenía que salir a trabajar, nos sentábamos juntos en cualquier rincón y leíamos sin tregua. Más de una vez mi madre nos regañaba porque dejábamos enfriar la cena.

\*\*\*

Clía escuchaba emocionada. Le enternecía el cariño con el que Pico recordaba la relación con sus padres. Le producía una envidia sana. A ella también le hubiese gustado tener unos padres así. Estaba absorta con el relato. Ni tan siquiera pestañeaba. Tragó saliva con cuidado, no quería interrumpirle.

\*\*\*

No lo hacíamos adrede. No era para hacerle rabiar. Pero nos partíamos de risa cuando venía con la cara colorada, el trapo de la cocina en las manos y con los brazos en jarras y nos lanzaba una de sus miradas de enfado. En el fondo yo sabía que le hacía feliz vernos juntos. Lo veía en su cara. Más de una vez la vi darse la vuelta, después de habernos regañado, sonriendo. Pero todas esas risas desaparecieron con el abandono. Llegó el silencio. Sólo quedaron ecos de lo que fue una infancia feliz. Al principio, todo el mundo en el pueblo me apoyó. Se preocupaban. Mostraron gestos de cariño. Pero a medida que pasaba el tiempo, lo único que yo quería era estar sólo. Me molestaba la gente. No veía sus buenas intenciones, sino que me estaban jodiendo la vida. Así que me refugié en la lectura. Cuando terminé los libros que guardaba mi padre en casa, empecé a frecuentar la biblioteca. Fue allí cuando, un día por casualidad, vi un periódico antiguo. La noticia llamó mi atención. Estaba en la primera plana. Era del 29 de septiembre de 1973.

\*\*\*

Pico se marchó de la habitación. En un abrir y cerrar de ojos volvió con una carpeta bajo el

brazo que abrió con soltura.

—Mira —y le extendió a Clía un recorte de periódico amarillento, pero pulcramente doblado. Clía leyó atentamente la noticia para sus adentros.

—Una joven... desaparece.

Cuando terminó, miró a Pico desconcertada.

—¿Y? —no entendía la trascendencia de ese artículo.

Pico esbozó una sonrisa al verla tan perdida.

—Lo mismo me pasó a mí la primera vez que lo leí. Pero no sé por qué motivo me dio por preguntar a la gente del pueblo sobre la noticia. Al parecer, nadie sabía o quería contar nada. Lo que hizo que me interesara mucho más por lo que podría haber sido de aquella joven que desapareció.

Clía estaba aún más intrigada.

—¿Y descubriste algo?—Algunas cosas —Pico mantenía el suspense.

—Como ¿por ejemplo? —a Clía le podía tanto misterio.

—Como por ejemplo dónde vivía antes de desaparecer —hizo una pausa para que Clía volviera preguntar. La joven no le defraudó.

—¿Y? —preguntó cada más inquieta por saber a dónde llevaba todo esto.

—Vivía aquí —Pico asintió con la cabeza—. Aquí, en la isla —añadió esperando su reacción.

Clía volvió a picar el anzuelo.

—¿Y eso que tiene qué ver conmigo?

El joven sonrió.

—Pues bastante —apoyó su mano en el brazo de Clía y le miró directamente a los ojos—. La casa de la playa en la que tú te alojas es la casa en la que ella vivía antes de desaparecer.



Lupe aparcó el todoterreno de Pico en uno de los laterales de la casa.

—Este muchacho siempre sale con citas misteriosas —refunfuñó mientras sacaba las llaves del contacto—. Bueno, ya aparecerá a la hora de la comida —sonrió para sus adentros.

Darío podía observar los movimientos del viejo, tumbado desde la cama. Iba hablando sólo y se reía.

—Chiflado, definitivamente chiflado —asintió el inspector con la cabeza—. Si es que pocas veces me equivoco —añadió.

Vio cómo cogía un pequeño paquete de papel de la parte trasera del vehículo y cómo se dirigía con decisión hacia el porche de la casa. Pero de pronto, dio un súbito giro y meneando la cabeza cambió su rumbo.

—¡Dios mío!, se dirige hacia la caseta —Darío entró en pánico, sorprendiéndose a sí mismo.

—¿Y si descubre que he estado husmeando dentro? —se sintió del mismo modo que cuando con once años el profesor de Historia del colegio se le quedó mirando mientras se le deshacía la chuleta en la mano. No es que se asustara habitualmente de situaciones como esa. Había lidiado con momentos mucho más peligroso en su carrera como policía. Pero, el hecho de hallarse en un lugar lejano y en estado convaleciente le hacía sentir vulnerable.

Lupe entró y salió en cuestión de segundos del cobertizo.

—Demasiado rápido para haber notado nada —se consoló Darío aliviado.

Pero no pareció tan convencido cuando en menos de los que canta un gallo, Lupe se presentó en la habitación con cara de pocos amigos.

—Habíamos quedado en que no te moverías de la cama —el semblante serio del marinero hacía que la voz que salía de su garganta pareciese aún más grave.

Darío no estaba acostumbrado a que le hablaran en ese tono. Pero no era el momento más propicio para demostrar sus dotes de mando. Permaneció en silencio y tragó saliva. Aunque era inspector de policía lo más cerca que había estado últimamente de una pelea había sido cuando Sergio, su antiguo compañero de mesa, dejó por tercera vez la cafetera sin agua.

—La verdad es que no quiero explicaciones —continuó Lupe—. Pero la próxima vez podrías haber borrado las huellas —para pertenecer al Cuerpo de Policía, ese tipo no parecía muy listo, pensó el marino. Pero, bueno, suponía que de esa manera era mejor. En el rostro del viejo se apreciaba una pequeña sonrisa. Se dirigió, de nuevo, al inspector.

—Así no te sentarán mal las medicinas.

—¡¿Las medicinas?! —Darío estaba totalmente desconcertado—. ¿Se había vuelto loco el anciano?

Lupe al ver la confusión en su cara se echó a reír.

—Sí, las ensaimadas —su sonrisa se hizo más amplia—. Has dejado un reguero de azúcar blanco en la cocina.

El inspector no daba crédito. Esa era toda la queja del viejo. Él sudando la gota gorda pensando en que lo siguiente a la conversación iba a ser una lucha a vida o muerte por salvar el pellejo y resultaba que aquel vejstorio, que ahora le parecía entrañable, había estado todo el tiempo refiriéndose a las ensaimadas. Le brotó una carcajada espontánea, que Lupe tomó como un síntoma de clara mejoría.

—Eso está mejor. Te traeré un vaso de agua para que te tomes los medicamentos —dijo el marino y sin darle tiempo a responder se dirigió a la cocina.

Lupe regresó con el vaso y un paquete de pastillas.

—Las he comprado en la farmacia del pueblo. Son unos antiinflamatorios. Te irán bien.

Darío dio un sorbo de agua y tragó un par de píldoras. Se encontraba más tranquilo. Aunque no dejaba de darle vueltas al tema de la bolsa que hacía unos instantes había tenido en su poder. No descartaba la posibilidad de que el marinero se hubiera percatado de su descubrimiento y estuviera disimulando para ganar tiempo. Prefirió relajarse. Decidió alejar los pensamientos negativos de su cabeza y cambió de tema.

—Y... ¿el chaval? Pico, ¿verdad?

El viejo asintió con la cabeza.

—¿Dónde anda? —terminó de preguntar apurando sorbo a sorbo el agua del vaso—. Se ha quedado en el pueblo —respondió Lupe pensativo. Permaneció por unos segundos en babia—. Algo le ha tenido que pasar, porque hasta se olvidó de nuestra cita —hablaba con rapidez, sin importarle demasiado si el inspector sabía a qué se refería—. Y cuando le llamé a su casa para ver si estaba, se mostró muy misterioso al teléfono y me dijo que en cuanto pudiera vendría aquí y que ya me contaría —Lupe tomó aire brevemente.

—Hablando de contar —él mismo se interrumpió—. Todavía no me has contado cómo acabaste en aquella cueva.

Darío no sabía qué contestar. Intentó adoptar una postura más cómoda incorporándose en la cama. Se quedó unos instantes en silencio. Nunca había sido buen conversador. Más bien, era parco en palabras. Sus cualidades se extendían, por explicarlo de alguna manera, hacia el campo de la observación. Por eso precisamente era tan bueno en su trabajo y le habían ascendido de jefe de policía a inspector.

—Bueno, en realidad —comenzó dubitativo—. Llegué allí por azar, no era mi intención acabar en un sitio tan lúgubre —bajó la mirada.

Se percató de que se encontraba frente al hombre que le había salvado la vida y ni tan siquiera le había dado las gracias.

—Pero antes de nada quisiera darte las gracias —le dijo arrepentido de haber pensado tan mal de esa persona que ahora le miraba con ojos comprensivos.

—Hice lo que tenía que hacer. A veces la vida nos pone pruebas en el camino. Parece que tú y yo teníamos que encontrarnos.

*“Puede ser que las personas y situaciones que aparecen en nuestras vidas no sean casualidades. Puede ser que se traten de una oportunidad de aprender o de enseñar algo valioso para continuar nuestro camino. Aun cuando no veamos su propósito, todo lo que nos ocurre, puede ser que nos ocurra por una razón.”*

Darío se quedó pensativo por unos momentos. Ni le atraían las reflexiones filosóficas, ni creía en los juegos de azar. Los únicos filósofos a los que él consideraba eran los empíricos con los que compartía la teoría de que sólo es posible todo lo demostrable.

—Y tú, ¿qué hacías por esa zona? —preguntó volviendo por un segundo al estado de desconfianza que le caracterizaba.

—Venía de dar un paseo —mintió Lupe recordando avergonzado el episodio en la playa con aquella muchacha. Recurrió al tópico—. Me gusta pasear por las noches, cuando todo está

tranquilo.

—Sí, parece un sitio agradable para caminar. ¿Llevas viviendo aquí mucho tiempo? —. Darío intentaba averiguar algo más sobre la vida del marinero.

—La verdad es que llevo aquí toda mi vida, desde que tengo uso de razón. No conozco más que esta isla y los mares que bañan el mundo —la mirada de Lupe se volvió opaca y perdida por unos segundos—. Pero bueno, hablemos de ti —exhaló intentando expulsar de su mente los recuerdos que se precipitaban a invadirla—. Al fin y al cabo, tú eres el forastero —sentenció.

Darío no tenía muchas ganas de contar su vida, pero era consciente de que no podía ser desagradable con el anfitrión de la casa.

—Lo cierto es que estoy de vacaciones —dijo con cara de póquer, esperando que no se notara que estaba mintiendo.

A Lupe no le asombró la respuesta. Muchas personas del continente optaban por venir a pasar unos días en la isla. Aunque no le terminaba de convencer la respuesta.

—¿Es la primera vez que vienes? —preguntó sin embargo con incredulidad. Por lo poco que le conocía no encajaba con el perfil de los turistas que visitaban aquel paraíso. Tenía complexión de ser, más bien, un buen montañero.

—Sí, nunca había venido antes a las islas. Supongo que ya era hora de haceros una visita —rio para quitarle hierro al asunto.

—Y... ¿cuándo llegaste?

El interrogatorio continuaba y Darío empezaba a sentirse incómodo. No estaba acostumbrado a que le preguntaran tantas cosas, normalmente era él el que planteaba las cuestiones.

—Hace un par de días —respondió intentando no perder la paciencia.

—En el vuelo del jueves, ¿entonces? —insistió Lupe.

—No, vine navegando, en un velero de alquiler —respondió Darío de manera espontánea sin pensar apenas la respuesta.

—En un velero —replicó pensativo el marinero—. No ha atracado ningún velero nuevo en el puerto en los últimos días —inquirió de forma indirecta.

La paciencia del inspector estaba llegando a su límite. El viejo, parecía saberlo todo. Sin embargo, prefirió contestar con sinceridad.

—Lo cierto es que no llegué a atracar, naufragué la noche del temporal —sentenció contrariado por tener que dar tantas explicaciones.

—De modo que el velero encallado en las rocas era el tuyo —continuó Lupe por terreno peligroso consciente del malestar de su invitado.

—Así es —contestó secamente el policía.

—Ya veo —replicó con un tono de superioridad el marinero. Estaba claro de que se trataba del típico dominguero que creía que un barco era un juguete fácil de manejar. Se preguntaba que habría empujado a aquel hombre sólo a semejante aventura, pero consciente de que por el momento ya había preguntado demasiado, simplemente se limitó a comentar.

—Es que esa noche el mar estaba especialmente picado —y cambiando totalmente de tema preguntó—. ¿Te apetece una cerveza?

—No es mala idea —respondió Darío sorprendido por el ofrecimiento—. Aunque con los medicamentos... —dudó, era un hombre de ley.

—Una cerveza no le hace mal a nadie —le animó Lupe dirigiéndose de nuevo a la cocina.

Darío se levantó de la cama para seguirlo aliviado de que se acabara el interrogatorio. Pero lo que no se imaginaba es que el torrente de preguntas no había hecho más que empezar.

Mientras tanto en la acogedora casa de Pico, en el centro mismo del pueblo pesquero, Clía y el joven seguían elucubrando acerca de la misteriosa casualidad. Clía estaba realmente emocionada por el nuevo descubrimiento y Pico no paraba de contarle sus hallazgos. No fue sencillo descubrir quién fue la antigua propietaria de la vivienda. En realidad, a Pico no le ayudó mucho ir preguntando por ahí. Nadie quería hacer comentarios de la que llamaban “aquella casa maldita”. Según mantenían las malas lenguas, aquella casa llevaba muchos años bajo los embrujos de alguna maldición, y había acabado llevando a una profunda miseria a los seres que en ella habían morado.

Esa amenaza que rodeaba de misterio la historia de su nueva vivienda era la parte que a Clía le causaba más inquietud. Pero, por otro lado, le hacía pensar en algunos acontecimientos un tanto destacables que acontecieron a la compra de la casa. Recurriendo a su memoria recordó que cuando se propuso la adquisición de una casa frente al mar, la agencia inmobiliaria, que le estaba ayudando con la búsqueda, intentó por todos los medios evitar enseñarle precisamente ésa. Para ella, no obstante, era la casa perfecta. De una sola planta, amplia y con grandes ventanales que descubrían una vista única al mar que acababa en el horizonte. La primera vez que la contempló pensó que se trataba de un lugar de ensueño. Allí se imaginó viviendo hace muchos años a una pareja de enamorados, que se acurrucaban muy juntos en el porche durante los atardeceres de verano. Sin embargo, a pesar de su ubicación y vistas, llevaba años deshabitada y nadie parecía querer tramitar la venta de la vivienda, que inevitablemente acabaría por derrumbarse si alguien no hacía algo.

Un día en el que ya las esperanzas parecían perdidas, un individuo un tanto peculiar, del que ni tan siquiera recordaba su nombre, apareció de la manera más imprevisible. Le propuso la venta de la casa a cambio de que no le dijera a nadie que había sido él el que se había encargado de tramitar la oferta. Clía supuso que tanto secretismo e impedimento tendría que ver con algún tema peliagudo de herencias en el que no tenía ninguna intención de inmiscuirse. Así que aceptó con la única condición de que se le asegurara la veracidad de los documentos de propiedad de su nueva vivienda. Y así fue cómo, de la noche a la mañana, se convirtió en poseedora de un montón de piedras y cemento que recordaba a un híbrido entre cabaña y un bungalow moderno en el que tuvo que poner mucho trabajo y esfuerzo. Pero en ese momento no se le ocurrió mejor modo de emplear su tiempo. El estar dedicada a un proyecto tan propio le proporcionaba paz y tranquilidad y mantenía su mente entretenida y alejada de tristes pensamientos.

Ahora, con la nueva información de Pico, sus conclusiones acerca de la herencia parecía que no iban tan desencaminadas, aunque nunca llegó a saber realmente a quién compró la casa. Era tanta la curiosidad que sentía que las preguntas se agolpaban en su cabeza.

—Entonces... —comenzó pensativa—. La mujer que vivía en mi casa, ¿murió? —preguntó directamente a Pico con interés. Intentaba esclarecer lo que ocurrió con la antigua dueña.

—En realidad, eso es algo que no se sabe. No hay ningún certificado de defunción y nadie quiere hablar del tema. Pero por lo poco que pude averiguar, parece que se la dio por desaparecida y no se llevaron a cabo más gestiones. Al menos en la comisaría local, aparte del informe de desaparición firmado por el inspector de turno, no consta ningún archivo que recoja los hechos.

Clía no daba crédito.

—Pero..., entonces —intervino con insistencia—. ¿Qué pasó con su familia? ¿Nadie la reclamó? ¿Nadie la echó en falta?

Pico asintió con la cabeza sintiéndose identificado con el desconcierto de la joven.

—Parece que vivía sola —replicó intentando darle sentido al asunto—. Por lo menos en los documentos, que pude conseguir en el Registro de la Propiedad, constaba que la casa estaba tan sólo a su nombre —contestó encogiendo los hombros.

—Qué extraño —Clía negaba con la cabeza mostrando su confusión. Definitivamente no encajaban las piezas. No podía creer que en aquel pueblo tan pequeño hubiese alguien tan aislado—. Y, ¿tampoco tenía amigos o conocidos? —preguntó con la esperanza de que aquello cobrara algún sentido.

Pico dio un pequeño sorbo al té ya frío.

—Por lo que he ido descubriendo, parece que no. No era muy popular en la isla. Y si alguna vez se relacionó con alguien, se lo debió tragar la faz de la tierra —bajó la voz, como si alguien los pudiera estar escuchando y añadió—. Ya te he dicho que nadie quiere hablar del tema, a la gente se le cambia la cara cuando les pregunto, es como si hablaras de un fantasma.

—Qué raro —añadió Clía reflexiva—. Y ¿sabes si era muy mayor cuando desapareció? —Clía sólo podía explicarse la situación de aquella mujer imaginándosela muy anciana, encogida y arrugada como una pasa.

—No —respondió Pico muy serio. Eso era lo que también a él más le había llamado la atención—. Según mis cálculos debía rondar los veinte, como yo ahora.

La incertidumbre en la respuesta de Pico sorprendió a Clía.

—¿Por qué dices que según tus cálculos? —la perplejidad de Clía iba en aumento.

—Porque no logré encontrar ni original, ni copia de ningún documento de identificación o partida de nacimiento.

—Pero sí descubriste que la casa estaba a su nombre.

—Sí, su nombre es lo único que sé hasta ahora —Pico movía las manos con nerviosismo. A Clía le tembló un poco la voz al preguntar.

—Y... ¿cómo se llamaba? —se le encogió el estómago, estaba igual o más nerviosa que Pico ante la posibilidad de saber el nombre de aquella mujer misteriosa.

Pico tragó saliva antes de contestar, no sabía por qué, pero le costaba pronunciar aquel nombre.

—Etna Bou, se llamaba Etna —dijo finalmente con un hilo de voz.

Los dos se quedaron callados, con la mirada perdida. El silencio se hizo espeso, parecía que hubiera pasado un ángel.

Darío reclinó su trasero sobre el borde de la mesa de la cocina y posó las palmas de las manos en la madera desgastada mientras observaba los movimientos ágiles del marinero. Estaba abriendo un par de botellines de cerveza y colocando en un cuenco unas aceitunas de manzanilla. Lupe era consciente de que el inspector vigilaba todos sus pasos y ralentizó a propósito sus movimientos para otorgarle más tiempo. No le importaba sentirse analizado. Es más, sin quererlo le estaba ayudando con su estrategia. Precisaba que el policía se sintiera cómodo para que recuperase la personalidad dura de inspector que seguro le caracterizaba. Le necesitaba relajado y con la sensación de que era él el que controlaba la situación para poder seguir con su plan. Con pausados movimientos colocó unas lonchas de queso y unas rebanadas de pan en un plato. Cargó las aceitunas, las cervezas, el queso y el pan con habilidad entre las dos manos. Hizo un gesto con la cabeza a Darío invitándole a que le siguiera y salió por la puerta de la cocina que comunicaba directamente al exterior.

Ya era casi mediodía. El sol estaba prácticamente en lo más alto. La sombra que el tejado proporcionaba sobre el porche los protegía de sus rayos. Rodearon parte de la casa y a la vuelta de la esquina, Lupe le indicó un bonito rincón. Se sentaron en el banco de piedra, con el aperitivo frente a ellos encima de una tosca mesa, también adoquinada y se quedaron en silencio. Contemplaban la gruesa franja azulada que el mar dibujaba en el horizonte. La vista era espectacular. Darío empezó a sentirse cómodo. Pensó en que no le importaría nada vivir en aquella casa una temporada. Desconfiaba del viejo, era su naturaleza. Sin embargo, no podía evitarlo, en el fondo le envidiaba por vivir en un sitio tan privilegiado.

La capital era otra historia, el tráfico, el ruido, y la vida en la calle contagiaban hasta calar los huesos. Ya llevaba un tiempo planteándose huir de aquella ciudad tan activa y buscar un lugar como ese, un rincón tranquilo donde no pasa el tiempo. En realidad, bajo la desaprobación de algunos de sus amigos, ya había dado el primer paso al vender el apartamento de soltero situado en pleno centro. Aconsejado por un buen asesoramiento, había invertido la mayor parte de la venta en un fondo de inversión y una pequeña parte, como entrada en un chalecito cerca de la sierra, a unos kilómetros del norte de la ciudad. Pero aun así no era lo mismo, seguía habiendo vecinos que controlaban su vida. Por no hablar del bullicio durante los fines de semana. Aquello se llenaba de familias que huían de la ciudad buscando la tranquilidad que él tanto anhelaba.

Cerró los ojos por un momento y soñó que aquel lugar le pertenecía. Dejaría el trabajo, vendería de nuevo su casa y viviría feliz para siempre con Roco en aquel lugar maravilloso. Hasta podía oír los ladridos del pastor alemán mientras saltaba a su alrededor sacudiendo la cola.

El potente rugido de un motor le sacó del ensimismamiento. Una ranchera grande e impoluta frenó en seco frente a sus narices levantando una nube espesa de polvo. Cuando abrió los ojos después de que pasara la polvareda el vehículo había desaparecido dejando únicamente a la vista una silueta familiar. Pico había regresado. Se acercó hacia donde estaban.

—Buenas casi tardes, campeón —saludó Lupe con sarna al muchacho—. ¿A qué se debe esta grata visita? —le preguntó sin cambiar le tono.

Pico ya conocía aquel cínico tono. Sabía que Lupe nunca le tomaba realmente en serio y que le seguiría tratando como aquel hijo que nunca tuvo.

—Pues ahora que lo dices —siguió con el vacile—. Vengo a tomar con vosotros el aperitivo,

ya veo que sabéis cuidaros —a la mesa no le faltaba detalle, la cerveza, el queso, unas pepitas de aceitunas.

—Hacemos lo que podemos —Lupe dirigió una mirada a Darío con intención de hacerle sentirse cómplice.

—Sí, pasándolo mal —siguió animadamente la conversación el policía—. Siéntate con nosotros —se movió hacia un lado haciendo hueco en el banco para que Pico se acomodara.

—Muchas gracias, pero prefiero estar de pie, que entre una cosa y otra llevo todo el día sentado—. A Pico no le terminaba de agradar aquel hombre. Se sentía incómodo ante su presencia. Había aparecido de la nada y ahí estaba, en el porche de su amigo, como si se hubieran tratado toda la vida.

Lupe escuchó con perplejidad la respuesta de Pico. Le conocía desde hacía años y, aunque reservado, no acostumbraba a ser descortés con los desconocidos. Le extrañó el rechazo a la invitación del inspector. Por un momento se le pasó por la cabeza que quizá sentía celos del compadreo con el que les había encontrado. Todo podría ser, en el fondo se trataba aún de un niño.

Recordó que tenían una conversación pendiente.

—Bueno. ¿Qué era eso tan importante que me tenías que contar? —intentó retomarla y relajar la situación que se empezaba a tornar un tanto tensa.

Pico se puso colorado. Nunca se le había dado bien disimular. No pensaba hablar ahora con Lupe. No era el momento de contar nada delante de aquel extraño.

—Nada, chorradas. Cosas sin importancia —hizo una pausa, sin saber muy bien cómo continuar—. Iré a por un vaso de agua, tengo sed con tanto calor —añadió con la mayor naturalidad posible e intentando no alargar el tema, desapareció en el interior de la casa.

Lupe notó enseguida por el tono de su voz que Pico no había llegado hasta allí para tomar ningún aperitivo. Le conocía demasiado bien para darse cuenta de que lo único que deseaba era estar a solas con él para poderle contar todo lo que le había ocurrido. Pero no era el momento más apropiado para deshacerse de su invitado. De momento lo seguía necesitando y no estaba dispuesto a perder una oportunidad como esa. Llevaba años intentando buscar ayuda y todo el mundo le había dado la espalda. Estaba seguro de que aquel forastero no tendría tantos prejuicios en echar una mano a un viejo loco como él. Nadie mejor que alguien de la península para ayudarle a esclarecer las muchas incógnitas que todavía quedaban en el aire desde la desaparición de su amada. Habían pasado ya treinta y tres años, pero aún no podía olvidarla. Su corazón se resistía y su mente se negaba. Era consciente de la locura que seguía siendo guardar luto por una muerta durante tantísimos años. Pero para Lupe, Etna seguía viva. Tenía la absoluta certeza de que se encontraba en algún lugar, esperándolo. Sabía que una mujer como ella, no podía haberse marchado sin más, dejándolo solo con ese dolor. Le quería demasiado para abandonarlo en la agonía de la incertidumbre de su paradero sin una mísera explicación o una razón de peso. Desde el día en el que se encontraron se habían velado como sus propias sombras. Después de todo lo que habían vivido juntos se conocían mejor que así mismos y todo eso no lo podía borrar el vacío de una mañana de septiembre.

Mientras Lupe se dejaba llevar por sus recuerdos, Pico estaba contrariado buscando las garrafas de agua en la cocina. A la par que abría y cerraba las puertas de roble de los armarios se maldecía por la presencia de aquel tipo en casa de Lupe, justo esa mañana. No podía haber sido otra. Justo esa mañana en la que él tenía tantas cosas de que hablar con Lupe estaba aquel policía, o lo que fuese. Ahí, acomodado en el porche sin ninguna intención de moverse. Parecía que le había cogido gusto a las vistas y la placidez de la casa. El muy cara dura, pegando la manga.

A Pico no le intimidaba para nada que fuera inspector de policía y si Lupe no le decía que se fuera, se lo diría él mismo. Le diría bien claro que se buscara un hotel, o una pensión en el pueblo. Podría escoger la que quisiera, ahora que en temporada baja estaban todas vacantes. Pero necesitaba que desapareciera ya, porque mientras estuviera rondando por la casa no habría manera de que pudiera hablar con Lupe tranquilamente. Esperaría hasta la noche para ver como transcurría el día. Seguramente si era una persona decente se marcharía por su propio pie, sin esperar a que le invitaran a irse.

Ya había abierto y cerrado todos los armarios y no había rastro de ninguna garrafa llena. Lupe era un viejo ordenado, pero a veces le daba por cambiar las cosas de sitio sin avisar y luego no había quien encontrara nada. Sólo quedaba por abrir un pequeño armario que quedaba suspendido de la pared encima del aparador donde se almacenaba la vajilla. No era probable que hubiera guardado allí el agua, pero prefería seguir buscando antes que salir al porche a preguntar dónde había escondido la última garrafa. Pico se puso de puntillas y abrió la única puerta que cubría el armario. Era más pesada que las demás, de madera más gruesa. Sonrió cuando vio que abandonado en su interior descansaba un garrafón de agua. Se estiró todo lo que pudo hasta que rozó con la punta de las yemas el recipiente de plástico. Mediante pequeños golpecitos fue acercando la garrafa hacia el borde exterior del armario hasta que con un atinado golpe se venció por el peso y aterrizó en sus brazos. La apoyó en la encimera marmórea de la cocina. Cuando iba a cerrar el armario vio en el fondo, estratégicamente escondida, una caja de galletas de mantequilla, sus preferidas. ¿Así que era ahí donde guardaba secretamente las galletas su amigo? Pensó en la cara de Lupe cuando fuera a coger una y se encontrara la caja vacía. También eran sus preferidas y siempre tenían que echar a pulsos quien era el que se comía la última mientras el otro se conformaba con mirar. Pero la caja estaba al fondo. Ahora sí que no llegaría por mucho que se estirara y se pusiera de puntillas. Buscó una solución rápida. Arrastró una de las sillas del comedor hasta el armario y se subió a ella. Con una sonrisa maliciosa alcanzó la caja metálica. En cuanto la tuvo en sus manos se dio cuenta de que no contenía galletas. Pesaba demasiado. La agitó con cuidado. Apenas sonó nada en su interior. La observó con curiosidad. Estaba un poco oxidada y llena de polvo. Aquella caja llevaba allí encerrada mucho tiempo. Por un instante, se le pasó por la cabeza volverla a depositar donde la había encontrado. Pero, su instinto le invitó a abrirla. Le sudaban las manos. En el fondo tenía la sensación de que estaba haciendo algo prohibido. Sin bajarse de la silla la apretó contra el pecho y levantó la tapa con cuidado. Le sorprendió la cantidad de fotos que había guardadas dentro. Eran cientos de diferentes tamaños, la mayoría en blanco y negro. Debían ser antiguas. Se disponía a meter la mano en la caja, cuando una voz le sobresaltó.

—¡Pico! ¿¿Se puede saber qué demonios haces?! —la voz gravemente irritada de Lupe resonó en la cocina.

El corazón de Pico dio un vuelco. La caja se le resbaló de las manos y cayó estrepitosamente al suelo. El ruido metálico de la caja contra las baldosas retumbó en las paredes de la cocina y las fotos se desparramaron por el suelo.

—¡Joder Lupe! Me has asustado —contestó todavía con el corazón en la boca—. ¿A qué vienen esos gritos?

—¿¿Se puede saber qué cojones haces con esa caja?! —gritó aún más enfurecido el con los ojos fuera de sus órbitas.

Pico nunca había visto tan colérico a Lupe. Es más, no recordaba haberlo visto enfadado nunca.

—Yo... —titubeó nervioso sin saber muy bien cómo continuar—. Pensé que eran... —no le dio tiempo a terminar la frase.



—Déjalo Pico —le interrumpió Lupe—. Sal de aquí, no quiero volverte a ver —su tono de voz había perdido toda la fuerza.

A Pico le sorprendieron aquellas palabras tan duras. Estaba atónito, mirando a su amigo desde lo alto de aquella silla en la que, paradójicamente en ese momento, se sentía tan insignificante.

—Por favor —Lupe hizo una pausa para tragar saliva. Le costaba mucho pronunciar esa palabra—. Vete —insistió con los ojos vidriosos.

Pico bajó de la silla con sigilo, estaba herido. Cabizbajo salió de la cocina evitando pisar ninguna de aquellas fotos. A él también se le empezaban a empañar los ojos. Sentía por instantes cómo crecía el nudo que se le iba formando en la garganta. Nunca nadie le había hablado de ese modo y mucho menos Lupe, que siempre le había tratado con respeto y cariño. Sintió rabia, porque no entendía qué es lo que había hecho mal y a la vez una profunda tristeza, Lupe nunca le había fallado. Pero aquel hombre, de repente se había convertido en un extraño. No podía reconocer en aquella persona al único amigo que le había acompañado durante parte de su infancia y toda su adolescencia. Cuando, desde el pasillo se volvió para mirarlo por última vez, lo encontró afligido y arrodillado, recogiendo con una delicadeza exacerbada una por una aquellas misteriosas fotografías.

Lupe estaba exhausto.

Las pinceladas frescas sin secar todavía en el lienzo de su memoria. Resurgían con matices más brillantes que nunca. Los recuerdos, como si nunca hubieran estado almacenados y olvidados en algún rincón del cerebro, habían vuelto apresuradamente. Las manos le temblaban mientras apilaba con mimo las pequeñas cartulinas descoloridas por el tiempo. Una sobre otra, una sobre otra. Poco a poco, lentamente, con gran parsimonia. Sin ninguna prisa las iba colocando por orden de tamaño, las pequeñas al principio protegiéndose unas con otras y las más grandes al final cerrando el círculo. A través de sus pupilas, emborronadas por las lágrimas, se filtraban las siluetas borrosas de las fotografías. El mecánico movimiento cesó por un instante y fijó su melancólica mirada en una fotografía concreta. Era la más pequeña de todas y tenía el borde muy desgastado. Era una foto antigua, impresa en papel a la albúmina. Los colores sepia deslavados por el paso del tiempo dejaban entrever a dos personas. Un hombre blanco de pie y una mujer menuda, de tez más oscura, a su lado sentada. El hombre era joven, con la piel de la cara muy curtida y el cabello tan claro que parecía albino. Unos mechones rebeldes le llegaban hasta los ojos, dos redondas avellanas risueñas que delataban una vida llena de amores y desenfreno. Sin embargo, en el fondo de aquellos ojos vivarachos se percibía una paz inmortal. Los colores de sus iris descansaban extenuados como si después de una gran batalla hubieran logrado al fin la serenidad que siempre anhelaron. Vestía un impecable traje oscuro, que parecía hecho a medida para la ocasión y que le alargaba la figura. En la mano izquierda sostenía, sobre su pecho, un sombrero de hongo, claramente pequeño para el tamaño de su cabeza, pero que quedaba muy acorde con el conjunto. El brazo derecho descansaba en el lateral hasta alcanzar con la mano la de la mujer que sentada a su lado sonreía levemente con una gran dulzura. Ella sostenía la mano sobre su hombro. También tenía esa mirada plácida. Su cuerpo elegantemente apoyado en un incómodo taburete de madera estaba cubierto por un vestido claro, sencillo, con cuello de barco ligeramente escotado y de media manga. Resaltaba su fina figura y dejaba al descubierto sutilmente sus rodillas. Sus pies mundanamente descalzos contrastaban con la elegancia de su peinado. Su cabello, negro azabache, recogido en un exquisito moño descubría sus hombros desnudos tímidamente cubiertos con un chal de bordado de seda prácticamente transparente. Destacaba en su muñeca izquierda una estrecha pulsera que destellaba ligeramente y adornaba de modo refinado su mano. La misma mano que sostenía con suavidad, pero con firmeza, la del hombre que se erguía orgulloso a su lado.

Lupe acercó hasta la fotografía su tosco dedo índice y acarició con delicadeza la unión de las manos. Cómo echaba en falta el contacto de aquella piel, las caricias de sus finos dedos y el calor que le transmitían aquellas yemas llenas de cariño y sabiduría. No había un solo día vivido con Etna que Lupe hubiera olvidado. Pero ese día tenía un significado especial para ambos. Lupe, como hombre criado en la libertad de los mares, no creía en compromisos ni ataduras. Antes de ese día, nunca se hubiera imaginado compartiendo por siempre cada segundo de su vida con una sola persona. Pero con Etna todo era diferente. Con la cara aún mojada por las lágrimas sonrió levemente al recordar la cara de Etna cuando le confesó que deseaba acostarse cada noche junto al calor de su cuerpo y levantarse cada mañana muy cerca de su rostro.

\*\*\*

Estaban tumbados en la arena. Lupe, boca arriba, observaba sin mirar el cielo estrellado. Etna apoyada sobre su costado, abrazaba con ternura su pecho. Acababan de hacer el amor y sus cuerpos, desnudos y enroscados, descansaban de la pasión agitada con la que se habían amado. Lupe bajó la mirada hacia su amada. El sudor de su piel brillaba bajo el resplandor de la luna llena. Su cabeza, apoyada en su pecho, se mecía a merced de su respiración pausada. Y aunque todavía sentía el fuerte palpito de su corazón, se sentía tranquilo y sosegado. Deseaba que el tiempo se parase en ese instante, que la luz de la luna les transportase a un lugar donde sólo estuvieran ellos dos y se sintieran así, tan unidos el uno al otro como en ese instante mágico, por siempre. Se dio cuenta de que era el momento. No era un hombre de amplios estudios, el mar era el único maestro que había tenido, pero siempre había tenido muy desarrollado el sexto sentido. Su intuición le había salvado varias veces de la muerte y en ese instante le empujaba a tomar una decisión que nunca hubiera pensado que tomaría en toda su vida. Quería pasar el resto de sus días con aquella mujer. Abandonaría definitivamente el mar, el que habría sido hasta ahora su único amante. Cambiaría el acune de sus olas por el calor de esos frágiles brazos que le arropaban con fuerza. La energía que le transmitían le tenía obsesionado. Como la invitación del mar que le absorbía cuando cambiaba de pleamar a bajamar, así le obsesionaba la pasión que le empujaba hacia su amada. El sentimiento era tan fuerte que incluso en aquella paz se dio cuenta de que Etna lo notaba. Etna, que nunca indagaba en los pensamientos más profundos del marinero, percibió que aquella noche algo distinto pasaba. Rompiendo levemente el silencio y sin levantar la cabeza de su pecho, le preguntó casi en un susurro:

—Mi amor, ¿qué te tiene tan revuelto?

A Lupe no le sorprendió la pregunta. Sabía que entre dos personas que se amaban como ellos no podía haber secretos. Lo que no se decía con palabras, se transmitía poco a poco a través de los poros de la piel cuando estaban tan cerca.

No permanecería en silencio por mucho más tiempo. Tenía que

preguntarle lo que tanto deseaba saber, pero no sabía muy bien cómo hacerlo. Toda su dureza de lobo de mar era inútil en algo tan delicado. Aunque creía estar seguro de los sentimientos de Etna, sintió por un momento que el corazón se le paraba. No podía comprender que ella, que era tan dulce y frágil, descansara tan plácidamente a su lado. Y que él, tan rudo, fuerte y valiente, sintiera en esos momentos más miedo que en el peor de los temporales. En esos instantes, hubiera preferido el azote del mar enfurecido que tener que llenar ese silencio que se pendía en el aire.

Pero era en ese momento o nunca. No podía, ni quería dejar pasar ni un segundo más. Se armó de valor. Tomó aire con decisión, consciente y abrió la boca. Aún hoy en día, no se explicaba cómo salieron esas palabras tan bonitas de su boca. Pero lo que sí recordaba era la sonrisa de Etna que permaneció en su rostro cuando, como en un canto de sirenas, le miró a los ojos y le contestó sin duda alguna:

—Sí, Lupe, me casaré contigo.

Diez días después de esa noche en esa misma playa, envueltos por la luz del atardecer y rodeados de gaviotas se dieron el sí quiero. No hubo banquete, ni invitados. Sólo un sacerdote amigo de Lupe, venido de muy lejos, fue testigo de aquella velada inolvidable. El mismo testigo que, con complicidad, fue el artífice de aquella foto que ahora sostenía con nostalgia en sus manos y le traía tantos recuerdos.

Pico había salido a la velocidad del rayo de aquella casa. Caminaba furioso, a toda prisa por el camino que llevaba hasta el pueblo. Sus piernas se movían con rapidez y eficacia de una manera mecánica. Era un movimiento aprendido atrás en el tiempo, un acto reflejo, que le arrastraba montaña abajo sin rumbo fijo. Siempre había sido un chico tranquilo y juicioso, pero en ese momento lo único que le brotaba de lo más profundo y primitivo de su ser era desahogarse. Hubiera partido la cara a quien fuera de haber tenido a alguien delante. Necesitaba sacar toda la rabia que contenía dentro. Precisaba que la adrenalina que le bullía por las venas abandonara de una vez por todas su cuerpo. La emprendió con un palo que encontró cruzado en su camino. Lo pateó con violencia hasta estrellarlo contra un árbol. Se acercó con furia al palo como si se tratara de un palo desobediente y lo cogió con ambas manos. Empezó a golpearlo cada vez con más fuerza contra el tronco del árbol. Pequeñas astillas de madera comenzaron a saltar por los aires. El ruido de los golpes se mezcló con los graznidos de los pájaros que, asustados, remontaron el vuelo abandonando las ramas del árbol. A Pico le empezaron a fallar los brazos y las manos. Las heridas de pequeños rasguños le pidieron que parara. Congestionado y jadeante, se desplomó arrodillado a los pies del árbol. Abrió las manos y dejó caer el palo destrozado. Sus hombros empezaron a temblar y un leve gemido salió de sus labios. De espaldas al camino, sin ser consciente más que de su propio dolor, se dejó llevar y comenzó a llorar desconsoladamente. Las lágrimas caían a borbotones por su cara que se mezclaban con los mocos y las babas. Nunca había llorado con tanta amargura, ni siquiera cuando falleció su padre. Se sentía morir, como si tuviera una daga clavada en su pecho. El dolor físico no le permitía pensar, ni apenas moverse. Se tapaba la cara con las manos y cerraba los ojos con nervio en un esfuerzo inútil por frenar el torrente de lágrimas. Su cuerpo estaba a merced de convulsiones y espavientos. El corazón le latía rápido y con potencia, queriendo salir de su pecho. Pasó en ese estado, sin poder controlarse lo que se le antojaron horas, hasta que poco a poco se fue calmando y recuperó el ritmo normal de respiración. De pronto, todos los músculos de su cuerpo le pesaban, no tenía fuerza ni para levantar la mirada. Su mente le rogaba que se abandonara al cansancio. Se recostó sobre la hierba y se quedó profundamente dormido.

Darío observaba ensimismado el dedo de cerveza que descansaba en el fondo del botellín recalentado. Estaba a punto de quedarse adormilado con la calidez de los rayos de sol cuando aquel chaval había salido hecho una furia de la casa sin tan siquiera despedirse. Habría jurado ver cómo se levantaba el polvo del camino tras sus apresuradas zancadas. Sonrió para sus adentros. Le recordaba a él hace unos cuantos años. Se acordaba de aquella época en la que a él también le daban arrebatos de vez en cuando y que sólo, ahora que había pasado el tiempo, lograba comprender. De adolescente él tampoco tenía paciencia. Todos los deseos se tenían que cumplir en el acto y si no se cumplían sus exigencias, saltaba a la mínima y odiaba al mundo por ponerse en su contra. A medida que fue madurando descubrió, con gran perplejidad, que la paciencia se adquiere, sin uno proponérselo, a medida que van pasando los años. Las ganas de correr y de conseguir todo al instante se transforman en momentos de reflexión y cautela. No sabía muy bien cuándo había dado ese gran paso.

\*\*\*

Recordaba el ruido de los portazos de su habitación, cuando todos los astros se alineaban en su contra. Memoraba con especial tristeza el verano del ochenta y cuatro en el que su grupo preferido de rock tocaba en las fiestas de un pueblo cercano a donde veraneaba. Todos sus amigos fueron al concierto menos él. Estaba castigado por haber llegado tarde y sin avisar el fin de semana anterior. Su padre no le levantó el castigo. Nunca odió más a su padre. Le aborrecía con todo su alma y le deseaba las peores de las penurias en la vida. Era un odio de adolescente, del que nubla toda razón y argumento. Retiró la palabra a su padre durante lo que quedaba de verano y tan sólo se dirigió a su madre con monosílabos cuando la situación inevitablemente lo requería. Con la distancia de los años, todo aquello le parecía una chiquillada y cuando murió su padre, un año después, hubiese dado lo que fuera para volver a recuperar aquellos meses perdidos. Habían pasado más de veinte años y todavía le echaba de menos. Nunca le había dicho todo lo que le admiraba. Era demasiado joven para fijarse en las virtudes de los demás. Además, en aquella época, su padre se había convertido en un individuo severo y taciturno. Siempre se había mantenido fiel a sus principios, pero durante los últimos meses de

su vida, llevó hasta el límite la conjugación de sus actos e ideales. Tornó su existencia en una entrega desinteresada hacia los demás. Abandonó su consulta privada de neurocirugía y se volcó en su trabajo en la Fundación Lenoir, continuando la labor que su padre comenzó a principios del siglo XX para asistir a los infectados por la peste. Nunca recordaba Darío haber visto tan preocupado a su padre. Se culpaba continuamente de las desgracias del mundo y pretendía hacer en meses los que a otros investigadores les había llevado años. La parte que más le inquietaba era la financiera. Con él se sentaba Darío por las noches, bajo la luz del flexo de su despacho, a hacer cábalas con los números intentando sacar dinero de donde no lo había. En aquella mesa de caoba comenzaron las primeras lecciones de economía financiera. Entre la disposición de su padre y la habilidad de Darío con las matemáticas intentaban cuadrar los presupuestos recortando gastos como si de cartillas de racionamiento se tratara. Cada centavo que conseguían ahorrar lo invertían hasta sacarle el máximo rendimiento, pero la falta de donaciones era en sí una epidemia, y las noches en vela empezaron a pasar factura. Una noche húmeda de agosto, en la que caía una fuerte tormenta, Darío encontró muerto a su padre en el despacho. El informe forense determinó fallecimiento por insuficiencia respiratoria y paro cardíaco. El gran corazón de su padre no pudo guardar tanto amor y explotó, dejando de latir para siempre.

\*\*\*

Unas nubes parecidas a las de aquel día trajeron de vuelta la atención de Darío al presente. Amenazaban con su espesura gris a lo lejos. Se le ocurrió que tenía el tiempo justo para tomarse la última cerveza, antes de que la de fina lluvia comenzara a rociar la cálida tarde. No sabía si esperar a que Lupe regresara o levantarse de aquel cómodo banco e ir a buscarle él mismo. Decidió levantarse para no perder más tiempo. De paso podría echar una mano al viejo que, seguramente estaría terminando de preparar la comida. Apoyando las manos en la mesa de piedra se levantó, con el consabido esfuerzo de quien abandona una posición cómoda, Por la puerta principal, que era la que le tenía más cerca, se dirigió al interior de la casa. Todo estaba en silencio. Ni un solo ruido llegaba desde la cocina. El único olor que se percibía era el de los jazmines frescos que descansaban en un recargado jarrón junto a la puerta de la entrada. Avanzó con cautela, no quería ser indiscreto y sorprender a Lupe en una situación comprometida. Al fin y al cabo, aquella no era su casa. Como el silencio se hacía más evidente a medida que avanzaba decidió carraspear para anunciar su llegada. El son de su garganta resonó en el pasillo sin obtener respuesta. Por unos instantes le dio la impresión de que se encontraba en una casa abandonada.

Una repentina idea le vino a la mente. Aunque hasta ahora había estado a cuerpo de rey en el porche con su cerveza y las atenciones del anfitrión, apenas habían pasado unas horas desde que se despertó y le conociera. Estaba a punto de volver sobre sus pasos cuando escuchó una voz cansina a lo lejos.

—Estoy aquí, al fondo del pasillo. En mi habitación.

Darío la reconoció como la de Lupe, aunque le extrañó la poca fuerza que marcaba su entonación.

—Si quieres coge mi camioneta y ve a comer algo al pueblo. Yo pasaré aquí la tarde —añadió la voz, casi en un susurro inapreciable.

Darío reconocía ese tono. Era el mismo con el que se dirigió su madre a todo el mundo durante meses tras la muerte de su padre. Sólo una persona con el peso de una gran desdicha podía encadenar las sílabas con desesperada desgana. Se dio cuenta de que algo no marchaba correctamente. A lo mejor esta vez era el viejo el que necesitaba su ayuda.



Darío caminó con decisión por el pasillo dejando de lado la cocina, olvidándose por completo de aquella última cerveza. La puerta del fondo estaba entornada y un pequeño haz de luz se filtraba tímidamente iluminando la madera barnizada del oscuro pasillo. El silencio era tan espeso que el inspector creyó oportuno llamar antes de hacer ningún otro movimiento. El simple sonido hueco de los nudillos contra la madera del marco de la puerta inundó la casa. Darío permaneció a la expectativa, inhaló con sosiego y aguantó el aire en los pulmones. Esperó unos segundos, pero no obtuvo respuesta. Con indecisión empujó la hoja de madera con las yemas de los dedos. El sol de la tarde se colaba con descaro por el único ventanal al otro lado de la habitación. A contraluz, de pie, inclinado al borde de la cama, se postraba una extraña silueta. Darío adelantó sus pasos para observarla más de cerca. La intensidad de la luz que inundaba la estancia no le permitía adivinar claramente de quién se trataba, pero intuyó que no podía ser otro que el viejo marinero. Con cierto titubeo pronunció su nombre.

—Lupe.

La figura apenas se movió.

—Lupe, ¿eres tú? —insistió, esta vez con rotundidad. Ante la voz, la silueta cambió de posición.

Darío no daba crédito a lo que presenciaban sus ojos. Probablemente la ingesta de tanto medicamento le estaba produciendo alucinaciones. Ante su mirada perpleja se situaba un Lupe decadente y avejentado al que le había desaparecido la canosa barba. Los surcos de la vejez y las cicatrices de las hazañas de juventud se hacían patentes en la pálida piel, hasta entonces protegida por la tupida mata de pelo cano. La mirada confusa y perdida en antiguos recuerdos casaba a la perfección con su esperpéntico atuendo. Su cuerpo, sorprendentemente corpulento para su edad, lucía un impecable traje oscuro que le venía pequeño. En su cabeza se posaba un antiguo bombín que apenas le calzaba. Sobre la impoluta colcha, que vestía la cama, reposaba un diminuto vestido blanco primorosamente colocado. Los brocados y el detalle de las finas puntillas trasladaron, por un instante, a Darío a un pasado de películas mudas en blanco y negro.

El inspector volvió la mirada de nuevo hacia la cara de Lupe. Observó sus ojos, mates, sin vida. Parecía encontrarse en trance. Pensó, por un segundo, que se hallaba frente a un espíritu de una época lejana. Pero las pupilas de Lupe se movieron con viveza, devolviéndole del más allá, tras un leve parpadeo. Su voz salió con torpeza.

—Ella era lo único que tenía —balbuceó como un niño pequeño—. Y el mar...y el maldito mar..., la arrancó de mi lado —esta vez, un arrebato de furia inundaba las orbitas de sus ojos.

Darío seguía allí, de pie, inmóvil, escuchando aquella sarta de incongruencias que salían intermitentemente de la boca de su nuevo amigo.

Lupe siguió con la retahíla:

—Cuando lo teníamos todo, cuando ya no podíamos ser más felices. Se la llevó, sin avisar —Darío no sabía a qué se refería, pero siguió escuchando con paciencia.

—La muy traidora. ¡Maldita mar rencorosa! —gritó con furia—. ¡Quiso vengarse por todas las batallas que le vencí! ¡Por todas y cada una de las tormentas que le sobreviví! ¡Por todos y cada uno de los tesoros que le robé!

Darío seguía sin dar crédito, pero no quiso interrumpir.

—Pero —Lupe bajó el tono de su voz e inclinó la cabeza—. Esta última batalla la ganó él —apuntó el anciano apesadumbrado—. Me arrebató lo que más quería y me dejó desterrado. Sus celos me privaron del sustento de mi alma. Yo, inútil de mí, no pude hacer nada —continuó desconsolado.

El tono se tornaba cada vez más grave hasta que solamente llegó a escucharse un murmullo en el que no cesaba de repetir:

—Yo no pude hacer nada. Yo no pude hacer nada. Yo no pude hacer nada...

Sin dejar de mascullar aquellas palabras, Lupe tanteó el borde del colchón con la mano. Se sentó con cuidado para evitar arrugar la delicada prenda que reposaba sobre la colcha. Darío, en un movimiento mecánico, siguió su gesto y también se sentó. El vestido quedó postrado entre los dos. Lupe bajó la mirada y posó su mano derecha sobre la prenda. Ensimismado acariciaba con delicadeza el borde del cuello. Los finísimos volantes permanecían intactos a pesar del paso del tiempo. Darío se dio cuenta de que ese insignificante trozo de tela que para Lupe parecía tan importante, podía separarles o unirles para siempre. Se atrevió a preguntar:

—¿Desde cuándo lo guardas?

Lupe levantó la vista sorprendido por la pregunta. Estaba tan absorto en sus propios pensamientos que había olvidado por completo la presencia del policía.

—¿El qué? —respondió desubicado y sin comprender.

—El vestido —respondió Darío con voz pausada—. ¿Desde cuándo guardas el vestido? —hizo un esfuerzo por suavizar aún más su tono.

La mirada de Lupe pareció retornar al presente.

—¡Ah, te refieres a este vestido! —siguió acariciándolo.

—Desde siempre —en su cara, la sonrisa de quien recuerda algo bonito por enésima vez—. Desde el día en que se lo desabroché para poder ver su cuerpo desnudo una vez más.

A Darío le sorprendió la franqueza de aquella respuesta. No sentía tanta confianza como para hablar en esos términos, pero no quiso herir la sensibilidad de Lupe. Parecía que se estaba sincerando con él como no lo había hecho con nadie durante mucho tiempo, así que siguió la conversación.

—Te refieres al día en que le conociste —adelantó.

De modo repentino, Lupe echó a reír:

—¡Uf! —resopló con gracia el marinero—. El día que la conocí ni tan siquiera tenía ropa.

Darío no dudó ni por un momento de que el hombre se refería a una prostituta, pero dado el cariño que le suscitaba a Lupe su solo recuerdo, puso cara de circunstancia y permaneció callado por unos instantes.

Lupe en seguida adivinó sus pensamientos.

—No, no es lo que piensas —contestó con naturalidad, adivinado sus pensamientos—. La encontré desnuda, pero no en una taberna o en una cama. Fue mucho más exótico que todo eso —sonrió con picardía. Darío, de pronto, se sintió muy cómplice—. La encontré desnuda y desprotegida en una isla de Sudamérica, a medio camino entre Sao Paulo y Rio de Janeiro. No sé si conoces Brasil y si tan siquiera ya existirá, pero cuando nosotros llegamos era una isla devastada por el odio y la maldad del hombre.

Lupe continuó el relato con la narrativa propia del viejo lobo de mar que cuenta sus epopeyas a la luz de una vela en una penumbrosa taberna. Explicó a Darío cómo tras varios días de penurias habían atracado en aquella isla y cómo su corazón se enamoró de la dulce nativa. Le enseñó las fotos del día de su boda y recreó con gracia las poses de aquella noche. Darío relajó su mente y su cuerpo mientras escuchaba con atención cada una de las palabras que salían de la boca de su

amigo. Rio a carcajadas con las ocurrencias del marinero. Al final del relato, su mano izquierda acariciaba de modo inconsciente uno de los volantes que adornaba el cuello del vestido. Al lado de la suya, una marca de presión había dejado sobre la tela la huella de una pequeña mano.

Era entrada la medianoche, cuando Pico se despertó. Le dolían los huesos de la mala postura y la sangre aún palpitaba con fuerza en el lateral de sus sienas. Sin embargo, sentía los músculos de sus cuatro extremidades totalmente relajados. Notaba que el peso de su cuerpo se había desvanecido y gozaba de una ingravidez total. La adrenalina que había descargado por sus venas durante la rabieta, le había dejado claramente sedado. Había llorado con tanta rabia y tanta fuerza que se sentía renovado por dentro, pulcro, más puro. Notaba su mente y su alma limpios de pensamientos y tensiones. Se recostó sobre su espalda, encima de la hierba húmeda por el rocío. Estiró los brazos y descansó la cabeza sobre las palmas de sus manos tras la nuca. Con un poco de esfuerzo levantó los párpados de los ojos, todavía hinchados por el llanto. Sobre el cielo oscuro, se extendía una estela de estrellas. Pico respiró profundo mientras las observaba. Pensó en la lejanía de aquellos astros. Tan indiferentes a la vida del planeta Tierra. Parecían pequeñas linternas suspendidas del espacio con la mera función de oscilar, de mecerse casi inapreciablemente para observar impasibles el caos de la Tierra. De pronto, él se sintió también muy lejos. Una fuerza tiró de su cuerpo con energía hacia arriba y lo separó de la faz del globo para llevarlo al lado de una de aquellas estrellas. Desde tan arriba el globo terrestre se veía muy pequeño, apenas más grande que una canica. Sin embargo, se distinguía con claridad los mares azules de la masa marrón de las montañas y el verde de las llanuras. Enfocó la vista en un punto fijo de la pequeña esfera y se concentró. Notó con sorpresa cómo la esfera de la Tierra se iba acercando hacia donde estaba a gran velocidad. Parecía que se iba a precipitar sobre él aplastándolo contra la negrura del universo. Se asustó tanto que, en un acto reflejo, levantó los brazos y con las palmas de ambas manos hizo el ademán de pararla. De repente, como por arte de magia, el achatado planeta frenó. Lo tenía suficientemente cerca como para meter, desde el cielo, los dedos en el océano. A su vez, sobradamente lejos como para en una rápida ojeada abarcar con la mirada el espectacular paisaje nocturno. Todo se perfilaba a la perfección. Veía la costa, las calas entre las rocas, las pequeñas casitas junto al mar. Distinguía la carretera general que serpenteaba hasta la gran ciudad e incluso las luces tenues de un par de barcas que pescaban al cobijo del cielo estrellado. Con más detenimiento se dio cuenta que, desde donde se encontraba, veía claramente su casa junto a la plaza del pueblo. Diferenciaba la silueta medio en penumbra de la casa de Clía, junto a la orilla de la playa. Identificaba las luces aún encendidas de la casa de Lupe, en lo alto de la meseta, al borde del acantilado. Le volvió a la mente la pelea con su amigo. Reflexionó acerca de lo que había pasado. Pero, desde ahí arriba las cosas se veían de otra manera. Ahora, toda la situación le parecía absurda. Ni tan siquiera entendía a qué había venido el enfado del marinero. Tampoco comprendía, por qué él había reaccionado de aquel modo tan infantil, huyendo y llorando como un niño malcriado.

—Aunque tanto lloro, no me ha venido nada mal —pensó en alto—. Me ha servido para descargar el peso de otras heridas que todavía no estaban curadas.

La memoria de su padre vino a su mente. Sólo una vez, junto al marino, lloró por su muerte, pero siempre supe que le quedaba algo dentro. Ahora tenía la certeza de que las lágrimas que había derramado llevaban esperando para salir desde hacía mucho tiempo.

*“Las emociones que nos guardamos, se resguardan en los rincones de nuestro cuerpo. Puede que su recuerdo desaparezca con el paso del tiempo. Sin embargo, su esencia queda en la memoria de nuestros tejidos, fluidos, huesos... esperando a ser liberado. Algunas emociones calan tan profundo que, aunque no las saquemos acaban encontrando el camino de vuelta a nuestra memoria. Y entonces, nuestro cuerpo nos lo muestra, se resiente y nos avisa. Nos toca escuchar. Y permanecemos sordos hasta estar preparados.”*

Observó el vasto manto azul oscuro donde seguramente se había ahogado su padre. De repente, en medio de la espesura del océano se abrió un agujero. Se asomó con asombro al borde del curioso cilindro. En el fondo, sentado en una cómoda butaca, con un grueso libro entre las manos, había un hombre sentado, leyendo. Pico reconoció su rostro.

—Papá, papá —gritó Pico en el aire.

Pero las ondas de su voz chocaron con la superficie del agua y se desvanecieron en círculos formando pequeñas olas sobre la superficie.

—¡Papá, papá! —bramó.

Esta vez, su padre levantó la vista de la lectura y siguió la voz con la cabeza. Pico agitó la palma de la mano para indicarle dónde se encontraba, pero su padre sonriendo miró hacia otro lado. De pronto, un niño como de unos seis años saltó con soltura sobre la butaca, y el hombre lo abrazó estrujándolo contra su regazo. Pico observó cómo el niño se reía en brazos de su padre. La envidia hizo que unas lágrimas le asomaran por el borde de los ojos. De pronto, se fijó en la cara del niño y también la reconoció. Se dio cuenta de que era él. Recordaba perfectamente ese día. Era su sexto cumpleaños y su padre se pasó todo el día leyéndole en voz alta sus historias favoritas. Las lágrimas, esta vez de alegría, recorrieron tímidamente sus mejillas, por miedo a estropear aquel mágico momento. Ahora se vio cómo sentado en el brazo del sofá escuchaba atentamente algo que su padre le leía. Pasaron así unos minutos, hasta que los dos voltearon al unísono sus cabezas. En la escena apareció una mujer muy bella. Llevaba anudado a la cintura un delantal blanco y se secaba las manos en un trapo. Al instante reconoció en aquella mujer a su madre. Vio cómo se acercaba al hombre y al niño. Los abrazaba mientras los tres reían por lo que seguramente era una ocurrencia de su padre.

Pico cerró por un instante los ojos y sintió con intensidad la ternura firme de aquel abrazo. Cuando abrió los ojos, el escenario había cambiado. Su padre se encontraba en el puerto elevando las amarras de su barco pesquero. Alrededor había un gran trasiego. Otros marineros iban y venían con diligencia y hasta las gaviotas revoloteaban agitadas ante tanto movimiento. Un hombre se acercó a su padre, vestía unas botas negras de goma, un chubasquero amarillo y un gorro de ala ancha a juego. No le veía la cara, pero observó cómo su padre se alegraba al verle y como se daban un fuerte abrazo. Charlaron durante unos minutos, acompañando sus palabras con gestos exagerados y risas. Al despedirse, su padre le entregó algo envuelto en un pañuelo. El semblante de ambos hombres se tornó serio y se volvieron a abrazar con más solemnidad que al principio.

De pronto, la imagen del agujero se empezó a tornar borrosa. El agua del resto del mar comenzó a caer intermitentemente por el lateral de las paredes de la abertura inundando la escena de su padre y su amigo. Antes de que Pico pudiera darse cuenta, la cavidad marina había desaparecido por completo y el mar volvía a estar en calma. Observó de nuevo el paisaje que se postraba ante sus ojos y en ese instante vio cómo las luces de la casa de Lupe se apagaban.

Clía no podía dormir. Llevaba un rato con la luz apagada y los ojos cerrados, sin embargo, no conseguía conciliar el sueño. En su cabeza daban vueltas, una y otra vez, cada frase de la conversación mantenida con Pico. En su foro interno, era consciente de que aquello que le había contado no era una simple historia. Sentía que detrás de cada fecha, personaje y acontecimiento había un significado más profundo. Alguno de aquellos hechos había desatado un resorte en su cabeza y no pararía hasta saber cuál. Corrió con decisión la fina sábana que le cubría el cuerpo y se incorporó con diligencia. Agarró un jersey gris claro que siempre dejaba a mano sobre la butaca de lectura y se lo echó por los hombros. Descalza, sin preocuparle nada más, salió al porche de la casa. El cielo se mostraba majestuosamente despejado aquella noche. Las estrellas adornaban el oscuro firmamento. Una ligera brisa le envolvió y Clía encogió de manera inconsciente de hombros. Se arropó con más afán el suéter de algodón envolviendo su cuello con las mangas. Bajó el escalón que le separaba de la fina hierba del jardín. Una agradable sensación le invadió cuando las plantas de los pies se pusieron en contacto con el húmedo césped. El olor a frescor inundaba la noche. Se fijó en lo cuidado que estaba el jardín. Aunque nadie se encargaba nunca de arreglarlo, la hierba mantenía la largura perfecta y las flores silvestres se crecían caprichosamente, colocándose unas aquí y otras allá, adornándolo todo con un perfecto equilibrio. La luz de la luna creciente la animó a caminar por el vergel siguiendo un estrecho sendero donde la hierba se hacía más corta. Diminutas margaritas campestres adornaban los márgenes del sendero, que en algunas zonas estaba perfilado por los blancos pétalos que las flores habían ido perdiendo. El camino la llevó a rodear la casa. En la parte trasera se extendía un amplio terraplén que limitaba al fondo con rocas y maleza. Continuó caminando por la explanada sin rumbo fijo, deambulando, como quien, sin mucho interés, mira de vez en cuando al suelo por si encuentra algo. La hierba en esa zona era más frondosa y gruesa y en ocasiones se le enredaba entre los dedos de los pies haciéndole cosquillas. Ya estaba llegando al final del terrenal, muy cerca de donde comenzaban los arbustos, cuando se golpeó el dedo meñique del pie derecho con algo muy duro. El intenso dolor le hizo saltar sobre una pierna mientras se sujetaba con la mano el pie dolorido. Notaba como la sangre le palpitaba con fuerza en el pequeño dedo magullado. Pensó que se lo había roto. Mascullando apretó los dientes para no caer en juramentos, ni blasfemias. Aguantando las palabras, se volvió con rabia para descubrir al causante de tan agudo dolor. A escasos centímetros de donde se encontraba, ligeramente enterrado entre la espesura de la frondosa hierba y rodeada de unas lilas verdes, descansaba una piedra de color verduzca. La luz de la luna era lo suficientemente fuerte como para iluminar su superficie. Podía caber entre las palmas de sus manos. No había visto nada semejante en todo el tiempo que llevaba en la isla. Estaba segura de que aquella piedra no era autóctona de la región. Le extrañó su presencia en el aquel jardín tan alejado del mundo. La intriga pudo con su dolor, y olvidándose por completo del golpe, se inclinó con interés sobre el pedrusco. Suavemente con los dedos de las manos retiró los hierbajos que lo cubrían y dejó la superficie de la roca al aire. Los rayos de la luna reflejaban el intenso verde esmeralda. Clía se acercó un poco más, maravillada por las diferentes tonalidades con las que brillaba la piedra. Por un momento, la sombra de su cabeza ocultó de su vista el hallazgo. La retiró hacia un lado para no bloquear la luz proveniente de la luna. Con el resplandor Clía pudo percatarse de la rugosidad de la roca. Se arrodilló sobre la hierba y posó las yemas de

los dedos sobre la superficie. La deslizó con delicadeza apreciando la exquisitez caprichosa de su forma. En ese momento, tomó conciencia de que los surcos que adornaban la piedra se discernían más profundos en la parte más baja de la roca, cerca de donde se apoyaba sobre el suelo. Clía giró la piedra. El musgo y la tierra formaban una espesa capa que escondía por completo la superficie. La frotó enérgicamente con la palma de la mano para limpiarla. El velo estaba fuertemente adherido. Miró alrededor en busca de un palo o de algún utensilio que le sirviera para ahuecar aquella plasta. Cogió una piedra pequeña y puntiaguda que descansaba a su lado. Con uno de los vértices, casi dejándose las uñas, ludió con empeño. Frotaba la piedra en zigzag de arriba hacia abajo, pero la mezcla de barro y hierba no cedía. Se le ocurrió entonces que quizás dentro de la casa tendría algún disolvente que ablandara aquella costra. Agarró el pedrusco con ambas manos y lo levantó con un poco de esfuerzo. Se incorporó y sin percatarse de lo que ocurría a su alrededor, dio la media vuelta en dirección a la casa. Entre los árboles del jardín una sombra agazapada vigilaba sus movimientos hasta que le perdió de vista.

Pico vio cómo Clía subía el escalón del porche y abría con esfuerzo la puerta entornada de la casa con una sola mano. En la otra, apretado contra su abdomen portaba un bulto oscuro que no adivinaba a discernir desde la distancia a la que se encontraba. La joven abatió la puerta tras de sí con un talonazo certero. Pico no podía seguir más tiempo en el jardín, esperando. No sabía si era una buena idea interrumpir a Clía a horas tan intempestivas, pero en esos momentos era la única persona a la que podía acudir. Su mejor amigo le había fallado y se sentía náufrago y abandonado. Atravesó el jardín esperanzado y con un leve empujón la puerta de la casa volvió a abrirse. Desde la entrada se oían ruidos provenientes de la cocina; puertas, que se abrían y cerraban con rapidez y cacharros metálicos chocando unos contra otros. Pico caminó por el pasillo y de pie en silencio, apoyó el hombro derecho sobre el marco de la puerta de la cocina. Clía andaba tan atareada en la búsqueda del disolvente que no se percató de la presencia del joven. Pico la observaba divertido con una mezcla de curiosidad y ternura. Estaba despeina y cada vez que se agachaba la camiseta dejaba al desnudo parte de la piel de su espalda. No entendía que le había llevado a Clía a estar montando tanto jaleo en medio de la noche. Como un rayo en su mente, le pasó fugaz la imagen del bulto con el que le había visto en el porche minutos atrás. Sin moverse de donde estaba recorrió la vista por la cocina en su búsqueda. De pronto, se quedó lívido. Creyó que el corazón se le paraba y estuvo a punto de caer desplomado sobre las losetas de barro de la cocina. Pero, en unos segundos, la sangre regresó a sus venas y el corazón volvió a palpitarle con fuerza.

El bulto descansaba el centro de la cocina, sobre una rústica mesa de madera. Aquella masa irregular y aparentemente deforme no podía ser otra cosa que lo que llevaba tantos años buscando. Enfocó su vista hacia la piedra. A los ojos de cualquier pagano, aquel objeto se trataba de un simple pedrusco manchado por el paso del tiempo. Pero ni el color del verdín, ni la capa de barro y fango podían esconder a los ojos de Pico las inscripciones que talladas hace años esperaban a ser descubiertas. En ese momento Clía, que ya había encontrado lo que buscaba, notó la presencia cercana de alguien a sus espaldas. Se volvió con la decisión de golpear a quien fuera con el bote de disolvente, cuando al darse la vuelta vio la mirada estupefacta de Pico. Sin parpadear, miraba fijamente sobre un punto concreto de la mesa de la cocina. Por un momento, respiró aliviada al reconocer a su nuevo amigo.

—¡Dios mío! ¡Pico! ¡Casi te tiro el disolvente encima! ¡Me has dado un susto de muerte! Pero ¿se puede saber qué haces aquí a estas horas? —le increpó.

Clía se acercó a la mesa y apoyó la botella de plástico junto a la piedra. Pero Pico seguía inmóvil, con la vista clavada sobre el bulto. Seguía sin pestañear. De pronto, en un arrebato, que asustó a Clía, saltó como un poseso hacía el centro de la cocina, abalanzándose sobre la extraña roca.

—¿Dónde? ¿Dónde la has encontrado? —Pico no podía controlar su acaloramiento. Entre tanto grito de excitación, Clía no entendía ni una sola palabra.

—¿De qué hablas? No entiendo nada —exclamó con voz relajada intentando calmar a su amigo.

—¡La piedra! ¡La piedra! —clamó Pico, cada vez más exasperado.

—¿Qué pasa con la piedra? —gritó esta vez Clía, contagiada por la irritación del joven.

—¡La piedra! ¡La piedra! —vociferaba Pico cada vez más encolerizado.



Clía se asustó por un momento. Mientras Pico, fuera de sí, no paraba de repetir aquella palabra alzando las manos y agitando los puños en el aire.

Clía le observó absorta, tenía a un loco presencial en su cocina. Con entereza, y aunque le sacaba más de una cabeza, se estiró y agarró a Pico por las muñecas con intención de parar aquel movimiento endemoniado. Lo zarandéó.

—¡Pico! —gritó—. ¡Pico! —volvió a gritar, haciéndose oír por encima de los alaridos que gobernaban la cocina—. ¡Pico! ¡¡Mírame!! —exclamó con determinación, esta vez buscando contacto visual con el joven.

Clía ansiaba enfrentar sus ojos con los de ese ser que desprendía tanta fuerza. Le clavó con vehemencia la mirada. Sus pupilas dilatadas se encontraron. Clía vio sus iris verdes reflejados en la oscuridad profunda de los de Pico y por unos segundos, el tiempo se paró. Notó su respiración muy, muy cerca. Se miraron con intensidad. Las manos de Clía se volvieron temblorosas y aflojaron los dedos soltando con delicadeza las muñecas de Pico. El roce de sus yemas erizó la piel del musculoso antebrazo del joven. Una leve sacudida eléctrica recorrió como una mecha todo su cuerpo hasta clavarse con la intensidad de una llamarada en su nuca. El calor del cuello le empujaba hacia aquellos ojos verdes que no cesaba de mirarle. Clía notó que Pico se acercaba como un imán hacia ella y que sus cuerpos estaban cada vez más próximos. Con un movimiento brusco se apartó y cogió de nuevo la botella de disolvente que estaba sobre la mesa. Intentando disimular su rubor, se volvió dándole la espalda y desenroscó el tapón de plástico, como quien se dispone a hacer metódicamente algo.

—La piedra —pronunció la palabra sin mucho convencimiento ni sentido—. La piedra —repetió, negándose cualquier sensación que hubiera podido sentir—. Me estabas preguntando por la piedra —añadió con seriedad y firmeza.

Pico estaba ausente, de pie, sin comprender muy bien qué había pasado. Podría jurar que haber sentido a aquella bella mujer entre sus brazos. Sin embargo, todo lo que ahora veía era una malhumorada, seria y despeinada Clía hablándole como si no hubiera pasado nada. Estaba seguro de que ella también había sentido la atracción, pero no quiso mostrar su desengaño y le contestó con la misma sequedad con la que ella le había preguntado.

—Sí, la piedra. En realidad, quería saber dónde la habías encontrado.

Clía notó la tirantez de sus palabras. Asumió que estaba dolido por su repentina reacción. No quiso poner peor las cosas y suavizó el tono al contestarle.

—En las traseras del jardín, ¿qué te parece?

—Extraño —contestó Pico en la misma línea cortante.

—Sí, eso mismo pensé yo cuando la encontré. No se parece nada a lo que hay por los alrededores —añadió intentando parecer participativa.

Pico permaneció callado.

—Por eso la traje a casa, para ver si limpiándola un poco podía averiguar algo más. Tiene una superficie un tanto singular —agregó para llenar el silencio. La presencia de Pico empezaba a incomodarla. Parecía mentira lo cercana que se había sentido a esa persona instantes atrás y lo extraña que la percibía en ese momento. Estaba deseando que la dejara sola.

—Pero... —titubeó por un instante—. La verdad es que ya es muy tarde, así que quizás lo dejaré para mañana —se atrevió a decir con ánimo de forzar que Pico se fuera.

Pero Pico tenía otras intenciones. Ya se le había pasado prácticamente el enfado y estaba enfocado en ingeniárselas para hacerse con la piedra. Tras cavilar unos segundos, pensó en pedirle permiso para llevársela directamente.

—Entonces, si no vas a hacer nada con ella esta noche, ¿te importa que me la lleve yo y vea

qué puedo averiguar y nos vemos mañana? —preguntó, esta vez mucho más amable con la esperanza de que Clía cediera.

La sola idea de volver a meterse en la cama y olvidarse de lo ocurrido sedujo a Clía.

—Está bien —contestó—. Pero mañana a primera hora me paso por tu casa —añadió antes de que se le adelantase con alguna sugerencia. Prefería no volver a encontrarse a solas con él en aquella casa.

—De acuerdo —Pico cogió la piedra con cuidado entre sus manos—. Buenas noches entonces —se despidió.

—Buenas noches, Pico. Hasta mañana —contestó Clía a la vez que miraba cómo salía de la casa.

Esperó de pie en la cocina hasta que oyó el golpe de la puerta al cerrarse. Se dirigió directa a su habitación para meterse en la cama y se acurrucó de nuevo entre las sabanas frescas. Se durmió en segundos envuelta en un dulce olor a lilas recién cortadas.

El trago de whisky había calmado los nerviosos de Lupe que ya hacía más de una hora que estaba apaciblemente descansando en su cama. El policía, sin embargo, permanecía desvelado. Aunque hubo un momento en la noche en el que los medicamentos le habían aturcido por unos minutos, había decidido volver al abrigo del porche con el botellín de cerveza, que horas atrás tanto anhelaba. Con el vidrio verde entre las manos, abierto y apenas sin tocar, contemplaba la noche estrellada. La historia del marinero le había conmocionado. Durante su estancia en la comisaría del distrito 7, había presenciado muchos interrogatorios y confesiones. Pero con Lupe había sido diferente. Tenía que reconocer que, aunque le hubiera sorprendido de manera incómoda al principio, la sinceridad con la que había compartido con él una parte tan íntima y delicada de su vida le había removido algo por dentro. No sólo por la cercanía que había sentido al escucharle, sino por la fascinante evolución de los hechos. En el momento en el que Lupe estaba contando la historia, el inspector no se había percatado de la coincidencia de algunos de los datos. Pero una vez que se había quedado a solas no pudo resistir la tentación de analizar objetivamente todo lo que había escuchado. No era algo que hiciera consciente, pero cuando se encontraba en soledad y silencio, la deformación profesional lo llevaba a sacar conclusiones de cada situación que se le presentaba en la vida. Sin embargo, no quería dejarse llevar por el entusiasmo. En el comienzo de su carrera, en más de una ocasión, tanto entusiasmo le había causado algunos disgustos. Y aunque por su experiencia sabía que son los hechos y no las casualidades los pasos a seguir en sus pesquisas, no podía evitar encontrar puntos en común entre la historia de Lupe y su propia historia.

\*\*\*

Siempre había tenido muy presente la historia de su familia. Antes de que su padre entrara en la histérica obsesión de una vida dedicada exclusivamente al trabajo, Darío se había sentido involucrado en muchos de sus proyectos. Recordaba cómo de pequeño, mientras los demás compañeros de clase iban los fines de semana a la sierra o la playa, él le acompañaba a los laboratorios. Pasillos blancos y grises, que se le antojaban interminables, con decenas de puertas metálicas que escondían tras de sí los más protegidos secretos. El sábado era para él el día más emocionante de la semana y recorría aquellos edificios de la mano de su padre, sin apretarla muy fuerte para que no se notara la excitación que albergaba por dentro. Sólo había un acontecimiento más estimulante que las visitas semanales al laboratorio. Por lo menos, una vez al año, casi

siempre en verano, su madre, su padre y él viajaban a otros países y pasaban los días en la selva, rodeados de plena naturaleza. Con ellos viajaban también otras personas, a las que vagamente recordaba, compañeros de los laboratorios y chicos y chicas muy jóvenes que montaban siempre gran algarabía en los aviones. Cuando llegaban al lugar de destino, siempre había un grupo de nativos del lugar esperándolos. Y aunque la mayoría hablaban otras lenguas, que Darío no llegaba a entender muy bien al principio, al final siempre hacía nuevos amigos. Sobre todo, los días que se quedaba solo en el campamento, mientras sus padres se iban de expediciones. A medida que fue creciendo comprendió que significaban aquellos laboratorios, los viajes y las misteriosas excursiones. Todo formaba parte de los proyectos de investigación y ayuda de la fundación que presidían sus padres. La Fundación Lenoir fue una idea que llevaba rondándole en la cabeza a su padre desde el fallecimiento de su abuelo, Théodore Lenoir, el Licenciado, como se le conocía allí donde iba. Para el padre de Darío, la aceptación de que su padre se había desvanecido en la nada, no fue una etapa sencilla. Aunque los dos vivían separados por miles de kilómetros, su padre respetaba y admiraba a su abuelo por su tenacidad y constancia. Los libros de historia hablaban así de él:

*Théodore Lenoir nació en 1915 en París en el seno de una familia adinerada. Cursó sus estudios superiores en la Facultad de Medicina de Montpellier y escribió varias publicaciones que le colocaron en una respetable posición en el mundo científico. A la temprana edad de diecisiete años se casó con la mujer más bella de Francia, Delphine Jullien. Pero su vida se truncó cuando al poco tiempo de matrimonio con su amada esposa, la enfermedad de la tuberculosis le apartó para siempre de sus brazos, dejándoles a él y al pequeño Paul, de tan sólo un año, solos en una gran casa vacía. Pero el Licenciado Lenoir se caracterizaba por ser un individuo de fuerte carácter y no dejó que la tragedia le llevara a caer en tristezas ni abatimientos. Como hombre de recursos intelectuales y económicos que era decidió poner todo lo que tuviera a su alcance para sacar algún fruto de la irreversible situación. Se fijó el único objetivo de que nadie más tuviera que pasar por el*

*amargo trago de ver consumirse a la persona amada por el dolor y la enfermedad. En los círculos intelectuales de la época se hablaba con admiración de los milagros que ciertas plantas exóticas producían aplicadas con la considerable medida. Seminarios y congresos, a los que acudía frecuentemente en la Facultad de Medicina de Montpellier, demostraban que las plantas amazónicas, en concreto, tenían propiedades curativas asombrosas para combatir otras enfermedades que años anteriores se pensaban incurables. Parecía que sus estudios al fin empezaban a dar sus frutos, así que no quiso derrochar ni un solo segundo más en cruzar la nueva puerta que le abría el destino. Fue de este modo cómo en la primavera de 1935, junto con otros tres médicos organizó una expedición científica al vasto Brasil en busca de la panacea dorada. Su hijo Paul, que por aquella época tan sólo tenía tres años y que no podía acompañarle en aquella aventura se quedó al cobijo de la matrona que le ayudó a nacer. Paul alternó su vida entre su estancia en el internado suizo Aiglon y la casa familiar de Saint-Tropez, en la que su madre organizaba cada verano de su corta vida glamourosas reuniones sociales. Más tarde, llegó el momento de su ingreso en la universidad. Lo lógico y más apropiado en aquella época hubiese sido estudiar Leyes en la prestigiosa universidad Sorbonne, pero la fascinación por los avances de los nuevos descubrimientos que le transmitía su padre en cada carta que le escribía, le hizo seguir sus pasos hasta Montpellier para estudiar Medicina. En 1962, casi al término de sus estudios, la trágica desaparición de su padre le arrastró a una fuerte depresión que le puso en contacto con la rama de la psiquiatría, por la que se decidió finalmente.*

*Sólo tuvo la oportunidad de ver el trabajo de su padre in situ en una ocasión. Fue en el verano de 1960. Su padre le envió un billete de ida y vuelta en avión a Brasil como regalo por su veinte cumpleaños. “¿Paul Lenoir?”, las piernas le temblaron cuando una azafata perfectamente uniformada, le indicó el camino para subir en el avión. Nunca había viajado tan lejos, y la excitación de ver sólo agua cuando cruzó el Atlántico le mantuvo despierto las quince horas de viaje. Cuando las hélices pararon de girar y el motor cayó en silencio, las piernas le*

*seguían temblando. El cansancio superaba la excitación, pero al bajar las escalerillas del aparato de latón toda fatiga se desvaneció en la humedad del aire. La primera sensación que le invadió fue la falta de oxígeno. Le costaba respirar en aquella atmósfera cargada de agua que hacia el cielo pesado sobre su cabeza. Pero lo que más cautivo su mirada fueron aquellos dientes tan blancos que destacan llamativamente sobre la piel tan oscura. Nunca había visto antes en persona a nadie de otro color que no fuera el suyo. Estaba ensimismado, intentando asimilar tanta novedad en tan poco tiempo cuando, por segunda vez, volvió a oír su nombre. Esta vez, una voz de varón con un acento extraño repetía con timidez a sus espaldas.*

*—¿Paul Lenoir?*

*Paul se volvió y sus ojos se clavaron en aquellas exóticas facciones que no paraban de fascinarle.*

*—Bienvenu —le saludó aquel hombre con la mano extendida—. Je m'appelle Rubeiro —se presentó el extraño en un francés forzado.*

*Paul le estrechó la mano sin poder mediar palabra y siguió al curioso personaje que insistía en ser amable a pesar de su deficiente dominio del idioma. Con gestos y reverencias le invitó a entrar en un peculiar vehículo. Mientras se sentaba, Rubeiro acomodó su equipaje en la parte trasera del automóvil. No tardaron en salir de la ciudad donde habían aterrizado y se adentraron en una polvorienta carretera que serpenteaba entre una frondosa y verdísima vegetación. El tamaño desmesurado de las plantas y sus formas tan caprichosas fascinaron a Paul, que no dejaba de observar todo lo que iban dejando a su paso, hasta que el sueño y la fatiga le vencieron por completo. Al despertar, su joven cuerpo, aún dolorido por el trasiego del viaje, descansaba en un colchón al ras del suelo. Estaba empapado en sudor y la cálida humedad se le colaba por los huesos. Se incorporó y retiró la gigantesca mosquitera que colgaba del techo sobre la exótica cama. Una extraña música de ritmo suave y aterciopelado cautivó su atención. Caminó al encuentro de la melodía. Estaba descalzo y el calor que desprendían las losetas de barro acariciaban cálidamente las plantas de sus pies. A medida que deambulaba por aquella casa que apenas tenía paredes, la música se iba*

haciendo más notoria. Nunca había escuchado nada similar. Suaves tambores apenas imperceptibles marcaban los acordes de aquella melodía que obligaba a sus extremidades a abandonarse a su son. Llegó a una sala con llamativos coloridos y con amplios ventanales abiertos de par en par. Escogió uno de manera arbitraria y se asomó por él. Lo que vio no se parecía en absoluto a las urbanitas avenidas de París ni a las glamurosas calles de Saint-Tropez. Estaba ante una aldea de vías bastamente empedradas y casas de una sola planta pintadas de un blanco immaculado. El reflejo del fuerte sol le cegaba la cara. Puso su mano sobre las cejas a modo de visera. Millares de flores de brillantes colores colgaban de las ventanas de las casas y envolvían el cálido atardecer en olores dulces y desconocidos. Niños descalzos y medio desnudos jugaban agachados a los márgenes de la calle, formando alboroto en un lenguaje extraño, que adivinó como portugués, pero que no descifraba. Colmaba el pintoresco panorama un pequeño caballo que tiraba de un carromato que se balanceaba sobre los irregulares pedruscos de la estrecha calzada. Siguiendo el vaivén del carricoche vio, al final de la calle, el mar. Las suaves olas acariciaban con delicadeza un desgastado muelle de madera. Los colores vibrantes de las modestas embarcaciones amarradas contrastaban con el agua verde cristalina. Todo parecía mecerse al son de la música que sonaba a sus espaldas. Descalzo, como se encontraba, siguió al carromato hasta el dique. Algunos hombres, todos descalzos como él y con el torso descubierto deambulaban más o menos atareados. Se sentó al borde de muelle, cerca de un hombre que estaba pescando con un simple sedal y se quitó la camisa. Cerró los ojos y por unos segundos dejó que el sol le secase las gotas de sudor del cuerpo. Cuando los abrió, varios curiosos le rodeaban sin dejar de observarle. Paul miró con timidez alrededor y todos le devolvieron la mirada con una sonrisa. Enseguida noto por qué le observaban con tanta atención. Él también era diferente a los ojos de aquellos extraños. Su piel alabastro desentonaba entre tanto colorido. Su pelo, sus manos, las facciones de su cara; todo era tan diferente. La curiosidad duró tan sólo unos segundos. Un velero un tanto destartado llamó su atención. Los hombres y niños que estaban en el muelle dejaron sus quehaceres y

*fueron a dar la bienvenida al barco. Se formó una gran algarabía. Unos daban indicaciones para el atraque a pleno grito, mientras otros saltaban y danzaban al son de tambores improvisados. La expectación era patente y Paul no quiso perderse el espectáculo. Se acercó a la muchedumbre. Contagiado por tanta alegría se unió con palmas a los compases de la música. El capitán del barco atracó con maestría y cuando echó amarras todo el griterío estalló en aplausos. Del interior del barco salió un hombre con largas barbas y curtido por el sol. El muelle quedó en silencio. Todos miraron a Paul que no comprendía a qué venía tanto protagonismo. El hombre de las barbas, que acababa de saltar a tierra firme, también se paró a mirarlo. Los ojos de Paul se humedecieron antes de que su mente reconociera a su padre tras aquella desaliñada apariencia. Se volvieron a mirar y saltaron el uno sobre el otro hasta fundirse en un fuerte abrazo. Los tambores volvieron a sonar y el muelle vibró bajo decenas de pies que se movían a ritmo de samba...*

\*\*\*



Los ojos de Darío también se humedecieron recordando el encuentro entre su padre y su abuelo que tantas veces había oído contar a su madre.

Una mano áspera y callosa se posó en su hombro.

—Todavía estás aquí —la voz cansada de Lupe apenas esperaba una respuesta. Darío asintió con la cabeza.

—Perdona por lo de antes —Lupe se sentía en parte avergonzado por haberle abierto el corazón a un extraño—. No quisiera que pensaras que soy un viejo loco que cuenta historias de fantasmas a cualquiera.

Darío seguía callado.

—Sólo quiero que sepas que nunca mi vida había estado tan expuesta. Siento si te ha incomodado la sinceridad y la crudeza de mis declaraciones.

Darío le acercó el botellín de cerveza. Lupe se sentó en el banco de madera a su lado.

La voz emocionada de Darío rompió el silencio.

—Yo también tengo algo que contarte.

\*\*\*

*...Durante la cena de aquella noche no pararon de hablar. Paul le habló de los compañeros de Aiglon, de las vacaciones en Saint-Tropez, e incluso de una joven a la que conoció paseando por la playa y con la mantenía una amistad especial. Su padre se sorprendió de ver cómo había cambiado todo y de lo que había crecido su hijo. No podía dejar de observar sus expresiones, y a medida que hablaba, le venía a la memoria los gestos de su amada esposa. Por un lado, le pesaba pensar en las cosas que se había perdido como padre. Sin embargo, por otro lado, estaba orgulloso de que, a pesar de la distancia, las enseñanzas y consejos que le había enviado por carta hubieran surtido tan provechoso efecto. Tenía ante sí a todo un adulto, un hombre hecho y derecho al que perfectamente podía incluir en sus planes profesionales. Tras la excitante conversación con Paul, Theodore decidió por su parte acallar sus progresos hasta el día siguiente. Prefería que su hijo viera con sus propios ojos su labor, ahora que sabía que estaba preparado. Ambos durmieron en el mismo colchón, como no lo hacían desde que Paul fuera*

*un niño. El sopor fue tan profundo que aquella noche no soñaron con absolutamente nada...*

Darío tenía seca la garganta de tanto hablar. Lupe se dio cuenta y se levantó a por un par de botellas más. Tardó menos de lo que canta un gallo.

—Continúa —inquirió con expectación a la vez que le acercaba la cerveza abierta. Darío dio un rápido sorbo y prosiguió con su historia.

\*\*\*

*...Paul había descansado como nunca. Las altas temperaturas del día caían con la noche y la brisa tibia se colaba por las ventanas y puertas abiertas. Pronto observó que allí todo el mundo dormía sin miedo a robos, ni asaltos. Al fin y al cabo, el pueblo era muy pequeño y todos formaban parte de una gran familia a la que fue conociendo poco a poco durante su estancia. Desayunaron dulces y jugosas frutas exóticas que despertaron placeres escondidos en el paladar parisino de Paul. Y antes de que comenzara a apretar el calor, zarparon en el mismo velero en el que la tarde anterior había llegado el Licenciado Lenoir.*

*Paul nunca había visto un mar parecido a aquel en su vida. Él conocía muy bien el Mediterráneo, sus aguas cristalinas y su calma. Hasta entonces, había tenido la impresión de que todos los mares eran iguales, con sus orillas bordeadas de pequeñas olas y al fondo, allá donde abarcaban los ojos, la línea del horizonte que terminaba por enmarcar el cuadro. Pero aquellas aguas eran diferentes. Serpenteaban plácidas y misteriosas entre un laberinto de islotes de infranqueable vegetación, por los que el velero se deslizaba con soltura. Paul no perdía de vista cada maniobra de grumete anhelando que a la vuelta de cualquiera de las islas se mostrase un mar inmenso, omnipotente. Pero cuando parecía que se vislumbraba un pedacito de horizonte, otra nueva isla aún más frondosa y majestuosa obligaba al timonel a cambiar su rumbo. Apenas en algunos de los islotes, aparecía tímidamente una franja de blanca arena a los pies de la verde espesura. Pero no solamente eran la desmesura y la pluralidad de aquellas exóticas plantas lo que atraía su atención, sino los ruidos. Más que ruidos se trataba de estrépitos, de sonidos agudos y graves, intensos y uniformes, cercanos y lejanos, que*

*ineluctablemente retrataban en su mente figuras de seres prehistóricos y endemoniados. Paul se prometió a sí mismo no pisar ninguna de aquellas islas para no tener que descubrir en persona el origen real de aquella gritería. Pero su promesa duro poco. Después de unas cuatro horas de travesía, el velero plegó la vela mayor y aminoró su marcha. Sobre unas aguas de verde esmeralda intenso, que escondían un fondo incierto, el barco atracó a la vera de un insignificante muelle de madera. Todo el mundo se puso en marcha. Varios mozos amarraban el barco mientras el resto amontonaba los pesados paquetes y sacos, llenos de provisiones y material médico, sobre la arena de un estrecho camino que comenzaba en el improvisado muelle y se perdía en la temida espesura. Paul observaba la tarea desde la proa del velero, como el espectador de teatro que admira la obra desde su butaca, hasta que su padre le plantó uno de los sacos en los brazos y con un empujón le invitó a que abandonara el barco. Cuando sus pies pisaron la arena, pudo jurar que los ruidos se hicieron más intensos. Pero el resto de la tripulación, incluido su padre ya se había adentrado en el camino y pese a que tenía los pelos de la nuca de punta, prefirió seguirles a quedarse solo en aquel lugar lejano y extraño. Apretó la marcha y pronto se situó a la cabeza de la fila. Fue entonces cuando se dio cuenta de que los estrepitosos sonidos provenían de animales reales. Seres que únicamente había visto retratados en enciclopedias y que creía definitivamente extinguidos. Los lagartos en aquel lugar eran del tamaño de gatos y los roedores de ovejas. Los coloridos de sus pieles, plumajes y pellejos se confundían con la maleza y en más de una ocasión, saltó sobresaltado al percatarse de que aquella rama no era un simple tronco sino una serpiente de longitud indeterminable enroscada entre sus hojas...*

\*\*\*

Lupe no pudo más que reír ante las anécdotas del padre de Darío. Le recordaban a las de sus mundanales viajes. Él mismo sabía la impresión que causaba la extensa flora y la peculiar fauna de las selvas brasileñas la primera vez uno se pierde en sus espesuras. Pero ahogando las carcajadas, acalló su risa para que Darío pudiera proseguir.

\*\*\*

*...A medida que iban avanzando al interior de la isla el camino se hacía más angosto e impenetrable. Pero los mozos con sus largos machetes se libraban con soltura de las malezas que se cruzaban en el camino impidiéndoles el paso. Tras más de media hora caminando, Paul apenas sentía ya los ruidos. Eran ahora sus piernas las que acaparaban su atención. Aunque los rayos de sol apenas penetraban a través de la infinita capa de vegetación que se alzaba por encima de sus cabezas, la densa humedad le hacía sentir un calor que aumentaba a medida que avanzaban hacia el interior de la isla. Cuando extenuado, Paul pensaba que ya no podría aguantar más, la expedición paró. Al borde donde acababa el camino se abría un claro de luz. Paul, con el cuerpo inclinado hacia delante y las manos apoyadas sobre rodillas, intentaba recuperar el aliento. Su padre le miraba con un gesto comprensivo. Se ponía en su lugar. Él sabía muy bien el tiempo que le había costado acostumbrarse a aquel pegajoso clima. Le alargó un pañuelo de fino algodón para que secara las gotas de sudor que le resbalaban incontroladas por el rostro. Paul le miró sonriente mientras se enjuagaba la cara. Se sintió en plena complicidad con su padre.*

*—Y, ¿ahora qué? —le preguntó con la mirada.*

*Theodore le hizo un gesto para que se asomara al final del camino. Paul dio un par de pasos. De pronto se encontró al borde de un cortante de tierra que se precipitaba sobre un claro soleado. Aunque sufría de vértigo la altura no le impidió disfrutar del paisaje. Tras aquel camino entramado de tupida vegetación, que habían dejado atrás, un pequeño valle con cascadas y una laguna de agua transparente se mostraba ante sus sorprendidos ojos. Al sur de la laguna, al cobijo de la sombra del precipicio, una decena de casas de paja y madera rodeaban una edificación de este material, pero más grande.*

*—Fíjate bien, esa es la herencia que recibirás cuando yo muera.*

\*\*\*

Darío, sin importarle la presencia de Lupe, se volvió a emocionar al recordar las palabras de su abuelo, que tantas veces le había repetido su padre.

\*\*\*

*El camino hasta la nueva aldea era muy escarpado, pero la habilidad de los mozos hacía que pareciera más fácil bajarlo. Paul intentó imitarles, pero en un descuido uno de sus pies resbaló y sin ser su intención, cayó. Y rodando por el tobogán de tierra y arena, llegó el primero al pie de la aldea. A parte de las magulladuras en su trasero, el recuerdo no le dejó olvidarse de las carcajadas de todo el mundo, tanto de los que seguían arriba y todavía no habían llegado, como de los nuevos amigos que le esperaban en la aldea. Pero siempre contaba con especial nostalgia que la carcajada que oyó con más intensidad fue la de su padre, al que nunca había visto reír antes.*

*En pocos minutos llegó el resto de la tripulación con todos los bártulos. Paul les siguió hasta el edificio rectangular que destacaba por su tamaño y forma del resto, más pequeños y redondos.*

*En su interior flotaba un aroma de exóticas esencias. Curiosamente la temperatura era fresca y seca. Mientras los demás se entregaban a sus quehaceres, Theodore le mostró el interior del edificio. El espacio estaba distribuido de manera simple. Desde la entrada se veían tres puertas y no había pasillos. La de la izquierda comunicaba con una espaciosa sala adornada con un austero mobiliario que constaba tan sólo de estanterías de diferentes tamaños en las paredes. Una amplia mesa de madera oscura rectangular, con decenas de tubos de ensayo y probetas de variados tamaños, ocupaba el centro. En las estanterías, botes, cajas y frascos de cristal descansaban de manera ordenada con sus respectivas etiquetas identificativas. Era el laboratorio de su padre. La puerta del centro conducía a una sala más pequeña. Había una docena de bancos corridos y al fondo, una pared muy oscura que semejaba una pizarra. Los bancos, de una sola pieza de madera y de diferentes alturas hacían las veces de mesas o asientos. Se trataba de la escuela donde su padre invitaba a todo el que quisiera saber un poco más de Ciencias Naturales. La última puerta daba a la habitación más reducida de todas, donde*

*descansaban dos camas pequeñas recién hechas y unas mesas auxiliares con utensilios médicos perfectamente limpios y esterilizados. Se trataba de una transitoria enfermería. Según su padre era la sala que menos utilizaban, pero que no podían dejar de tener en caso de que surgiera alguna emergencia. En las traseras del edificio un pequeño cuarto, provisto con media docena de camastros, servía de alojamiento a su padre y sus compañeros. Paul quería seguir a su padre allá donde fuera, para aprender y que se sintiera orgulloso. Sin embargo, no estaba muy seguro de si llegaría a acostumbrarse a vivir de aquella manera tan austera y dispar a la lujosa de su Francia natal. A los tres días, el exhausto trabajo de investigación de su padre no le dejaba tiempo para echar de menos los veranos anteriores en Saint-Tropez. Una vez que se acostumbró al nuevo horario y al ritmo imparable de trabajo, los dos meses de estancia junto a su padre pasaron en un abrir y cerrar de ojos. Cada día que sucedía aprendía algo nuevo y descubría nuevas virtudes en su padre que transformaron el gran respeto que le procesaba por una profunda y sincera admiración. La labor científica que se desarrollaba en aquella pequeña aldea, escondida celosamente entre miles de variedades de plantas milagrosas, era fascinante y asombrosa. Entre las horas que Paul pasaba por la mañana mezclando esencias en el laboratorio y las horas que pasaba por la tarde buscando nuevas plantas para explotar sus propiedades medicinales, estaba aprendiendo más que en todos sus años de escuela. Tenía la certeza de que, a su vuelta a Francia, sus colegas de profesión se mostrarían fascinados ante tanta sabiduría alquimista. Además de ampliar conocimientos sobre la aplicación de las plantas medicinales para la curación de enfermedades como la que mató a su madre, Paul aprendió a convivir en armonía con los habitantes de la aldea que le brindaron lo mejor de lo poco que tenían. A pesar de la diferencia idiomática, hizo amistad con muchachos de su edad que participaban en la recolección de raíces y hojas, descubrió secretos ancestrales, para mantenerse joven y vital, de mano de las mujeres de la aldea y aprendió de la templanza de los ancianos que con su sabiduría mantenían la comunidad en paz y armonía. Pero, de todas las personas que conoció, la que más atención le llamó fue*

*Santora, una mujer de edad impredecible que les servía todos los días manjares exquisitos. Sumisa y apenas imperceptible se desvivía en sonrisas por hacer su estancia lo más agradable posible. Pero, sobre todo, mostraba una especial atención a su padre. A simple vista tenía unos rasgos indígenas, como los demás, con tez oscura y complexión fibrosa y atlética. Pero cuando le observaba con más detenimiento, algo que inexplicablemente Paul no podía evitar cada vez que se cruzaban en el camino, destacaba en sus rasgos un magnetismo especial que nunca supo descifrar durante su estancia...*

\*\*\*

Pico no se había acostado todavía. Permanecía como un ratón de biblioteca encima de la piedra intentando descifrar el significado de las palabras borradas por la inclemencia y el paso del tiempo. No tenía manera de calcular la antigüedad de la roca, pero por las erosiones sufridas en su superficie podía especular que habían sido inscritas hace mucho tiempo. Recorrió la inscripción con las yemas de los dedos. Notó que tenía una pequeña muesca. Tenía la certeza de que había visto aquella escritura antes, en algún otro lugar. Salió a la calle en busca de su coche, donde guardaba la desgastada carpeta con toda la información que había ido recopilado durante todos los años de su investigación. Volvió con rapidez a su casa sin preocuparse ni tan siquiera de cerrarlo con llave. Entró precipitadamente hasta el comedor. Abrió la cremallera del maletín y volcó su contenido sobre la mesa. La superficie brillante de madera pulida se cubrió de folios, recortes de periódicos, cuartillas con anotaciones a mano y mapas topológicos de la región. Con las manos abiertas empezó a separar ansiosamente los papeles. Revolvía sin sentido aquel desorden superponiendo unos folios sobre los otros. Cuanto más enredaba, más caótica se volvía la búsqueda, y en un momento de lucidez, se dio cuenta de que de aquella manera jamás encontraría nada. Decidió tomarse las cosas con calma. Fue a la cocina y se preparó un café bien cargado, con la intención de mantenerse despierto el tiempo que fuera necesario hasta dar con lo que buscaba. Llevó la jarra de café humeante al comedor y se sentó a la mesa. Comenzó a ordenar cada uno de los documentos. Debido a la innumerable cantidad de papeles que tenía delante, decidió que lo más práctico sería ordenar las notas y los recortes por fechas y todo lo demás separarlo en montones con documentos semejantes. Le llevó más de dos horas catalogar todo, pero sintió orgullo al verlo ordenado sobre la mesa. Se levantó en busca de otra jarra de café, que esta vez acompañó con bizcocho de plátano y nueces obsequio de una anciana vecina que lo trataba como si fuera su nieto. Miró de refilón el reloj del salón al pasar. Marcaba las cuatro y diez de la madrugada. Se asomó inconscientemente a la ventana mientras daba un sorbito al café recién hecho directamente de la jarra. En el muelle del puerto, el trabajo ya había comenzado. Empezaban a llegar los pescadores, que se preparaban para la nueva jornada. A Pico le vino a la memoria el recuerdo de su padre y se quedó pensativo, observando el ir y venir de muchos de sus antiguos compañeros de faena. Se acordaba de él con frecuencia. Cuando le echaba tanto en falta, le gustaba rememorar las historias que le contaba de pequeño. Recordaba con especial cariño y nostalgia la de los guardianes de la cueva. Historia que surgió a raíz de los rumores de que en una de las cuevas de la isla había un tesoro escondido, custodiando celosamente por unos espíritus muy especiales. Los oriundos del lugar aseguraban que la cueva estaba tan protegida que nadie jamás había logrado llegar hasta el fondo. Los más osados se habían atrevido tímidamente a asomarse sin perder nunca de vista la entrada, pero sin avanzar más dentro de la cueva, por miedo a no poder regresar. Si bien era cierto, que nunca nadie había llegado a comprobar realmente la presencia ni de espíritus ni de ningún otro ser del más allá, en una ocasión, durante la celebración de la Virgen de los Pescadores, un grupo de chavales borrachos entraron bromeando y haciéndose los valerosos. Al cabo de una hora, con todo el pueblo en expectación, salieron lívidos, sin borrachera y sin palabras, mutismo que les duró varios días. Nunca se supo que pasó dentro. No obstante, el padre de Pico jamás creyó la historia. La contaba como un relato más, como otras tantas leyendas que narran los marineros, para sorprender a los terrestres con las osadías de sus



viajes marinos. Pero, desde el primer momento que la escuchó y a pesar de la negativa de su padre a dejarse embaucar por historias fantásticas infundadas en habladurías, Pico tenía la certeza de que entre tanto rumor había algo real escondido. De pronto, volvió del recuerdo de su padre a los papeles de la mesa. Tenía la intuición de que en alguno de ellos podía estar la respuesta a ese misterio. Y sabía que, si era así, esa piedra, precisamente ese trozo de roca que descansaba inerte en la mesa era una de las piezas más importantes de ese puzle. Regresó a la mesa olvidándose de los barcos que iban llegando de su faena. Apoyó la jarra de café, que todavía humeaba, y entre bocado y bocado de bizcocho, comenzó a leer detenidamente uno a uno los papeles que tenía delante.

Los primeros resquicios de la claridad de la mañana se colaban tímidamente entre las ramas de los árboles del jardín, acariciando las piedras del porche. Pero ni a Darío ni a Lupe parecía importarles. Tanto el narrador como el oyente permanecían encandilados con los detalles de la historia.

\*\*\*

*...Paul pasó el mejor verano de su vida en aquella aldea rodeado de salvaje naturaleza. Aunque los horarios eran rutinarios y madrugaban mucho, para aprovechar las horas de luz natural, los dos meses de estancia se le pasaron en un suspiro. Siempre narraba la última noche con especial nostalgia. Contaron historias y anécdotas de las expediciones a la luz de una gran hoguera que ahuyentaba a los mosquitos. Compartieron el calor de unos buenos sorbos de cachaza, que calentaba el cuerpo y despertaba el alma, y que obligó a más de uno a dormir antes de tiempo. Al día siguiente, como siempre, muy pronto por la mañana, y con resquicios de aquel aguardiente en la cabeza, se despidió definitivamente de toda la aldea entre risas, bromas y llantos. Ya en el velero, cuando soltaban amarras, volvió a ver a todos sus nuevos amigos apilados en el pequeño camino que dos meses antes le había impuesto tanto. A pesar de sus ojos tristes, agitaban las manos, sonreían sin cesar y gritaban en un dialecto que ahora Paul ya entendía. —¡Hasta pronto! ¡Hasta el año que viene! ¡Buen viaje! ¡No te olvidaremos! —sin poder evitarlo miraba hacia atrás mientras partían, viendo cómo la isla se alejaba, haciéndose cada vez más diminuta, hasta llegar a desaparecer por completo. Esta vez no quería que la travesía se acabara nunca, pero pasadas las cuatro horas de rigor, que a Paul le parecieron minutos, el barco volvió a atracar en tierra.*

*En esta ocasión, en el puerto en el que había visto por primera vez a su padre no había nadie. No sonaban tambores, ni palmas. Sólo se oía unos ligeros acordes de samba que llegaban de las montañas, muy lejos*

*del muelle. Amarraron el velero y volvieron a la casa donde había dormido por primera vez junto a su padre. Se dio una buena ducha de agua dulce y cuando se estaba secando se miró desnudo en el espejo. Había cambiado mucho en ese tiempo. Su piel estaba curtida y sus músculos marcados. Su rostro, intensamente bronceado, enmarcaba una nueva mirada. Había sobrellevado intensas emociones y sobrevivido situaciones complicadas y adversas. Pero, sobre todo, había aprendido y comprendido el significado simple de las cosas, y la importancia de ser sincero consigo mismo. Lejos quedaban los excesos de los veraneos en Saint-Tropez donde, aun teniéndolo todo, las tardes, en tantas ocasiones se tornaban anodinas. Ahora se sentía más cerca de la gente, de sus sueños, de su manera sencilla de repartir amor y buena voluntad sin esperar nada a cambio. Se dio cuenta de que se su pecho se llenaba de un aire puro, sin rencores, ni maldades. Sentía la necesidad de una entrega crucial a la vida, sin excusas, ni reproches. Sentía la necesidad de una inmersión a pleno pulmón en el verdadero sentido de la existencia humana. A partir de ese momento se dio cuenta de lo que había madurado su alma, y de lo mucho que se parecía a su padre. Se vistió abrigado por la energía de sus pensamientos y se sintió feliz. Por primera vez, plena y llanamente feliz.*

\*\*\*

Lupe sonrió al reconocer la sensación. Él también había llegado a sentir la plenitud de la felicidad en sus pulmones. No podía aguantar la curiosidad y aprovechando una pausa interrumpió a Darío para preguntarle.

—Y ¿qué pasó? ¿Volvió al año siguiente?

El policía negó con el gesto agachando la cabeza.

—No. Ese verano fue la última vez que mi abuelo y mi padre se vieron —susurró casi para sus adentros. Tras una breve pausa continuó—. Mi padre estuvo esperando noticias durante todo el año siguiente, pero nunca llegaron. Intentó por todos los medios establecer comunicación con alguien del pueblo, o con alguno de los compañeros de su padre. Pero durante más de dos años no pudo conseguir ni una sola noticia. Finalmente, tres años más tarde de aquel verano inolvidable, mi padre recibió un grueso sobre en su casa de París. Estaba escrito por una párvula escritura. No tenía remitente, pero todos los sellos en portugués indicaban que no podía venir de otro lugar. Al abrirlo con las manos temblorosas, se dio cuenta de que efectivamente eran noticias de su padre. En su interior había varios cuadernos con los contenidos de sus investigaciones y avances. También contenía una breve carta que explicaba, en una lengua que aún recordaba, que mi abuelo

había fallecido a causa de una enfermedad desconocida y que su último deseo fue que mi padre conservara su trabajo. La carta la firmaba Santora.

—¿Santora? ¿La mujer que os traía la comida? ¿Aquella con la que nunca habló tu padre? —preguntó Lupe.

—La misma —asintió Darío—. La misma —repitió el inspector.

Se quedó un rato en silencio, pensativo. Pero en un par de minutos retomó la palabra. En realidad, yo nunca llegué a ver la carta de Santora, ni el contenido del sobre que mi padre guardó en la caja fuerte. Pero sí recuerdo haberle oído comentar que, aunque nunca habló con aquella mujer, sabía más de ella de lo que nadie podía imaginar. De todos modos, era un tema que tampoco se hablaba mucho en mi casa, porque a mi padre le costó mucho superar la muerte de mi abuelo. Es más, yo creo que la decisión de venderlo todo en París y trasladarse a la costa fue uno de los motores que le impulsó a seguir viviendo. Estoy seguro de que yo no hubiera nacido si se llega a quedar encerrado en París entre tantos recuerdos.

Lupe asintió en silencio. Sabía que Darío tenía razón. Él era un claro ejemplo de lo que suponía vivir encadenado a los recuerdos.

Clía se había despertado antes de que sonara la alarma del reloj. A pesar de la inquietud después de descubrir la piedra, había dormido de un tirón y se levantó plenamente descansada. Desconectó la alarma y se preparó un buen desayuno. Mientras terminaba un cuenco de uvas observó lo especial que estaba el mar esa mañana. Las aguas calmadas filtraban los colores del fondo de la arena a la superficie, convirtiéndola en una paleta de colores suaves y armoniosos. Manchas azules oscuras, reflejo de alguna nube despistada, se mezclaban con verdes esmeralda intensos y azulados, que con una pincelada atrevida tornaba violetas. Respiró hondo y meditó brevemente sobre su vida. Viajó fugazmente por imágenes y recuerdos sin detenerse en nada en concreto. Pensó en las veces que había sufrido sin motivo y cómo se había complicado en muchas ocasiones con situaciones que ahora le parecían insignificantes. Volvió a mirar el mar y sintió gran dicha. Cerró los ojos por un instante para atrapar ese momento. Sonrió sutilmente. Estaba preparada para un nuevo día. Recogió los platos del desayuno y se dirigió directamente al baño. Abrió el grifo de la ducha, se situó debajo y dejó que el agua del caño brotara libremente bajo por su cuerpo. Con las manos abiertas recorrió con lentitud cada poro de su tersa piel. Sorprendida gratamente por el efecto del roce de las yemas de los dedos descubrió, como por vez primera, la armonía de sus curvas. Empezó suavemente por el rostro, dejando que el chorro de agua invadiera cada rincón de su anatomía. Bajó sin prisa con las palmas por su cuello hasta llegar a sus pechos que rodeó con delicadeza. Al contacto se pusieron instantáneamente firmes y erectos. Su mano, guiada por un impulso placentero, continuó bajando hacia su vientre. Lo notó consistente y suave. Empezó a respirar más profundo. Descendió, sin presteza, con calma. Primero la mano derecha seguida fielmente de la izquierda. Cuando ambas manos estuvieron a la par, alcanzó sus ingles separándolas con delicadeza. La mano derecha, recordando un camino que nunca había olvidado, se adentró en territorio perdido. El agua de la ducha caía con tal fuerza sobre su cara que solo oía su respiración entrecortada y sus jadeos. Tras un profundo suspiro sus músculos se relajaron y sus manos retornaron obedientes a su cara, que escondía una misteriosa mirada y una delicada sonrisa.

Tardó unos minutos en pensar lo que se pondría. Deseaba ir a casa de Pico. Cierto era que se había jurado no volver a aquel lugar después de lo que había experimentado bajo aquel techo en su último encuentro, pero tenía la sensación de que algo había cambiado. Ahora sentía la necesidad de volver a aquella casa. En su huida precipitada de ligero equipaje no portó gran variedad de prendas donde elegir, por eso optó por un sencillo vestido blanco de algodón que destacaba su bronceado y le ceñía la figura. Le gustó su reflejo en el espejo. Se calzó unas sandalias cómodas, del mismo color y con un pequeño bolso rojo bajo el brazo, salió rumbo al pueblo en busca de Pico. Todavía era temprano para que el sol calentara, pero la fresca brisa de la mañana era perfecta para dar un paseo. Decidió rodear la costa. El camino era más largo, pero el mar le acompañaba al borde de los acantilados. Caminaba alegremente, a buen ritmo y con paso firme. Con la mente distraída y sin apenas darse cuenta llegó al muelle de los pescadores. Alguna banasta olvidada descansaba al pie de los barcos pesqueros perfectamente alineados que se mecían con el ir y venir de la corriente del puerto. Aunque apenas quedaba un pescador terminando de limpiar su barco, todavía se respiraba el olor a pescado fresco. Con aire despistado cruzó la calle. Al llegar frente a la casa de Pico, llamó suavemente a la puerta. No obtuvo respuesta. Volvió a golpear la madera con los nudillos, esta vez con más fuerza. Se dio

cuenta entonces de que la puerta estaba entreabierta. La empujó lentamente y asomó la cabeza al interior de la casa, sin atreverse a avanzar más. Un ligero olor a flores llegó hasta su nariz.

—¿Hola? —su voz resonó en el interior de la casa, pero nadie contestó.

—¿Pico? —volvió a preguntar en alto. El silencio se hizo más profundo. Clía insistió por tercera vez:

—Pico. Soy Clía ¿estás ahí? —su voz era ahora alta y clara. Si había alguien en la casa la oiría. Pero no recibió respuesta.

No quería parecer indiscreta, pero si quería averiguar si Pico estaba en casa, no le quedaba más remedio que entrar en su interior.

Abrió la puerta de la entrada y la entornó tras de sí. Siguió por el pasillo pasando la cocina hasta el salón. Todo estaba ordenado y en calma. Al asomarse al comedor vio a Pico sentado en una de las sillas con la parte superior de su cuerpo encima de la mesa y con la cabeza apoyada sobre un sinfín de papeles. Ahora comprendía por qué no le podía oír. Se había quedado dormido. Se acercó sonriente por detrás, para sorprenderle con una broma. Pero el susto se lo llevó ella al verle la cara. Su rostro estaba lívido, tirando a malva y con los ojos fuera de las orbitas. Tenía una mueca de terror que horrorizó a Clía. El resto del cuerpo estaba rígido, sin movimiento. El brazo izquierdo extendido al máximo de su longitud aferraba con fuerza entre los dedos de su mano un papel arrugado.

Clía no tocó nada. Ni siquiera fue consciente de que estaba en la calle, chillando de una manera histérica, hasta que alguien le zarandeó violentamente por los brazos.

—Pero...chiquilla. ¿Qué te pasa? —el pescador, que instantes antes había visto mientras limpiaba su barco, intentaba tranquilizarla.

Pero Clía no reaccionaba. Estaba pálida, sudorosa, y no podía dejar de temblar. Su mente no asimilaba lo que acababa de presenciar. Sin poder mediar palabra cayó al suelo desplomada. En seguida se hizo un corro de curiosos alrededor. Cada uno hacía sus conjeturas acerca de lo que podía haber causado el desfallecimiento de la joven, hasta que, a uno de ellos, muy fornido y con un delantal a rayas verdes y negras, se le oyó más claro que a los demás. Todos prestaron atención.

—A esta chica ya le he visto yo antes, juraría que en esta misma calle y también estaba desmayada. Es amiga de Pico. Quizá sería conveniente llevarle hasta su casa y desde allí llamar al médico.

Todos parecieron estar de acuerdo con la propuesta del frutero que con mucho cuidado tomó a Clía en brazos para cruzar la calle.

La puerta de la casa se había quedado entreabierta, pero nadie se percató de ello. La mayoría de los mirones se quedó fuera y tan sólo entraron el pescador y el tendero que mantenía a Clía en brazos. No era la primera vez que visitaban esa casa porque, aunque Pico era celoso de su intimidad, siempre tenía café caliente y conversación agradable para todo el que llamara a su puerta. Así que se dirigieron directamente al salón para recostar a Clía. En cuanto pisaron la habitación se dieron cuenta de la presencia de Pico sentado a la mesa del comedor. El silencio se hizo latente y los dos hombres se miraron. No les hacía falta acercarse para entender el motivo del estado de nervios de la chica y su posterior desmayo. El tendero posó suavemente a Clía en el sofá, que en ese momento lo último que deseaba era que se reanimara. Mientras, el pescador levantó con sigilo el auricular del teléfono y marcó el número de la Policía. En un susurro imperceptible, el frutero le oyó decir:

—Vengan enseguida, ha ocurrido una desgracia terrible.

Hacía tiempo que Lupe y Darío se habían ido un rato a descansar a la cama. Después de pasar toda la noche en vela entretenidos con ambas historias, sus cuerpos cayeron rendidos a la traspasada. Pero a pesar del cansancio Darío mantenía desde hace muchos años un sueño ligero. El sonido de la sirena de coche de policía, que resonaba por toda la isla, lo despertó. De modo automático y como tantas otras veces se puso lo que tenía a mano y salió precipitadamente de la casa, mientras se terminaba de abrochar la ropa por el camino. Era claro que se tenía que tratar de algo grave, porque sabía que en un lugar tan tranquilo como éste, sólo una verdadera emergencia activaría la sirena de la patrulla. No estaba muy seguro de hacia dónde se dirigía, pero el sonido le guiaba a través de un camino de tierra que bajaba del acantilado al pueblo. Con la marcha acelerada, llegó en menos de diez minutos a la plaza cerca del embarcadero. Vio varios grupos dispersos de personas apiñadas en ambas aceras comentando el escándalo del coche de policía. Todos miraban en una sola dirección. Darío, siguiendo las miradas, continuó con presteza calle abajo. A pocos metros, frente al embarcadero, delante de un pintoresco edificio, distinguió las luces de la policía y un grupo mayor de gente amontonada susurrando con cara compungida. Darío se hizo paso como pudo entre la muchedumbre. Tras algún ligero codazo y muchas disculpas, llegó hasta el cordón policial. Unos familiares conos naranjas y blancos sujetaban la improvisada banda plástica que cercaba la entrada de una casa. Con firmeza se presentó ante uno de los agentes, que intentaba poner orden. Con la seguridad de quien está acostumbrado a este tipo de situaciones se coló con destreza en el interior de la casa. Haciendo uso de su desarrollado olfato policial se dirigió directamente al salón. La escena era la habitual. Un agente novato merodeaba despistado por el salón alterando las posibles pruebas. Un médico forense desprovisto de cualquier uniforme examinaba a un cuerpo que yacía sobre una mesa en la otra parte de la habitación. Y en el sofá cercano a él, el detective encargado del caso apuntaba en una libreta las palabras de un par de hombres y de una muchacha. En seguida se dio cuenta de quién había encontrado el cadáver. La cara de la chica aún no había recuperado su color natural y su mirada se perdía en el fondo de una taza que humeaba un líquido caliente. Aprovechó que el detective estaba entretenido con sus labores policiales para dar una ojeada rápida a la habitación. No existía signo de forcejeo ni lucha. Todo estaba ordenado y en su sitio. Al entrar, tampoco había observado ningún signo de entrada forzada y hasta donde podía observar, en la habitación todas las ventanas permanecían perfectamente cerradas. Si en algún momento hubo alguna huella significativa, ahora, mezclada con las del resto de las de los ocupantes de la habitación, se había convertido en inservible. Observó cómo el médico cerraba su maletín y sin apenas despedirse abandonaba la escena. Aprovechó para acercarse al cuerpo que permanecía inerte y ajeno al protagonismo que había suscitado. La cabeza y parte del tronco reposaban sobre la mesa. El aspecto macilento de su piel indicaba que había fallecido, de una manera traumática, hacía al menos seis horas. No existía rastro de sangre en las inmediaciones del fallecido, ni ninguna herida destacable en la superficie de inerte cuerpo. Y aunque, a simple vista pudiera parecer que se trataba de una muerte natural, su experiencia le decía que detrás de ese cadáver había más que simplemente eso. Al lado del cuerpo descansaba una taza con restos de café y un plato con un trozo de bizcocho a medio terminar. Se inclinó sobre la comida y aspiró un par de veces de una manera muy rápida el olor que desprendían las sobras. Tal y cómo había supuesto, su olfato no detectó ninguna sustancia

extraña. No se trataba ni de una intoxicación, ni de un envenenamiento. Tenía muy claro que al muchacho no se le había parado el corazón sin más, pero no lograba encontrar ningún indicio que le acercara a un diagnóstico más concreto. De pronto, se fijó con atención en la cara. Con la deformación profesional ni tan siquiera se había reparado en quién se trataba. Era una práctica habitual en su trabajo. Un muerto era un muerto más, nunca una persona a la que iba a echar de menos un ser querido. Sin embargo, se quedó desagradablemente sorprendido cuando reconoció en el cadáver al joven amigo de Lupe. Su teoría se reforzaba. El día anterior habían estado juntos y no le pareció alguien que gozara de mala salud, sino más bien todo lo contrario. Recordó con la furia con la que había abandonado la casa de Lupe sin despedirse, tras la airada discusión. Por un instante pensó en la posibilidad de contemplar al marinero como sospechoso, pero enseguida se quitó la idea de la cabeza. No quería acusar a nadie sin tener más pruebas. Y además se sintió culpable por el mero hecho de permitirse pensar mal de su nuevo amigo. Todas estas ideas le rondaban la mente cuando notó cercana la presencia de alguien.

—Disculpe —repitió el detective por tercera vez al ver que el hombre que estaba invadiendo su escena no le respondía—. Perdome, ¿se puede saber qué hace usted aquí? —le inquirió nuevamente, esta vez con un gesto un tanto sarcástico.

—Perdone, perdone —se disculpó rápidamente Darío—. No era mi intención inmiscuirme en su trabajo, pero la deformación profesional me ha traicionado —. Alargó la mano —soy el inspector Lenoir.

El detective estrechó su mano sin mucho afán a la vez que le contestó con cierto aire de burla.

—No sabía que ahora la central fuera tan eficiente.

Darío sonrió ante la ironía del detective. Se hizo el tonto y se justificó.

—No, no se trata de ninguna visita oficial. Simplemente estoy veraneando en la isla y no he podido resistir la tentación de echar un vistazo.

—Pues, bueno, si ya ha echado su vistazo, le agradecería que saliese de la casa. Estamos intentando trabajar aquí dentro —le contestó con un tono seco.

Darío miró alrededor intentando buscar el significado de “estamos” y aguantó la risa para dentro.

—Disculpe, no quería molestar, ya me marchó. Pero no antes sin pedirle un pequeño favor.

El detective se sintió importante.

—Usted dirá —le contestó atusándose un ridículo bigote.

—Me gustaría hablar con la joven, si es posible.

El detective miró alrededor.

—¿La joven? ¿Qué joven?

Darío hizo un gesto con la cabeza hacia el sofá.

—¡Ah!, se refiere a la muchacha que está allí sentada —exclamó—. Por mí no hay ningún problema, pero si yo fuera usted no me haría muchas ilusiones, la chica no habla, ya lo he intentado yo antes —añadió haciéndose el entendido.

—Gracias por su consejo, intentaré hacer lo que pueda.

Darío dejó al detective sumido en sus notas y se dirigió al sofá. La joven estaba custodiada por un pescador y un tendero a juzgar por las apariencias. Se dirigió directamente al pescador que parecía más compungido.

—Disculpe, ¿le importaría que hablara con su hija un momento?

El inspector escuchó de boca del tendero la respuesta que esperaba.

—No, no es su hija —contestó por el pescador, que no mediaba palabra—. Nosotros apenas la conocemos. Era amiga del joven —terminó diciendo mientras señalaba con unas tupidas cejas



hacia la mesa.

Darío confirmó su teoría. Con la que tenía que hablar era con la muchacha. Se dirigió esta vez directamente al fornido.

—¿Le parece que le saquemos un momento a la calle para que le dé el aire? —preguntó con cautela—. Se le ve un poco afligida.

—No, no, en absoluto, le hará bien —respondió el tendero—. Pero tendrán que ir solos. Nosotros debemos quedarnos en caso de que el detective nos necesite.

—Por supuesto, no se preocupe, me hago cargo.

Y sin añadir ni una sola palabra más agarró por el brazo a una dócil Clía y salió a la calle sin llamar la atención de nadie.

Caminaron bordeando el muelle alejándose de la muchedumbre, hasta el final del paseo marítimo. Encontraron una pequeña playa, con la simple compañía de unas barquitas de remos que descansaban encalladas en la orilla y un pintoresco faro que las vigilaba. Darío no había soltado ni por un instante el brazo de Clía. Le ayudó a sentarse en la fresca arena de la desierta playa. Se colocó a su lado y le quitó las sandalias para que se sintiera más cómoda. A pesar de la manta que le había prestado la policía y que Clía mantenía aferrada con fuerza cubriéndola la espalda, Darío notó que la muchacha tiritaba. Con un reservado pudor le pasó el brazo sobre los hombros intentando transmitirle un ápice de calor. Lo hizo con cautela y delicadeza. Clía agradeció el gesto y reclinó su cabeza sobre el hombro del inspector. Los dos miraban el mar. Las olas iban y venían suavemente mientras bajaba la marea. Durante unos largos minutos ni una sola palabra salió de sus bocas. Darío friccionaba en un gesto mecánico su mano contra el brazo de Clía. Arriba, hasta el hombro, y abajo, hasta el codo. Una y otra vez, una y otra vez. Notó cómo la joven se iba relajando, volviendo poco a poco en sí y sintiéndose cada vez más cómoda. El policía sabía que no tardaría en hablar, había sido testigo de situaciones semejantes con anterioridad. Lo cierto era que había presenciado de todo. Recordaba el caso de una mujer que había encontrado a su marido desnudo y muerto en la cama de un hotel en la misma ciudad en la que vivían, y que no podía dejar de llorar desconsoladamente, mientras un par de agentes le separaban de su cadáver. O aquel otro caso en el que un tranquilo esposo pedía permiso para ir a su habitual partida de bolos de los miércoles, mientras su mujer yacía sobre un charco de sangre en el suelo de la cocina. Pero, a pesar de las dispares reacciones, todas las situaciones tenían algo en común. Y es que tarde o temprano, la persona que había encontrado el cadáver terminaba hablando y desahogándose. Muchas de ellas necesitaban, durante un periodo de tiempo, apoyo psicológico para librarse de las imágenes que tardaban en abandonar la memoria. Pero la mayoría terminaban superando el trauma y volviendo a una vida normal. Sólo existía una excepción, en la que no se seguían esas pautas, y era cuando la persona que encontraba el cadáver era la misma que había cometido el crimen. Darío poseía una habilidad especial que detectaba cuándo eso ocurría. En este caso podía poner su mano en el fuego y asegurar que no se trataba de la persona que tenía a su lado.

Pasó una media hora antes de que Clía hiciera el amago de compartir alguno de sus pensamientos. Y aunque Darío era una persona paciente, le empezaba a doler el trasero de estar sentado en aquella postura. Así que con un tono muy suave se atrevió a romper el silencio y le propuso a la joven:

—¿Caminamos? —preguntó de un modo tan suave que no sabía si ella le había llegado a oír. Pero a los pocos segundos notó cómo la cabeza de la muchacha abandonaba su hombro y le afirmaba su deseo con un leve gesto de asentimiento.

Darío le ayudó a incorporarse y le alcanzó las sandalias. Aunque no pudo verle la cara que estaba cubierta con unos mechones de pelo suelto, vislumbró en su boca una ligera sonrisa. Comenzaron a caminar sin prisa hacia el mar. Atrás quedaron las huellas dónde habían estado sentados. Al llegar a la orilla tomaron el camino hacia la derecha, donde la playa se hacía más larga. Con la bajamar se podía acceder de la pequeña playa a otra más extensa y salvaje a través de unas rocas. Darío se adelantó y, con un rápido movimiento de piernas, subió con destreza sobre las piedras erosionadas todavía húmedas por los restos de agua y sal. Dándole la espalda, sin

apenas volverse, alargó el brazo izquierdo hacia atrás para que la joven pudiera coger su mano. Clía se quitó la manta de los hombros y la colocó bajo el brazo izquierdo. Agarró con fuerza la mano que tenía delante y tras un certero impulso subió a las rocas. Desde la altura, le asombró la belleza de la interminable playa. Era inmensa, salvaje y poderosa. A la izquierda, el intenso mar azul. A la derecha, centenares de dunas doradas. La arena fina de un beige claro se tornaba oscura bajo las olas espumosas en la orilla, que no dejaban de romper armoniosamente hasta donde ya no alcanzaba la vista. Por un momento se le borró de la mente la escena vivida hacía unas horas. Recorrieron las rocas cogidos de la mano hasta llegar a pisar, de nuevo, arena firme. Primero saltó el inspector. Se volvía hacia Clía e instintivamente la cogió de la cintura y la alzó en brazos hasta la arena. La muchacha sonrió ante el gesto. Sus ojos se cruzaron y sus miradas se quedaron clavados por un instante. Darío se asombró de la fuerza que le transmitía la mirada de aquella extraña, y resolvió retirarla antes de que le provocase algo que no pudiera comprender. A Clía, en cambio, le gustó lo que vio. Le hizo sentirse cómoda y en paz. Podría haberse quedado colgada de aquella mirada eternamente, de no haber sido porque comenzaron a caminar. Con los pies dentro del agua se sintió liviana. Parecía que toda la confusión anterior acerca de lo que había ocurrido en casa de Pico se hubiera quedado en la otra playa. Deseó compartir la sensación con el nuevo extraño.

—Siento que ha sido un sueño visto desde fuera. No me puedo creer que fuera yo la que le encontré —hizo una pausa—. Más bien ahora lo veo como si se tratara de otra persona. Lo veo desde fuera como una película proyectada —siguió reflexionando en alto—. En realidad, si me dejo llevar por mis pies, caminando por esta playa, todo queda tan lejos que parece que no ha sucedido.

Darío no dijo nada. Siguió caminado junto a ella, escuchándola atentamente. Sabía que, si no la interrumpía, ella sola continuaría hablando.

—Y, por otro lado, si dejo que actúe mi memoria, mi mente me recuerda las imágenes, pero con un sentimiento apagado —hizo una imperceptible pausa—. Como si formaran parte de un pasado lejano, no de un casi inmediato presente.

Esta vez Darío se animó a preguntar.

—¿Le conocías desde hace mucho tiempo?

Clía seguía pensando. Se paró un momento y con la mirada dispersa, negó con la cabeza levantando las cejas.

—No, la verdad es que no. Si lo paro a pensar tan sólo le había visto un par de veces.

—Pero ¿tenía entendido que erais amigos? —insistió el policía, mencionando las palabras del tendero. Necesitaba saber exactamente cuál había sido la relación de los dos jóvenes.

—¿De dónde te sacas eso? —contestó Clía un tanto a la defensiva.

—Bueno, es lo que se comentaba en el pueblo cuando llegué —contestó suavemente Darío. No había por qué perder los nervios.

—¿Y qué más se comentaba? —a Clía no le gustaban las habladurías. Y mucho menos quería que nadie se enterara de la atracción tan intensa que había tenido por una persona a la que tan sólo conocía de unas horas.

Pero Darío estaba muy lejos de adivinar los pensamientos de Clía. Tan sólo había oído algún rumor, mientras se abría paso entre la muchedumbre, y probó suerte montando una pequeña historia.

—Nada más. Parece ser que simplemente, cuando te desmayaste en la calle, pensaron en recurrir a tu amigo. Por eso te llevaron a su casa —pronunció a propósito la palabra amigo para ver la reacción de la joven.

El comentario y el matiz surtieron efecto. Su voz se suavizó y la conversación volvió a su neutro talante. Reanudaron el camino por la orilla. Ella contestó sinceramente.

—Bueno, es cierto que, aunque no nos conocíamos desde hace mucho tiempo, sí que teníamos una relación especial —en seguida quiso aclarar ese punto para que no hubiera malentendidos—. En realidad, más que una relación, se trató de una serie de encuentros un tanto extraños —intentó explicarse mejor—. Como cuando las circunstancias te llevan a coincidir con la misma persona una vez tras otra. No sé si me entiendes.

Darío no creía en las casualidades, ni en los designios del destino, pero no quiso desalentar a la joven ahora que se había decidido a hablar.

—Sí, sí, a mí también me ha pasado —mintió siguiéndole la corriente.

—Es más —continuó Clía—. La cuestión es que esos encuentros siempre se han dado en circunstancias peculiares, no de cualquier manera.

Darío le escuchaba con atención, sabía que estaba llegando justo a la parte que más le interesaba. No quiso interrumpir.

—Sin ir más lejos. La última vez que le vi, bueno, la penúltima —rectificó Clía al recordar la imagen de Pico sobre la mesa—. Fue ayer.

—¿Ayer? —preguntó el inspector tratando de que no se notara que había comenzado con su interrogatorio personal.

—Sí, ayer. Ayer por la noche, concretamente. De hecho, casi de madrugada.

El tema se ponía interesante, pensó Darío. Clía siguió con sus explicaciones.

—Yo estaba en mi casa y de repente apareció de la nada. Me dio un susto de muerte —no sabía si aquella era la palabra más apropiada dadas las circunstancias, pero continuó—. Tan sólo estuvo unos minutos, porque yo estaba cansada y quería dormir.

—¿Y cómo así apareció en tu casa? —preguntó Darío.

Pues, si te digo la verdad, no lo sé. Pero me vino bien para que me ayudara con una cosa. De pronto Clía recordó la piedra, la piedra que se había llevado Pico aquella noche con intención de devolvérsela al día siguiente. Claro, ahora recordaba que ese era el motivo por el cual había ido tan temprano a casa de Pico. Al menos, uno de los motivos, pero ese era otro tema. Intentó retratar el salón y el comedor tal y cómo lo había visto a su llegada. Darío se dio cuenta de que la joven se había quedado pensando y temió perder el hilo del interrogatorio. Rápidamente le preguntó.

—¿Con qué necesitabas ayuda?

Clía contestó sin prestar mucha atención. Seguía sumida en sus pensamientos.

—No, la verdad es que no era ayuda lo que necesitaba, pero él se ofreció a llevársela para echarle un vistazo y... —Clía guardó silencio.

Ahora sí que el inspector había perdido toda la línea del interrogatorio. Intentó encauzarlo un poco, o al menos entender de qué demonios hablaba la joven.

—¿Era algo que se te había roto y se llevó para arreglar? —Darío dejó caer la pregunta en el aire, sin saber si le llevaría a encontrar las respuestas que buscaba.

—No, no, no estaba —negaba suavemente Clía, volviendo sobre la escena en la casa de Pico sobre la mesa.

Darío empezaba a perder la paciencia, la curiosidad le llevó a hacer la pregunta si rodeos, directamente.

—¿Qué es lo que no estaba?

—¡La piedra! —exclamó ella parándose en seco—. La piedra —repitió esta vez mirando al policía a los ojos.

El policía debió poner cara de asombro porque la joven le preguntó, aunque sin esperar

respuesta.

—¿Te das cuenta? La piedra no estaba en su casa. Se llevó la piedra y... no estaba en su casa —repetía Clía mientras reiniciaba el camino.

Esta vez fue Darío quien se paró en seco y agarrando a la joven por el brazo le inquirió.

—Pero... ¿se puede saber de qué hablas? ¿Qué es eso de la piedra? ¿Por qué le das tanta importancia?

Clía le habló de la extraña roca que había encontrado en el jardín de su casa la noche pasada y del excesivo entusiasmo que había provocado en Pico cuando la vio. Le explicó que ambos habían quedado en casa del joven, a temprana hora de la mañana siguiente, para ver si había conseguido descifrar algo. Lo más extraño del tema era que después de tanto interés, no había visto la piedra por ningún lado cuando fue a buscarle.

Darío escuchaba con interés. Una piedra no sale sola rodando, pensó. Se le ocurrió una idea.

—¿Me podrías llevar a donde la encontraste? —le preguntó de repente.

Clía parecía esperar la pregunta, porque no hizo ningún gesto extraño al escucharla.

—Sí, claro. Podemos ir paseando, no está lejos —le contestó sin pensarlo dos veces.

—Por cierto, me llamo Clía —se presentó la joven alargándole la mano y mirándole directamente a los ojos.

—Darío —contestó el policía estrechándosela entre la suya mientras volvía a sentir la intensa mirada de la joven.

El sol colgaba de lo más alto cuando Lupe empezó a desperezarse de manera remolona en la cama. Hacía mucho tiempo que no se levantaba tan tarde. Seguramente, se tendría que remontar a su época de marino, cuando el ron le hacía trasnochar y las resacas lo amarraban esclavo a la cama. Pero esta vez, aunque tampoco había dormido muchas horas, el tiempo le había cundido lo suficiente como para levantarse descansado. Todavía sin ducharse y con la cana cabellera enmarañada fue a la cocina para prepararse un contundente desayuno. Tenía un hambre de demonios. Cerró la puerta para no hacer mucho ruido mientras trajinaba con los peroles. Prefería que el policía se despertara con el olor de un par de huevos fritos con patatas y chorizo, que con la algarabía de las cazuelas. Comenzó a pelar las patatas mientras se dejaba llevar una vez más por los recuerdos. Unos pensamientos le llevaron a otros y terminó rememorando el relato que hacía tan sólo unas horas le había contado el policía. Se volvió a dar cuenta de algo que desde hacía tiempo ya sabía. Toda persona por insignificante que parezca tiene detrás una historia parecida. Él, que conocedor de los siete mares, había tenido la suerte de encontrarse gran variedad de personajes y había llegado a la conclusión de que no hay vida más interesante que otra. No hay persona más importante que otra y a pesar de las circunstancias que las rodean, todas terminan teniendo las mismas necesidades y carencias. El amor, la compañía, el sentirse querido y apoyado son los pilares de una vida plena y satisfactoria. Nada como formar parte de un todo. Contar con unas raíces definidas y con la estabilidad de un alma tranquila.

Por eso el policía, a pesar de su experiencia y responsabilidades, se sentía perdido. Por eso, él mismo, no llegaba a encontrar la paz que anhelaba. Si miraba atrás, no veía su vida como una trayectoria clara y definidamente trazada. Sino más bien, como un camino escarpado lleno de piedras, cargada de obstáculos que no le permitían llegar al final. Hubiera deseado tanto mantener a Etna a su lado. Con ella no habría tenido que escarpar nunca montañas, sino sólo dejarse llevar por caminos llanos y claros. Hasta le hubiera hecho ilusión que en esos caminos los acompañara un ser más. Una persona fruto de su amor, que fuera testigo y contador de sus vidas cuando ellos murieran. Pero ahora, todo eso estaba muy, muy lejos, y ya era imposible. Lo más que podía esperar Lupe era ser protagonista en algunas de las batallas marinas que algún viejo como él contara a sus descendientes, algo que él a su edad ya jamás tendría. Con estos pensamientos en la cabeza, le llegó el olor de los huevos que le indicaban que ya estaban hechos. Lo colocó todo en una fuente bien grande y salió al porche dejando una estela por toda la casa. Se volvió a sentar una vez más donde tantas veces lo había hecho. Fue comiendo, mirando al mar, esta vez sin pensar en nada. Después de terminar todo, esperó paciente un rato para ver si Darío se levantaba finalmente. Si con el olor no lo había hecho es que o no tenía olfato o se había muerto. Lupe se asustó de repente sólo de pensar en la segunda posibilidad. Y aunque estaba seguro de que las heridas con las que encontró al policía no entrañaban más riesgo, prefirió comprobar si se encontraba bien. Entró en la casa y se dirigió a la habitación que había preparado el día anterior para que descansara. En el sombrío pasillo reinaba un gran silencio. Golpeó suavemente con los nudillos y esperó unos segundos sin obtener respuesta. Inquieto giró el pomo de la puerta y la abrió con suavidad. El fuerte sol de mediodía le golpeó con fuerza en los ojos. Le costó unos segundos acostumbrarse a aquella luz tan intensa. Cuando sus contraídas pupilas se fijaron en la cama, descubrieron con sorpresa que sólo se trataba de un barullo de sabanas revueltas. El inspector de

policía no estaba allí. Lupe se quedó pensativo. Se le ocurrió que podría estar en el baño aseándose para comer. Aún desde el umbral de la puerta del dormitorio, giró la cabeza hacia el baño para comprobar que su hipótesis podía ser cierta, pero no escuchó ningún ruido. Sin embargo, para cerciorarse, decidió acercarse. Pero la puerta estaba entornada y en su interior no había nadie. Entonces se le pasó por la cabeza que quizá podría estar por el jardín o dando un paseo. Así que volvió a salir al porche para echar un vistazo. Desde allí se veía la playa, pero no había ni rastro de su nuevo amigo. Bordeó la casa para seguir con la búsqueda, pero fue en vano. El único lugar donde le quedaba por mirar era en el antiguo cobertizo. También era el único lugar donde esperaba no encontrarle, pues guardaba demasiados secretos que no estaba preparado para compartir todavía. La prisa se apoderó de él, cuando a medida que se acercaba, se dio cuenta de que la puerta no estaba cerrada como siempre. Quizá había llegado el momento de dar explicaciones, pero no creía estar todavía preparado. Con sentimientos enfrentados deseó con todas sus fuerzas que el policía no se hallase dentro. Al llegar frente a la caseta, llenó sus pulmones de aire. Las manos le sudaban y ni tan siquiera se atrevió a pronunciar su nombre. Escuchó un tintineo en el interior. Aguantó el aire. Estaba preparado para pronunciar el nombre del policía, cuando al empujar la puerta, una asustada ardilla se le coló entre las piernas. Abrió la puerta del todo y sonrió aliviado al comprobar que no había nadie más dentro. No sabía por qué la puerta estaba entreabierta pero no quiso asumir más riesgos. Se dirigió al rincón y con avidez cogió la mochila. Comprobó in situ con un rápido vistazo que no faltaba nada. No había tiempo para estudiar todo su contenido, pero por el bulto y el peso le pareció que todo estaba intacto. Antes de salir del cobertizo, asomó la cabeza y comprobó que no había nadie. Se sintió un poco paranoico actuando de ese modo en un lugar tan remoto, donde sabía que no podía haber ni un alma al menos en un kilómetro a la redonda. Salió del cobertizo con la mochila debajo del brazo. Entró con rapidez en la casa hasta llegar a su habitación. Se acercó hasta la cómoda y abrió el primer cajón. Al fondo, en una caja antigua de cerillas, había una llave. Apoyó la bolsa en el suelo, junto a la silla en la que descansaba el vestido. Se acercó a la puerta, la giró con suavidad, introdujo la llave en la cerradura y cerró. Suspiró aliviado al oír el clic de la llave girando.

La caminata desde la playa empezaba a hacerse dura a medida que el sol calentaba. Las gotas de sudor resbalaban tímidamente por la frente del policía y su camisa comenzaba a estar empapada. Clía sonreía con discreción ante el apuro del policía. Caminaba con soltura a su lado. Estaban muy cerca. Antes de que su acompañante pudiera decir nada, alargó el brazo, señalando con el dedo índice la pequeña casa al borde del camino.

—Es ahí.

El policía respiró aliviado. Se secó la frente con el dorso de la mano, mientras observaba con curiosidad la casa de la joven. No era muy grande, pero tenía pinta acogedora.

Clía le invitó a entrar para que se refrescara un poco. Darío confirmó sus suposiciones. Hasta el olor invitaba a quedarse en aquella casa. Le siguió hasta la cocina. La joven dejó correr el agua fresca del grifo y humedeció debajo del chorro un par de trapos blancos. Los escurrió y tendió al policía uno de ellos. Darío le agradeció el gesto con una sonrisa. A él también le gustaba refrescarse la cara con un trapo húmedo cuando sudaba. Era un gesto que desde pequeño imitó de su padre. Durante las largas caminatas por la selva, siempre llevaba un trapo amarrado en su cinturón que aprovechaba a mojar en cualquier remanso que se encontraran. De pequeño, aunque no sudaba como su padre, le encantaba compartir aquel trapo fresco sobre su frente. La sensación y el recuerdo le hizo sonreír de nuevo. Cuando salió de sus pensamientos, volvió a encontrarse otra vez con aquellos ojos esmeralda. Clía le observaba atentamente. Esta vez aguantó la mirada. Por deformación profesional, lo primero que hizo fue analizarlos. Eran grandes, de forma almendrada y de un verde indescriptible. Le recordaban a la gama de colores de la selva, en tonos pardo oscuro y con filamentos de verde más intenso. Al iris lo rodeaba una estela de verde mucho más oscura que contrastaba con el blanco del globo. Clía pestañeó por un instante en lo que a Darío le pareció un gesto a cámara lenta. El párpado bajó con fuerza cubriendo el ojo. Las largas pestañas marrones oscuras lo peinaron hacia arriba, dejándolo de nuevo al descubierto. Esta vez, Darío no vio la gama de verdes, ni la pequeña línea de pestañas que enmarcaban el ojo. Esta vez, sólo vio la tristeza de alguien que se encuentra solo, a pesar de estar rodeado de bullicio y gente. La ansiedad de alguien que no logra encontrar su sitio. La inseguridad del quien no sabe dónde nace y hacia dónde va su camino. No tuvo miedo de esa mirada. Ni tan siquiera un poco de congoja. Sólo sentía una afinidad cotidiana y una ternura casi fraternal.

Fue ahora Clía la que se sintió incómoda. No le quedaba ninguna duda de que aquel hombre la estaba analizando. Se notaba un tanto indefensa ante la fuerza del sentimiento y no quiso dejar más al descubierto sus pensamientos más íntimos. Bajó la mirada. Darío se dio cuenta de su impertinencia y también se avergonzó de forma inconsciente. Los dos terminaron sonriendo. Fue el policía el que rompió el silencio.

—Gracias —le devolvió la pequeña toalla.

—De nada sonrió Clía al agradecimiento Añadió—. ¿Quieres también un vaso de agua?

—Sí, si no es mucha molestia —la tensión iba desapareciendo.

Clía llenó dos vasos de agua y dio un sorbo rápido a la vez que alcanzaba el otro vaso al policía. Sin más ritual le dijo:

—Ven, te enseñare dónde encontré la piedra —salió al jardín acompañada de Darío. Borearon la casa, como aquella noche en la que lo había hecho Clía y llegaron al final de la



explanada, muy cerca de los arbustos. Con vaguedad señaló la zona.

—Fue por aquí —dijo en voz alta —aunque no recuerdo exactamente dónde. Era de noche —mintió. Sin más se le planteó la duda de si estaba haciendo bien al contarle a aquel extraño dónde había encontrado aquella pequeña joya. Pensó, por otro lado, que no tenía nada que perder. Cambió de parecer, al fin y al cabo, tan sólo encontrarían una huella.

—Bueno, en realidad, creo que fue por esta zona —intentó ser más precisa—. Porque, aunque era de noche, había luna llena —argumentó esta vez.

Darío permanecía detrás de ella observando con interés.

—En concreto, creo que fue... —a Clía no le dio tiempo a terminar la frase. Se había quedado sin palabras. En el mismo lugar descansaba una piedra muy similar a la que se encontró la noche anterior. Se agachó incrédula. No se lo podía creer. Por un momento respiró aliviada al ver que no se trataba de una roca esmeralda. Pero al volver a retirar las hierbas que la cubrían se dio cuenta de que era la misma piedra, con un verde menos intenso, pero con la misma forma y textura. Sin lugar a duda, se trataba de la misma piedra. Darío observaba a la joven agachada sobre una roca, que se había quedado muda de repente. Clía acariciaba el hallazgo. Le daba miedo levantarlo. Giró su cara hacia el policía y digiriéndose hacia él, dijo casi en susurro:

—Ésta es la piedra.

Darío le replicó confundido.

—Querrás decir que aquí es donde encontraste la piedra.

—No, no —le rectificó Clía. Insistió. Con los ojos muy abiertos, repitió—. Ésta —hizo una pausa y volvió a susurrar como si temiera que alguien más le oyera—. Es la p-i-e-d-r-a.

—Pero... —el policía no terminaba de comprender. ¿Por qué iba el asesino a molestarse en volver a dejar la piedra en su sitio? Y, sobre todo, ¿quién más sabía la procedencia de aquella roca? Aquello no le cuadraba y pensó que, por primera vez en su vida, su instinto de policía le había fallado. De pronto, la calidez que desprendía aquella joven se desvaneció y Darío pudo verla como una fría y calculadora asesina. Al fin y al cabo, ella fue la que encontró el cadáver y la única que parecía conocer la existencia de aquella misteriosa roca.

La mirada de Darío parecía decirlo todo, porque fue Clía la que le preguntó.

—¿No estarás pensando que fui yo la que la puse en su sitio? El policía no contestó.

Clía continuó, esta vez con ironía.

—Claro y yo también maté a mi amigo. Total, era la única que estaba en la casa. Sí, sí, tiene mucho sentido. Y no te olvides de que todo lo hice para recuperar algo que de por sí ya era mío. ¡Ah!, y para traerte más tarde hasta donde lo guardo. Y... ¿qué? —hizo una pausa, pero sólo para coger aire y tragar saliva—. ¿Ya has pensado también cómo lo hice? A lo mejor hasta le golpeé con la propia piedra en la cabeza. ¡Ah! no, no. Espera, que no había rastro de sangre. Déjame pensar... —Clía empezaba a subir el tono—. ¡Ya está! Le estrangulé con mis propias manos —la ironía dio paso a la indignación. Clía movía la cabeza. Estalló en gritos dirigiéndose directamente a la cara del policía—. Pero tú, ¿quién te has creído que eres! ¿Acaso crees que me conoces de algo? ¿Crees conocerme tanto como para saber si de verdad mataría a un amigo? —a Clía le hervía la sangre de las venas—. ¿Quién te crees que eres para juzgarme? ¿Te crees más listo que nadie? ¿Acaso sabes lo que siento, lo que pienso? —la rabia provocó que las lágrimas afloraran en aquellos ojos verdes.

Darío puso fin a la situación. Le agarró con fuerza por los brazos, la miró con determinación a la cara y le dijo.

—¡Basta ya! ¡Yo no pretendo juzgarte, pero no lo puedo evitar, soy policía!

—¿¡Policía!? —la cara de Clía se llenó de desprecio—. Con que..., policía —repitió más

calmada—. Así que tanta amabilidad y atención sólo eran sucias tretas para sacarme información.

—No, no me malinterpretes —Darío no quería que pensara mal de él. No todo lo había hecho con esa intención.

Pero Clía no le permitió continuar.

—No, déjalo. Me lo tengo merecido, eso me pasa por confiar en la gente —y sin más, se dio la media vuelta, abandonando al policía en medio de la explanada, dejándolo con la palabra en la boca.

Darío hizo el amago de seguirla, pero no sabía que decirle, ni cómo justificarse. Así que se quedó quieto, sin hacer nada, plantado a los pies de aquella piedra, ajeno a los destellos verde esmeralda que volvía a resurgir de manera misteriosa.

Tras el desaire de la muchacha, Darío decidió que de momento no tenía ningún sentido ir tras ella. Prefirió examinar la única evidencia que tenía delante. Se agachó en el mismo lugar donde momentos antes lo hiciera Clía. Sacó un lapicero del bolsillo de su camisa y con uno de los extremos tanteo las hierbas que cubrían la roca. La textura y el color le eran familiares. Sin embargo, desvió su atención hacía un análisis más forense. No observó ni rastro de sangre, como había insinuado la joven en su irónico monólogo. Tampoco vio ningún indicio de que aquella piedra hubiera abandonado en algún momento ese sitio. Su estructura encajaba a la perfección en el hueco sobre el terreno y las hierbas que la cubrían permanecían intactas. Darío veía muy complicado que alguien hubiera quitado la piedra en algún momento y que más tarde la hubiera vuelto a colocar en el mismo sitio sin equivocarse ni un milímetro. De nuevo con ayuda del lápiz ahuecó la roca para verla por debajo. Entonces se sorprendió. Sus suposiciones se iban al traste. Ahora sí tenía la certeza de que esa roca había sido manipulada recientemente por alguien. La base, que supuestamente debía estar cubierta al menos por un fino velo de musgo, estaba limpia como una patena. Podría asegurar que había sido frotada a conciencia apenas unas horas antes. Pero hubo algo que le llamó más la atención. Además de la limpieza obvia, se percató de que la superficie de la piedra, solamente por debajo, tenía una serie de inscripciones que simulaban a jeroglíficos. Recordó lo que le contó Clía en la playa. Esas muescas esculpidas, que tenía delante de sus ojos, eran los surcos a las que se refería la joven. Efectivamente se trataba de los trazos que habían intrigado tanto al muchacho. No sabía por qué, pero esos símbolos también atraían su atención. Rebuscó en sus bolsillos con la esperanza de hallar un trozo de papel. Encontró, arrugada, una de las servilletas del aperitivo. La extendió y la aplastó con las manos extendiéndola todo lo que pudo con la precaución de no romperla. Colocó el papel sobre la superficie de la piedra, justo en el lugar donde se encontraban los símbolos y los calcó con el lapicero. Los trazos del carboncillo traspasaron como por arte de magia los extraños grabados de la roca. Sin embargo, en aquella escritura había una parte incompleta. Creía haber visto antes algo similar a lo calcado, pero no recordaba con exactitud dónde. Volvió a dejar todo como estaba. Dobló la servilleta con sumo cuidado. Se incorporó y se la metió en el bolsillo. Se quedó pensativo. En seguida cayó en la cuenta. Así que, aunque no conocía muy bien los alrededores, se aventuró a caminar dejando que la ruta de la costa le guiara.

El camino de vuelta hacia el pueblo se le hizo más corto que el de ida. Mientras se acercaba a la casa del joven fallecido, intentó poner en orden sus pensamientos. No le cabía la menor duda de que se encontraba ante un caso de asesinato. Aún no tenía claro el móvil, pero se temía que se trataba de algo relacionado con la misteriosa piedra. Cuando llegó a la casa, la muchedumbre casi había desaparecido. Apenas quedaba un puñado de curiosos que intentaban meter las narices dentro de la casa cada vez que la puerta se abría y cerraba. Darío los saludó con un golpe de cabeza y entró en la vivienda con la seguridad de quien ha puesto los pies más de una vez en el escenario de un crimen. Antes de llegar al comedor, en el breve pasillo, se encontró de bruces con el policía que la primera vez le había negado el paso. El hombre, en esta ocasión, parecía más relajado. Le saludó con una sonrisa en los labios.

—¡Hombre!, otra vez usted por aquí.

—Pues sí, ya ve —el inspector contestó cortésmente, no había por qué guardar rencores.

—Perdone por el trato de antes —se disculpó el joven policía—. Pero es que todo el mundo quería pasar a ver lo que había sucedido, y yo tenía órdenes...

Darío no le dejó terminar. Sabía de primera mano lo en serio que se tomaban los novatos lo de seguir las órdenes al pie de la letra. Escogió pulcramente sus palabras.

—No se preocupe. Usted sólo estaba cumpliendo con su obligación —reconoció al instante el impacto de su cumplido en la cara del joven.

—Muchas gracias —le contestó enardecido por el comentario—. Señor... —el joven policía hizo una pausa.

—Lenoir, Inspector Lenoir —Darío le alargó la mano.

El joven se quitó la gorra a modo de respeto y se cuadró.

—Agente Domínguez de la Torre. ¡Para servirle, señor! —casi vociferó con voz enérgica mientras estrechaba con firmeza la mano que tenía delante.

A Darío se le escapó una sonrisa.

—No, hombre. Relájese. No estoy de servicio. Tan sólo venía a ver si podía echar una mano. Pero ya veo que prácticamente todo el mundo se ha marchado.

—Sí, poco queda por hacer. Apenas terminar de recoger un par de cajas y desacordonar la zona.

—¿Tan rápido? —el inspector sabía por experiencia que en la escena de un crimen queda mucho por recopilar después de que se produzca un asesinato.

—Órdenes de mis superiores. En concreto del Comisario Manzanares.

El agente Domínguez debía referirse al hueso que efectuó los interrogatorios la primera vez que Darío entró en aquella casa. Recordó su encontronazo con el susodicho horas antes en aquella misma sala.

—Sí, sí sé a quién se refiere, aunque no he tenido el gusto de que nos presentaran —mintió. No venía al caso dar explicaciones.

—Muy buen jefe, el comisario —añadió lealmente el agente de policía.

—Sí, claro, cómo no —Darío no quiso contradecirle. Y aunque a él le pareció todo lo contrario, se reservó el comentario. Desvió el tema hacia el derrotero que realmente le interesaba.

—Y... ¿sabe, por casualidad, a qué se debe tanta prisa en terminar con todo? —preguntó directamente.

El agente dudó por unos segundos mientras se pensaba la respuesta. No sabía si le estaba permitido revelar esa información.

Darío le leyó el pensamiento, pero necesitaba saber cómo había quedado todo. Dejó caer el comentario.

—No sé. Lo digo porque apenas han pasado veinticuatro horas desde lo sucedido.

El agente apretaba la gorra que tenía entre sus manos, dubitativo, pero pensó que al fin y al cabo se trataba de un inspector de la Policía Central.

Darío le animó.

—Hombre de modo confidencial, claro. Entre servidor y servidor de la ley.

El joven agente se decidió a hablar.

—Lo cierto es que no le puedo contestar a esa pregunta. Pero parece ser que el comisario tiene todo lo necesario para cerrar el caso, según tengo entendido.

—¿Cerrar el caso? —Darío no disimuló su extrañeza.

El agente miró a su alrededor y con un tono muy bajo casi susurró al oído del inspector.

—Eso es lo que ha llegado a mis oídos. El forense ha dictaminado muerte natural y ahí se ha terminado todo.

Darío no podía creer lo que estaba oyendo. ¿En qué cabeza cabía que un joven sano y fuerte muriera de ese modo? Así, sin más, de repente. No obstante, no era de su incumbencia cómo resolvieran el caso. Él sólo había vuelto con una intención. Así que siguió la conversación con el joven agente.

—Y...todos los documentos que se encontraban esparcidos sobre la mesa, ¿sabría decirme dónde están ahora?

—¿Los papeles? ¿Se refiere a los papeles?

Darío asintió con la cabeza.

—Pues, si no recuerdo mal, se los han llevado.

—¿A dónde? —le cortó el inspector.

—No lo sé. Vino el marinero, el que vive solo en el monte, y se llevó todo. Era muy amigo del chico.

No podía creerlo. Lupe se le había adelantado.

Con un gracias precipitado, dejó al agente con la frase en la boca. El inspector salió, como alma que lleva el diablo, disparado por la puerta.

Lupe ya tenía toda la documentación necesaria en su poder. Desde tiempo atrás había sospechado las actividades de Pico, pero nunca pensó que pudiera estar tan cerca de descubrirlo todo. Pero ahora que el joven ya no estaba, el secreto se mantendría a salvo. Tenía la certeza de que si finalmente todo había terminado cayendo en sus manos era por algo. Se desharía de todo, absolutamente de todo. En concreto de aquellas cartas que le esperaban en casa. Aún tenía grabadas en su mente las palabras de aquellas páginas, las frases escritas de su delicado puño y su letra infantil. Hasta donde él sabía, sólo ellos dos conocían esa lengua, y aquellos trazos eran a ciencia cierta de ella. Aunque pudieran encerrar lo que durante tanto tiempo había anhelado saber, ni tan siquiera él quería saber el significado de aquellos hallazgos. Se desharía del contenido de la mochila; la botella de vidrio y la pequeña piedra esmeralda; también, de todos los documentos que revolvía sus recuerdos y enturbiaba sus memorias.

Conducía a toda velocidad de vuelta a casa mientras todos estos pensamientos le rondaban la cabeza. Ni tan siquiera observaba el mar que quedaba a la derecha del camino como durante años había hecho, cada vez que volvía por la misma ruta. Ya no tenía la necesidad de fijarse más en él. Ya no volvería a buscar durante horas en su horizonte ninguna respuesta. Parte de lo que necesitaba saber estaba junto a él, en aquel maletín que botaba incontrolada a la merced de los baches del camino.

Frenó frente a la puerta de su casa. Ya había llegado. Las manos le temblaron al girar la llave del contacto para apagar el auto. Cogió el maletín. Sin perder un segundo de tiempo, entró en la casa. Se dirigió a su cuarto. Todo estaba como lo había dejado un par de horas antes. El contenido de la mochila seguía esparcido sobre la cama, intacto, esperando a ser ordenado, brindándole la última oportunidad de descubrir la verdad, de descansar por fin en paz después de tantos años.

Pero Lupe ya había agotado su tiempo. Desde que, horas antes, se había aislado en aquella habitación delante de aquellas cartas sin poder hacer nada. Desde el momento en el que giró la llave de la puerta, para encerrarse entre aquellas cuatro paredes, supo que algo inminente cambiaría su vida. En ese momento, no se atrevió a enfrentarse a su destino. Prefirió dejar todas esas frases, plasmadas en desgastado papel, reposar durante un tiempo indefinido. Le dio miedo acercarse a la verdad desde la soledad. Fue entonces cuando sintió la angustiada necesidad de sentir una mano amiga sobre el hombro, de escuchar una voz familiar que le devolviera a la realidad. Fue en ese segundo cuando, dejándolo todo, salió a buscar a su único y verdadero amigo. Necesitaba estar en ese mismo instante con la única persona que le podía comprender y que entendería tan bien su soledad como él. Además, tenía que pedir perdón. Quería arrepentirse de sus palabras antes de que fuera demasiado tarde. Condujo colina abajo a casa de Pico. Cuando vio las luces de los coches de policía subidos en la acera frente a la puerta del chico, se dio cuenta de que el destino le había vuelto a jugar una mala pasada. Por un lado, pretendía devolverle la esperanza y por otro, le hacía perder a su único amigo para siempre.

Ahora sólo le quedaban como recuerdo el contenido del maletín de su amigo que aún pesaba en sus brazos. Con cautela bajó su mirada sobre él e inclinándose hacia delante lo apoyó sobre el suelo al lado de la mochila que, por azar del destino, descubrió atrapada en aquella red una rutinaria mañana. Levantó la bolsa y la abrió. Desplegó su contenido Sacó una botella de vidrio de un verde intenso. En su interior había una pequeña piedra verde esmeralda y unos papeles

enrollados. Eran cartas que no sabía si se atrevería a descifrar. Al otro lado, el vestido que, después de tantos años, se mantenía intacto y aún desprendía el dulce olor de su almendrada piel. Se agachó y apoyó el maletín que había cogido de la casa de Pico. Posiblemente contenía la información necesaria para acabar con el misterio de una vez por todas, aunque dudaba de si deseaba comprobar su contenido. Podía imaginarse de qué se trataba y no quería, ni por lo más remoto, remover más sus recuerdos. ¿De qué servía a estas alturas? Ya no le quedaba nada por lo que luchar. Las dos personas que más había amado en el mundo ya no estaban a su lado, primero su amada y ahora Pico, su mejor amigo, al que había criado como si fuera su hijo. Los dos habían desaparecido para siempre de su vida.

Sin apenas prestar atención a lo que iba sacando del maletín, lo traspasó a la mochila. Fue colocando cada papel con esmero y cuidado de modo que cupiera bien todo. Cuando terminó con los documentos, siguió con las fotos. Las fue apilando una a una en el interior de forro ajado que protegía el cuero desgastado de la bolsa. Colocó la botella en el centro del vestido y finalmente, con una delicadeza celestial, dobló el tejido que sobraba. Procurando no aplastarlo, lo colocó sobre las últimas fotos. Todo cabía a la perfección, incluidas cada una de las lágrimas que sin pedir permiso se habían ido colando. Presionó brevemente el tejido y cerró la basta cremallera. Levantó la bolsa y la apretó contra el pecho. Apurando las últimas lágrimas se dio cuenta de lo poco que abultaba una vida llena de recuerdos. Se quedó en esa posición hasta que de sus cansados ojos no cayó ni una sola gota más. Con la vista nublada y la mirada borrosa y sin cerrar la puerta, salió de la casa.

El inspector llegó a la casa de Lupe jadeando. Se encontró con la puerta abierta. Entró en el interior corriendo y sin aliento. Recorrió todas las habitaciones. Abrió y cerró puertas. Registró cada uno de los rincones, pero el marinero no estaba. Sólo la colcha, todavía húmeda de lágrimas, fue el único indicio de que Lupe había estado en aquel cuarto hacía breves instantes. Darío salió al porche. No había rastro de la tertulia nocturna. Todo estaba limpio y recogido. Colocó los brazos en jarras y frunció el ceño.

—¿Dónde demonios se habrá metido? masculló.

De pronto, un arrebatador olor a lilas recién cortadas le envolvió, avivando sus sentidos. La fragancia se tornó primero muy intensa y poco a poco se fue desvaneciendo. El dulce aroma le mantenía tan prendado que, cuando comenzó a desaparecer, le obligó a afinar su olfato. No quería perder tan embrujadora sensación. El cálido efluvio volvió a intensificarse. Los pies de Darío lo siguieron sin esfuerzo. Con los ojos cerrados, sin apenas darse cuenta, bordeó la casa y acabó en el cobertizo. Al empujar la puerta, el olor se esfumó. Darío abrió los ojos desconcertado. Por un instante se sintió ligeramente mareado, pero en seguida recuperó el equilibrio. Le costó unos segundos acostumbrar sus ojos a la penumbra de la descuidada caseta. No supo qué hacía allí hasta que sus ojos se posaron en un rincón que le resultaba familiar. El lugar, donde antes se encontraba la mochila, estaba ahora vacío. De repente, comprendió lo que estaba sucediendo. El contenido de la bolsa, los papeles en la casa de Pico, todo encajaba. Sólo quedaba una imprevista pieza rebelde. Su mano se deslizó en el interior del bolsillo del pantalón. Sacó la servilleta. Abrió la mano. Ése era el único cabo que le faltaba por atar. La miró y la volvió a introducir en el bolsillo sonriendo. Sólo había una manera de averiguarlo. Echó a correr camino abajo hacia casa de la joven Clía.

Tanto ir de aquí para allá, Darío conocía todos los atajaos y entresijos de los alrededores del pueblo. En apenas diez minutos estaba frente a la puerta de la joven. Inclino el tronco hacia delante y apoyó las manos sobre las rodillas dándose unos segundos para recuperar el aliento. Con la carrera, el corazón se le salía del pecho. Ya no estaba para tanto trote. Se incorporó y respiró hondo. Las pulsaciones dejaron de ser tan intensas y el ritmo cardíaco comenzó a normalizarse. Se secó el sudor de la frente, con el dorso de la mano, antes de llamar a la puerta. Golpeó suavemente con los nudillos la noble madera un par de veces. A lo lejos reconoció la voz de la joven:

—Adelante. Está abierto —la voz femenina le respondió desde el interior.

Darío entró con timidez en la casa. Después de la brusca despedida no quería ningún recibimiento sorpresa. Siguió hasta la cocina de donde provenían los únicos ruidos de la casa. Reconoció al instante la figura de Clía. Estaba de espalda secando unos vasos con un trapo. Al oír los pasos acercase se dio la vuelta. No le sorprendió la presencia del inspector.

—¡Vaya! Otra vez tú —se volvió a dar la vuelta para continuar con lo que estaba haciendo—. Sabía que volverías. Es de muy mala educación desaparecer sin despedirse. Deberías revisar esos modales —añadió mientras sacaba brillo al último vaso.

Darío se dio cuenta de que la joven seguía enfadada. Y aunque, si no recordaba mal, había sido ella la que le había dejado plantado, optó por ser el primero en disculparse. No era su intención discutir.



—Lo siento. No creí que te importara tanto que me marchara. Pero tienes razón, después de tu hospitalidad no debí marcharme sin decir nada.

—Ni tampoco debiste haber hecho acusaciones falsas —le replicó inmediatamente la joven.

Al inspector se le escapó una minúscula sonrisa entre los labios. Había que ver lo testaruda que era la muchacha. Le recordaba a su padre. Pero sin rencores le contestó de nuevo de manera condescendiente.

—De acuerdo... —moderó el tono—. Ni hacer acusaciones falsas... —dejó la frase en el aire esperando la reacción de la joven.

Clía sonrió. Se daba por satisfecha. Dio media vuelta y se recostó sobre el mostrador del fregadero, todavía con el trapo en la mano. Cruzó los brazos por debajo del pecho.

—Está bien. Y, ahora que todo está aclarado. ¿Qué te trae, de verdad, por aquí? —no pretendería hacerla creer que sólo había vuelto para disculparse.

El inspector no sabía por dónde empezar. Así que decidió dejarse de explicaciones hasta que comprobara del todo sus sospechas.

—¿Te importa que salgamos un momento al jardín? Tengo que enseñarte algo. Clía no se movió ni un milímetro.

—Si lo que buscas es la piedra. Ha vuelto a desaparecer —le cortó con desparpajo, mientras doblaba con esmero el trapo y lo dejaba en la encimera.

—Imposible —negó el inspector. No podía ser. ¿De nuevo? No daba crédito.

A la joven le divirtió la cara del policía.

—Eso me pareció a mí también. Justo lo mismo que dije yo. Imposible. Pero minutos después de que te marcharas volví para cogerla y ya no estaba.

Darío no sabía qué pensar.

—Pero... —dubitativo, negó con la cabeza.

—Pero nada. Ve y compruébalo tú mismo —le picó la muchacha.

El inspector no quería parecer que dudaba de la palabra de la joven, pero tenía que asegurarse de que no se trataba de una broma. Salió al jardín seguido de Clía. Se paró en el sitio donde había visto por primera vez la roca. Efectivamente. La muchacha tenía razón. La piedra no estaba. Lo ocurrido se escapaba a toda lógica. Él mismo, hacía ni tan siquiera un par de horas, la había examinado con sus propios ojos, en aquel exacto lugar en el que se encontraban. In situ comenzó a cavilar. Según la joven, sólo Pico, ella y él conocían la existencia de la piedra. Del mismo modo, solamente ellos tres sabían el paradero inicial de la misma. Y tras la muerte de Pico, únicamente ellos dos eran testigos de que la roca había vuelto a su sitio. Las ideas le hervían en la cabeza. Sin disimular su condición de policía, miró inquisitivamente a la joven a los ojos y le interrogó.

—¿Dónde has estado desde que me marché?

A Clía le sorprendió la pregunta. Ya estaba otra vez con sus insinuaciones.

—En casa, dónde si no —la respuesta de la joven fue seca y directa. Pero Darío no las tenía todas consigo.

—¿Todo el tiempo? —insistió en la pregunta. Quería asegurarse.

—Sí, todo el tiempo —replicó la joven al instante. Su respuesta era contundente y precisa.

—¿Sin salir ni un momento? —el policía continuó con el interrogatorio.

—Sólo he salido para coger la piedra. Ya te lo he dicho —Clía empezó a ponerse nerviosa con tanta pregunta.

—Y ¿a qué hora fue eso? —Darío prosiguió, intentaba atar cabos.

—¡Yo qué sé! Al poco tiempo de que te fueras —la joven ya no podía más, estalló—. ¿A qué viene otra vez tanto interrogatorio? ¡¿No estarás volviendo a sugerir que tengo algo que, esta vez

también tengo algo que ver con la desaparición de la maldita piedra?! —estaba a punto de perder totalmente los nervios. El inspector le sacaba de sus casillas con tanto sondeo.

Darío se dio cuenta. Le calmó.

—No, no. No pienses mal. Es que no me encajan las piezas. No comprendo qué es lo que se me escapa.

—Pues, si no me equivoco, el experto eres tú —contestó Clía más calmada, pero con un tono irónico.

—Sí, sí, claro. Por eso sólo puedo llegar a una conclusión.

La respuesta del policía atrajo la atención de Clía. Se dejó de sarcasmos y atendió con sumo interés.

—Estoy seguro de que existe alguien que no quiere que esa piedra caiga en manos extrañas.

La joven no perdía detalle.

—Y, aún hay más. Tengo la certeza de que esa misma persona fue la que asesinó a tu amigo.

A Clía todas esas conclusiones le parecieron un tanto precipitadas. Pero, él era inspector de policía, así que podría estar en lo cierto. Tendría sus motivos para pensar de aquel modo. Quizás, hasta había resuelto ya el caso. Le pudo curiosidad. Le preguntó.

—Y... ¿ya sabes quién es?

A Darío le costó unos segundos responder a la pregunta. Hasta que no encajase todas las piezas no podía acusar a nadie en concreto.

—Eso es lo único que me queda por averiguar.

La joven se sintió decepcionada.

El inspector continuó.

—Pero creo que tengo una buena pista para seguir.

Sacó la servilleta del bolsillo. Clía observó con curiosidad el papel arrebujado.

—¿Qué es eso? —le preguntó.

—Esto es la prueba que nos llevara hasta el asesino de Pico.

El inspector extendió el arrugado papel sobre la hierba. El carboncillo corrido por el sudor había emborronado la hoja, pero los rasgos generales de la escritura permanecían intactos. Ahora, a la luz de la tarde, emitían un destello intenso. Darío con los ojos clavados sobre aquellas líneas se quedó mudo. Dejó de respirar y los latidos de su pecho cesaron por unos instantes.

Clía le observó asustada. Vio palidecer a Darío. Apoyó su mano sobre la del policía. Permanecía inerte. No tenía pulso, ni desprendía calor. Con un hilo de voz se apresuró a decir.

—Darío ¿te encuentras bien?

Era la primera vez que el policía escuchaba su nombre en boca de la joven. Las letras resonaron con eco en el interior de su mente.

Clía volvió a insistir al ver que no reaccionaba.

—Darío ¡No me asustes! ¡Contéstame! —le apretó la mano mientras veía como entraba en una especie de trance.

Darío permaneció en la misma posición, sin mediar palabra. Como en un sueño, las letras de su nombre volvieron a resonar en su cabeza. Esta vez vio cómo cada carácter se desplegaba. Flotaba dando vueltas en círculo y terminaba ordenado en fila, uno tras otro formando una palabra inteligible. Notó cómo sus pensamientos marchaban tras las letras que ordenadamente iban recorriendo su mente. Sus ojos se pusieron en blanco y se olvidó de todo lo que le rodeaba. Dentro de su mente se fueron filtrando lentamente infinidad de recuerdos. Allí estaba su madre, más bella que nunca. También reconoció a su padre, con una impecable bata blanca. El murmullo de las olas de fondo se coló entre imágenes que ahora se tornaba borrosas. La espuma blanca de la

orilla le invitó a perderse en unas aguas de un verde intenso que hasta entonces desconocía. Entre sus cristalinas aguas, un barco y entre las imponentes velas desplegadas, una silueta. Reconoció, por los relatos de su padre, a su abuelo. Con un pañuelo viejo y desgastado le hacía señas para que se acercara al velero, pero a Darío, le fallaban las piernas. Intentaba caminar con todas sus fuerzas, pero lo único que conseguía era hundirse. La maleza lo tenía atrapado. Cada vez que luchaba por zafarse de aquellas malas hierbas, se sentía más ahogado.

La respiración volvió a su cuerpo ipso facto y el pulso se disparó como un resorte. El calor templó de nuevo sus manos. La servilleta esperaba pacientemente desplegada sobre la hierba.

Clía seguía atónita tras el trance por el que había visto pasar al policía. En cuestión de unos minutos le había visto palidecer, tornar los ojos en blanco y quedarse frío como el hielo. Si ella no hubiera creído en esas cosas, habría jurado que acababa de presenciar una experiencia mística con posesión de espíritu incluida. Menos mal que sólo había durado unos minutos, que sino no sabría que hubiera tenido que hacer. Ahora parecía que todo había vuelto a la normalidad. Sin embargo, todavía quedaba por ver si el inspector seguía en sus cabales tras aquella vivencia sobrenatural.

—Darío ¿Qué te ha pasado? ¿Te encuentras bien? —volvió a preguntar para comprobar que también había recuperado el habla. Pero ocurrió justo lo que imaginó. Silencio por respuesta, el policía seguía mudo. Le apretó bien fuerte la mano y se puso bien seria.

—¡Oiga, señor inspector! ¡Contésteme! Que ya está muy mayor para andarse con juegucitos.

Darío volvió a la realidad. Afinó sus pupilas sobre las letras de la servilleta. El significado de aquellos jeroglíficos ya no era para él ningún misterio. De un modo inexplicable comprendía cada una de las palabras que encerraba el contenido de esas líneas. Levantó los ojos del papel y se quedó mirando a Clía. Estaba tan atónito por lo que le acababa de ocurrir que le costaba articular palabra. Ni siquiera podía pensar en su propio idioma. Hizo un esfuerzo ante la expectante Clía, pero apenas logró que unos torpes e inteligibles balbuceos saliesen de su boca. Volvió a intentarlo, poniendo un poco más de esmero.

—Nunh seis kuh map phasha —los extraños vocablos se agolpaban en su boca.

—¡Pero!... ¡Qué dices! —Clía no había oído nada así en su vida. No entendió ni una sola palabra.

Darío sorprendido por lo que acababa de salir por su boca volvió a intentarlo.

—Qeu nunh seis kuh map phasha —las insólitas palabras volvieron a resonar como por arte de magia en el interior de su garganta.

Clía no lograba salir de su estupor. Darío se había vuelto loco de repente. Lo mejor que podía hacer era desaparecer inmediatamente antes de que se le pasara por la cabeza alguna tontería. Se estaba incorporando cuando la mano de Darío, fuerte y consistente, le agarró con fuerza el brazo. Sin desearlo le vino a la memoria el desagradable encuentro con el hombre que se encontró en la playa días atrás. Con un brusco tirón intentó zafarse. Pero el apretón del policía se hizo más tenaz obligando a Clía a mirarle a los ojos. Lo que observó la joven, al clavar sus pupilas en las de Darío, le tranquilizó. No eran los ojos de un loco los que le miraban. Darío desprendía un halo de misterio que le invitaba a quedarse. Clía accedió. Con un ademán de cabeza le indicó al policía que no huiría. Los dedos del inspector aflojaron el brazo de la joven. Se dejaron caer hasta su mano y la estrecharon. Clía no ofreció resistencia y se dejó guiar por el policía. De su mano caminaron hasta el fondo del jardín. La hierba segada se convertía en maleza salvaje. Detrás de tanto forraje sólo quedaban las rocas, pero Clía siguió caminando junto al policía sin mediar palabra. Darío tampoco había vuelto a hablar desde que de su boca salieron aquellas palabras. Sin embargo, toda la incertidumbre ante su verborrea contrastaba con la seguridad de sus pasos.

No sin esfuerzo, se fueron abriendo camino entre las zarzas y las malas hierbas, hasta que tocaron con la pared rocosa. Darío soltó la mano de la joven. Clía se quedó parada a su lado, expectante. Se le pasó por la cabeza la poco atractiva idea de tener que escalar aquel muro escarpado. Sin embargo, cuál fue su sorpresa al observar que Darío lejos de trepar por la pared, se arrodilló ante ella. Con ambas manos separó los hierbajos que habían crecido al pie de las rocas para dejar al descubierto un agujero. Darío invitó a agacharse a la muchacha. Los dos observaron el hueco. No era muy grande, pero sí lo suficiente para que pudiera atravesarlo una persona reptando. El primero en probarlo fue Darío, que desapareció tan rápido que Clía temió que hubiera caído en un pozo sin fondo. Pero para su alivio al cabo de unos segundos la mano del policía se asomó para brindarle su apoyo. Clía dudó unos segundos ante la mano desnuda. Sabía que era una inconsciencia introducirse en aquel agujero, pero sintió una voz en su interior que le impulsó a hacerlo. Se tumbó en el suelo e introdujo la cabeza. En menos de dos segundos desapareció, como si se la hubiera tragado la tierra.

Lupe no se volvió. Atrás quedaba su casa de piedra, el jardín que sólo olía a lilas frescas y el porche desde el cual se veía el mar. Ese manto azul intenso que siempre le había mantenido unido a su amada, en vida y en muerte. El mismo que le traía todos los días el aroma de la sal pegado en su dorada piel de melocotón. Las mismas aguas que durante años le habían mantenido prisionero. Las mismas que le empujaron hasta aquella orilla de un país lejano. Las mismas que más tarde les arrullaban con el sonido de sus olas durante los atardeceres. A ese mar que, según el día, caprichoso y libre, se tornaba multicolor, era al único al que debía su vida y su muerte. No necesitaba estar enfermo, ni quejarse de ningún dolor para sentir desde muy dentro que su hora había llegado. Su mente estaba en consonancia con su alma. Su corazón latía tranquilo. Se dilataba y contraía con un palpitar rítmico que, sin quererlo, le iba marcando los pasos. Sus pies levitaban sobre la gravilla del camino que descendía por el acantilado a la playa. Ni tan siquiera sentía los arañosos de las zarzas en sus tobillos. Nada le inmutaba. Él continuaba avanzando hacia aquellas aguas mansas que le esperaban pacientes. Al fin, las plantas de sus pies tocaron la arena. Estaba templada. Todavía retenían la calidez del soleado día. Pero a Lupe eso le traía sin cuidado. Su última cita era con la mar, esa amante paciente. En el fondo era quien le había cobijado en los días de tormenta. Era quien le había llevado hasta lugares indescriptiblemente hermosos. Y era el que le brindó la oportunidad de conocer al amor de su vida. Siempre le había protegido y cuidado. Y ahora más que nunca, deseaba mecerle entre sus aguas. Desde hacía mucho tiempo había sentido su llamada. Su mar no dejaba de llamarle día y noche. Pero, Lupe había hecho siempre oídos sordos a sus susurros. Durante años, el marinero no había perdido la esperanza de que su verdadero amor apareciera y de este modo traicionaba a su mar. Una y otra vez traicionaba su confianza, hasta el día de hoy. Ya no le quedaba más remedio que escucharle y seguir su llamada. Debía reconocer que la mar siempre había tenido razón. Ahora regresaría hacia ella como lo tendría que haber hecho hace mucho tiempo. Volvería a formar parte de sus entrañas. Se fundiría con ella para ser uno solo, como cuando era un lobo de mar. Ya lo tenía asumido, se entregaría en sus brazos. Aunque antes le rogaría una sola cosa. Le pediría que le reuniera con su verdadero amor. Su ser albergaba el deseo de que dentro de nada serían de nuevo tres, porque, a pesar de todo, su mar no era celoso y sabía que le compartiría. Se fundirían en un triángulo de amantes sellado para siempre.

Con estos pensamientos llegó hasta la orilla. Todavía mantenía la mochila fuertemente aferrada contra su pecho. El sol bajaba lentamente para esconderse en el mar. Esa tarde especialmente, lucía con rabia su tonalidad más intensa. Lupe metió los pies en el agua. Las olas se acercaron lentamente. La espuma esponjosa abrazó sus pies. La mar lo reconocía. Lo embaucaría como cantos de sirenas. Ya no le dejaría escapar. Con la ayuda del agua de la orilla, aquella mar, sigilosamente, retiraba la arena que los rodeaba cavando dos pequeños agujeros. Lupe se hundía inapreciablemente en los hoyos que cada vez se iban haciendo más profundos. Permanecía inmóvil, no se movía. Observaba cómo la bola de fuego se descolgaba del cielo, a lo lejos, en el horizonte. Esperaría a que el sol desapareciera, y que la luna fuera su único testigo, antes de dejarse arrastrar hasta el final.

Mientras los destellos dorados del sol abandonaban la playa, en la cueva la oscuridad era prácticamente absoluta. Darío y Clía se adentraban a tientas en su profundidad. Y aunque, la luz era muy tenue, las paredes estrechas les obligaban a seguir un único camino. Tras unos minutos gateando, llegaron a una cámara más amplia que les permitió ponerse de pie. Mientras Clía se sacudía la tierra de la ropa. Darío sacó de su bolsillo un manojo de llaves. Con destreza, encendió una pequeña linterna que llevaba como llavero. Volvió a sacar la servilleta del bolsillo. Con la ayuda de la linterna iluminó el papel arrugado. Ahora comprendía claramente el significado de aquellos símbolos. Se trataba de un mapa. Sin dejar de apuntar con el haz de luz a la hoja comenzó a caminar con decisión por el interior de la cueva. Clía le seguía con dificultad, temerosa de pisar alguna roca escurridiza. Darío, sin embargo, no prestaba atención sobre dónde iban a parar cada una de sus pisadas. Seguía hipnotizado la ruta que el papel le marcaba. De pronto, se paró en seco. Clía se chocó con su espalda. El inspector guardó el papel y el llavero en el bolsillo. Clía agarró su brazo. Darío permaneció impassible. Pasaron unos largos segundos escuchando el silencio de la cueva. Parecía que Darío estuviera esperando algo. Clía estaba alerta, pero no sucedía nada. A punto de perder la paciencia, la joven abrió la boca para decir algo. Pero sus palabras se quedaron congeladas en aire cuando una fuerte luz irrumpió en la cámara donde se encontraban. De pronto el fogonazo desapareció. Clía, asustada, buscó en vano la mirada de Darío. Sin embargo, antes de darse cuenta la luz volvió a parecer, esta vez con un intenso color plateado. En ese momento, ambos se dieron cuenta de que la luz provenía de un punto fijo. El inspector se movió ligeramente hacia el foco, que ahora se manifestaba de manera intermitente. La pareja avanzó hacia la luz. A medida que se acercaba, los destellos se hacían más largos. Cuando ya se encontraban muy cerca, la luz cambió bruscamente de tonalidad y se hizo permanente. Clía miraba estupefacta lo que estaba ocurriendo. Darío, sin embargo, no parecía afectado por la aparición. Se acercó más hacia el foco de la luz. Surgía del suelo.

—Fíjate —el inspector se agachó.

Los dos se miraron sorprendidos al ver que el policía había recuperado el habla. Darío sonrió aliviado. Se dirigió a Clía.

—Ven, agáchate —añadió en un susurro.

Clía obedeció sin rechistar. Lo que vio le sorprendió aún más. En el suelo húmedo, posada en aquel recóndito rincón de la cueva, descansaba la roca. La misteriosa piedra, que tanto habían estado buscando, era la fuente de aquella luz esmeralda. Su resplandor les envolvió cálidamente.

Se dieron cuenta de un detalle más. Bajo la piedra sobresalía algo. Clía removió la piedra con delicadeza. Darío observó atónito lo que se encontraba debajo. No podía creer lo que veían sus ojos. Aplastada por la piedra estaba la cuerda que, días atrás, se le había enredado en la pierna. Sin que él lo supiera, el destino ya le había querido enseñar ese lugar antes. La única diferencia es que ahora podía ver lo que había en el interior de la cueva. Debía seguir su intuición. Miró alrededor buscando esa pieza del puzle que le faltaba. Clía, que no dejaba de observarle, se atrevió a preguntar.

—¿Buscas algo?

—Sí —contestó inmediatamente Darío sin retirar la vista del suelo, siguió concentrado guiado por su instinto—. Busco... —no llegó a terminar la frase—. ¡Aquí está! ¡Lo sabía! —se agachó a

recoger algo.

El inspector comenzó a dar saltos de júbilo. Saltaba y sacudía de la mano con el puño cerrado.

Clía se contagió de su alegría y comenzó a reír. Le gustó ver a Darío tan contento. El inspector se acercó a ella y abrió la palma de la mano.

—Mira.

Pero Clía no supo interpretar. No le llamó la atención aquella piedra de color esmeralda.

—¿Lo ves? ¿Lo entiendes ahora? —la mirada de Clía reflejaba total incomprensión y extrañeza.

En contraste, Darío, excitado por el descubrimiento, no paraba de exclamar.

—¡Cristales!! ¡Cristales! ¡Esmeraldas! ¡Vidrios verdes! —el inspector hizo una pequeña pausa para recuperar el aliento—. ¡Aquí es donde estaba enterrada la botella de vidrio que encontraron junto con los restos de aquel naufragio!

Clía estaba atónita, seguía sin comprender ni una sola palabra.

—¿Botella? ¿Naufragio? —debía tratarse de una nueva historia. Ahora sí que estaba perdida.

Darío cayó en la cuenta de que la joven no estaba al tanto de la existencia de la botella, las cartas o la esmeralda. Ni tan siquiera sabía nada sobre lo que le había llevado a ese pueblo. La agarró de nuevo de la mano.

—Está bien, te lo explico por el camino —sugirió más calmado.

—Pero ¿a dónde vamos? —Clía estaba cada vez más despistada.

—A recuperar mi mochila —contestó con rotundidad el inspector mientras emprendía el camino de salida de la cueva.

De camino a la casa de Lupe, Darío le explicó a Clía cómo había llegado a sus manos la botella de la que tanto hablaba. Tuvo que remontarse cinco años atrás cuando comenzó esta fascinante historia. Recordaba con gran nitidez el día en el que esto sucedió.

\*\*\*

Se trataba de un sábado más en el que se quedaba haciendo guardia en la comisaría. Era de los pocos policías del distrito centro al que no le importaba pasar el fin de semana en el despacho. Siempre quedaba trabajo atrasado y decenas de documentos por archivar. Bajó, como tantas veces desde hacía años, al sótano donde se seguían guardando los documentos de todos los casos que se investigaban en la comisaría. En sus manos llevaba una caja con las evidencias que habían servido para encarcelar al ratero que llevaba meses robando en el barrio. Recorrió los largos pasillos repletos de estanterías con cajas apiladas y colocó la caja en una de ellas. Estaba volviendo sobre sus pasos, cuando un ruido sordo a sus espaldas le sobresaltó. Se volvió. En el suelo, caída de lado y con la tapa quitada había una caja. Se agachó para recogerla. Pensó que, algún día de estos alguien tendría que hacer limpieza si querían seguir metiendo más material en aquel sótano. Pero sus pensamientos se disiparon cuando al levantar la caja leyó “CASO SIN RESOLVER” en uno de los laterales. La curiosidad pudo con él y se subió la caja a su despacho. Le sorprendió aún más su contenido. Tan sólo contenía un recorte viejo de periódico que hablaba de un naufragio y una botella de vidrio, con una piedra verde esmeralda.

\*\*\*

—¿La misma botella de la que me estabas hablando antes? —Clía, que le escuchaba con toda su atención, le interrumpió.

—Efectivamente —asintió el policía con regocijo al ver que la muchacha le seguía.



—Pero... ¿qué es lo que te hizo llegar hasta aquí? —Clía quería saberlo todo.

—La verdad es que fue más bien instinto. En la caja no había pistas que seguir y en la comisaría nadie recordaba el suceso. La única información que vinculaba la botella y la esmeralda con este lugar era la noticia de un periódico local de la zona. Una publicación que, al parecer, desapareció hace años: “La Brújula”. Todo lo demás era un misterio. Por eso, durante estos años, en mi tiempo libre he intentado recopilar más información, pero todo ha sido en vano.

—Entonces... ¿es cuando decidiste venir hasta aquí para ver si averiguabas algo? —aventuró Clía.

—Chica lista —Darío chasqueó la lengua ante la perspicacia de la joven.

—Con la botella y la piedra —continuó la muchacha que seguía atando cabos.

—¡Eso es! —exclamó Darío.

—Y... ¿has descubierto algo? —la curiosidad podía con la joven.

—Eso es precisamente lo que te quiero enseñar —le contestó el inspector con un guiño de ojo —ya casi hemos llegado.

En el jardín reinaba una gran paz. Las flores y plantas estaban más bonitas que nunca. A Clía le maravilló la variedad de colores y fragancias que adornaba aquel rincón. Pero por encima de todo le sorprendió una esencia intensa a lilas verdes que le confortaba. Darío no prestó atención a la maravilla que tenía delante. Se dirigió directamente al interior de la casa. Clía se quedó ensimismada en el jardín.

A los pocos minutos volvió desconcertado.

—No está —negaba contrariado con la cabeza—. No entiendo dónde se puede haber metido a estas horas.

Clía seguía anonadada con el aroma que desprendían las flores, sin prestar interés a las palabras del policía.

Darío se acercó a ella.

—¿Me estás escuchando? —necesitaba que le prestara atención, aquello era importante.

La cercana presencia le hizo reaccionar.

—Perdona ¿Qué? —se disculpó la joven.

—Que no está. El marinero no está por ningún lado —miraba a su alrededor, como si por seguir mirando fuera a aparecer.

—Estará en otro lugar —para Clía no tenía más importancia—. Quizás en el pueblo tomando algo —argumentó Clía. Pero Darío sabía que esa situación no era factible.

—No, no le gusta relacionarse. Además, la mochila tampoco está en su escondite.

—¿La bolsa?... inquirió Clía también empezando a preocuparse.

—Sí, la mochila de la que te he estado hablando —afirmó contrariado el policía.

—Pero... ¿no fuiste tú el que la había encontrado? —protestó Clía. No le gustaba el tono del policía. Además, se estaba contradiciendo.

—Sí —afirmó Darío—. Pero por motivos que desconozco, llegó a caer en manos de Lupe y la tenía escondida en el cobertizo —paró la explicación ahí. No quería entrar en detalles de cómo lo había descubierto.

—Y... ¿Por qué iba a querer él guardar algo así? —a Clía le convenció la explicación, pero volvía a estar desconcertada.

—Esa es la razón por la que estamos aquí —Darío asentía con la cabeza—. Para que nos lo explique.

—¿Qué vamos a hacer? Aquí no hay rastro ni de la bolsa, ni de la botella, ni de la esmeralda, ni del él —Clía encogió los hombros. Momentáneamente, perdió interés por la conversación.

—Lo sé, pero presiento que no están muy lejos —necesitaba pensar por un momento. Se alejó unos metros de Clía hacia el acantilado.

Observó desde los riscos el espectáculo. El sol, con una luz naranja intensa, se dejaba caer por el horizonte. Su luz era tan violenta que teñía la superficie azul del mar de un cobre esmaltado. Darío siguió con sus ojos la estela de color. De pronto, sus órbitas dejaron de moverse. Un bulto a la deriva destellaba aún con más fuerza. Darío reconoció al instante el tejido de nylon. A unos metros de la orilla, adentrándose hacia el horizonte, flotaba la mochila.

Volvió su cabeza con rapidez hacia Clía. Gritó.

—Allí está. La encontré. Ahí abajo está la bolsa —y antes de que Clía tuviera tiempo de contestar, Darío se lanzó cuesta abajo por el escarpado acantilado.

Clía se quedó unos segundos pensando. Se acercó por curiosidad al final del jardín y se asomó al acantilado. Sólo el simple amago le produjo vértigo. Definitivamente se quedaría en el porche de aquella casa esperando. Tarde o temprano volvería. Además, el inspector ya había encontrado la bolsa. Seguramente regresaría con ella y le terminaría de contar la historia. Se tomaría la libertad de sentarse en el porche a ver cómo terminaba el día. No se dio cuenta de lo cansada que estaba hasta que se sentó en el banco de piedra. Cerró suavemente los ojos y se quedó dormida mientras los últimos rayos del día le acariciaban la cara, ajena a lo que ocurría en la playa.

Darío pisó jadeante la arena. Descalzándose por el camino, corrió hacia la orilla. La bolsa cada vez estaba más lejos. Metió su cuerpo a toda prisa en el agua. Se estremeció ligeramente cuando la sal penetró en sus heridas recientes. Pero no se paró. Siguió avanzando a pie, abriéndose paso entre las suaves olas hasta que el mar le ofreció total resistencia. Continuó nadando. La bolsa estaba cada vez más cerca. Casi podía tocarla con los dedos. Estaba a punto de cogerla cuando se quedó paralizado. A apenas metros, de donde se encontraba nadando, flotaba un cuerpo a la deriva. Aunque por su profesión estaba acostumbrado a tratar con cadáveres, se sobresaltó. No esperaba encontrarse algo así en medio del mar, tan cerca. La calma que le rodeaba hacía la situación aún más tensa. Mientras contemplaba el cuerpo, la mochila se alejaba. En su mente surgió un dilema. Miró cómo la bolsa flotaba a la deriva y observó el cuerpo inerte que parecía cada vez más cerca de él. Pensó que si estaba muerto seguiría estando muerto cinco minutos más tarde, así que decidió ir tras la bolsa. Pero justo en el momento en el que iba a dar una certera brazada, el cuerpo se giró inesperadamente sobre la superficie del agua dejando al descubierto la cara del marinero. Lupe flotaba a su lado, con los ojos medio cerrados y la cara amoratada. Darío, sin pensarlo dos veces, se lanzó sobre el marinero. Le rodeó la garganta con el brazo derecho, apoyó la espalda de su amigo sobre su pecho y nadó todo lo rápido que pudo para sacarlo cuanto antes del agua. Una vez en la orilla le arrastró hasta la arena mojada. Todos los indicios apuntaban a que estaba muerto. Pero, tenía que hacer algo. No quiso dejar de intentarlo. Acomodó a Lupe boca arriba con los brazos a lo largo del cuerpo. Se arrodilló junto a él. Despacio se inclinó hacia su cara. Presionó las aletas de la nariz con los dedos índice y pulgar de la mano derecha. Colocó los labios sobre su boca y sopló. A continuación, con ambas manos presionó varias veces su pecho para provocar la salida de agua y aire. Repitió la operación varias veces sin éxito. Desmoralizado, se sentó, en la arena húmeda y fría, de espaldas al cadáver. Vio cómo la bolsa se alejaba cada vez más. Sin embargo, ya no le quedaban ni fuerzas, ni ganas de nadar. De pronto unas toses ahogadas resonaron a sus espaldas.

Lupe había reaccionado. Se incorporó expectorando.

—¿Qué? ¿Tenías que ser tú el que me salvara la vida?

Darío le abrazó con vehemencia. Se quedó clavado en ese abrazo como cuando abrazó a su padre en el puerto.

—¡Menudo susto me has dado, cabrón! —exclamó. Le agarró de los hombros y le sonrió con franqueza.

A Lupe le emocionó aquella mirada.

—Tendría bemoles que un viejo lobo de mar como yo muriera ahogado —ambos rieron con la broma.

—Anda... vayamos a casa —propuso Darío, a la vez que le ayudaba a ponerse en pie.

—No. Antes espera —Lupe hizo una pausa y miró hacia el mar—. Nos falta algo —añadió.

No hicieron falta más indicaciones para que Darío comprendiera. El inspector se adentró en el agua plateada iluminada por la luz de la luna y nadó en dirección a la mochila. Con una de las asas rodeando el brazo retomó su rumbo hacia la playa. Esta vez, notó cómo una fuerza desde dentro del mar le impulsaba. Se dejó arrastrar hasta la orilla. Cuando tomó tierra, se sintió renovado. El cansancio del largo día le había abandonado. Lupe lo estaba esperando, con el semblante

paciente.

—Lo sé —dijo sin más cuando Darío le entregó la bolsa—. Yo también lo he notado. Es la misma fuerza que me mantuvo a flote.

Sin mediar más palabras se dirigieron hacia el acantilado. Por el camino, tres pares de huellas quedaron marcadas en la arena.

Cuando llegaron a la casa de Lupe, Clía estaba acurrucada en el banco de piedra del porche profundamente dormida. El marinero apenas se percató de su presencia y Darío no quiso despertarla. Entraron en la casa y se metieron en la cocina. Lupe apoyó la bolsa sobre la mesa. Abrió la cremallera aun húmeda del agua salada.

—Mira —dijo dirigiéndose al policía—. Quiero mostrarte algo.

Sacó primero el vestido. A continuación, la botella esmeralda. Luego, las cartas y la pequeña piedra y, por último, las fotos. Mantuvo el fajo de cartulinas en la mano. Acercó una silla a la mesa y se sentó. Invitó con un gesto a Darío a hacer lo mismo. El inspector se sentó muy cerca.

Las manos curtidas del marinero desanudaron con toda la delicadeza que pudieron la cuerda de tramilla que mantenía unidas las fotografías. Le volvió a mostrar una de las instantáneas al policía.

—Mi esposa. La mujer más linda y dulce que nunca conocí —Lupe hizo una pausa. Se notaba que le seguía costando articular las palabras—. Como ya sabes, mi amargura nació el día en que ella desapareció. Sin rastro, de la noche a la mañana. Nunca más volví a saber de ella. Pero hoy el mar me ha confesado que se la llevó bien lejos y que la cuidó como a su propia hija.

Darío miró con ternura, una vez más, la foto que Lupe le mostraba. Tenía que ser ella. Encajaba a la perfección con la mujer que murió ahogada en el naufragio. Pero de momento no quiso decirle nada, prefirió dejar que su amigo se desahogara. Lupe tragó saliva y continuó.

—Todavía, sigue siendo el amor de mi vida. La mantengo siempre viva en mis pensamientos, día y noche, vaya donde vaya, esté donde esté. La siento tan cerca que incluso diría que ahora está aquí, sentada junto a nosotros, escuchando palabra por palabra lo que te estoy contando —calló.

Una suave brisa abatió la ventana de la cocina.

Lupe posó las fotos sobre la mesa y cogió las cartas. Desató con delicadeza el lazo que las mantenía unidas.

—Pero... lo que realmente quiero, es que leas esto.

Darío apoyó la mano en el fibroso antebrazo del marinero. Le miró a los ojos y con voz queda le dijo:

—Lo sé. Ya las he leído.

Lupe permaneció en silencio. Sorprendido y al mismo tiempo aliviado por la respuesta del policía, le dejó proseguir.

—No es una casualidad que me encuentre aquí contigo, en este momento.

Las sospechas que le habían rondado la cabeza al marinero desde que conoció al inspector le hicieron ponerse a la defensiva.

Darío le leyó el pensamiento e intentó tranquilizarle.

—No, Lupe. No es nada personal contra ti —contestó con rapidez, para evitar malentendidos, antes de que el marinero replicara—. Pero sí, accidentalmente, tiene que ver contigo.

Lupe esperaba paciente la explicación. Darío tomó aire, no le iba a resultar sencillo hablarle de la muerte de un ser tan querido. Intentó, por una vez en su vida, que sus palabras no fueran bruscas. Prefirió dar un rodeo.

—Hace unos años, esta botella llegó a mis manos. Al principio lo tomé como un entretenimiento. Tras leer las cartas, pasó de ser un pasatiempo a una pasión, casi obsesión. Aún con todos los medios a mi alcance y el largo tiempo que llevaba investigando, no conseguía unir

todas las piezas. Siempre me faltaba algo. Cuando encontraron su cuerpo —hizo una breve pausa para presionar el antebrazo que continuaba cogido—. El caso llevaba meses cerrado. Sin embargo, yo seguí investigando, pero siempre me quedaba algún cabo suelto. Todas las conclusiones me llevaban a un callejón sin salida. Ya estaba a punto de tirar la toalla, pero algo me decía que tenía que dar al caso una última oportunidad.

Lupe seguía paciente la historia de Darío. No quería interrumpir.

—Así que, vine al lugar donde comenzó todo, en busca de respuestas. Alquilé un velero y me embarqué en esta aventura con la botella en mi mochila como único equipaje. Quería saber de dónde venían esas cartas. Necesitaba comprender por qué alguien mete en una botella las cartas de amor que debería entregar a otra persona. Quería conocer la historia de tu amada. Ansiaba saberlo todo de ella. En cierto modo, se puede decir que yo también me enamoré de ella. Sentía que su desaparición y muerte merecían más que unas líneas en un artículo de prensa. Tenía la convicción de que sólo aquí, en esta isla, encontraría finalmente todas las respuestas.

Lupe asintió con la cabeza. Él también necesitaba encontrar de una vez por todas las respuestas.

—Y... ¿Lo has conseguido? —le miró a los ojos esperanzado.

El inspector le devolvió la mirada. Sonrió.

—Creo que sí —le contestó—. Déjame que te muestre algo.

Agarró la pequeña piedra y la metió en el bolsillo de su camisa. Con suavidad empujó la silla hacia atrás en la que estaba sentado y se levantó. Lupe, a la expectativa, imitó sus gestos y salieron de la casa sin mediar palabra. En el jardín, la intensa luz de la luna y una suave brisa les marcaba el camino. Juntos se perdieron en el sendero.

Cuando llegaron a la cueva la luna estaba en lo más alto del cielo. Su destello plateado iluminaba de forma chinesca el acceso a la gruta. Lupe entró primero. Había recorrido la guarida miles de veces y creía conocerla como la palma de su mano. Darío, más precavido, optó por encender la linterna antes de pisar el firme húmedo del agujero. Lupe iba en cabeza y Darío alumbraba el camino. Mientras avanzaba detrás de Lupe, observaba las paredes de la cueva. Bajo el haz de la linterna le parecieron auténticas obras de arte. El salitre que penetraba por la roca porosa teñía de forma caprichosa las concavidades perfilando sinuosos velos blancos.

—¿Qué buscamos exactamente? —el eco de la voz ronca de Lupe le sacó de sus pensamientos.

Darío le contestó sin dejar de caminar.

—Ahora lo verás.

—Conozco esta cueva como la palma de mi mano y aquí no hay nada más que humedades y rocas —el marinero no era muy fan de los acertijos.

—Ten un poco de paciencia —invitó a la paciencia—. Ya llegamos —el tono de misterio del inspector sosegó momentáneamente a Lupe que, aunque taciturno, continuó caminando.

Cuando al cabo de un par de minutos abrió la boca para protestar de nuevo, Darío le apoyó la mano en el hombro y le indicó un angosto camino en la cueva, señalándolo con el dedo.

—Por aquí.

—Por ahí se acaba el camino —Lupe paró. Se negaba a continuar.

Darío adelantó a Lupe y se volvió hacia él.

—Se acaba el camino y comienzan las respuestas —le miro a los ojos con la esperanza de que confiara en él—. Mira —iluminó el suelo con la linterna—. Aquí estuvo amarrada la botella hasta que la marea pudo con ella. Pero, eso no es todo. Déjame mostrarte.

Darío avanzó unos metros por el estrecho hueco. Lupe optó por seguirle hasta que, aminorando la marcha, se paró. La roca esmeralda seguía en el mismo lugar. El policía se arrodilló junto a ella.

—Ven. Agáchate —Darío señaló al suelo—. Fíjate en esto.

Lupe se inclinó incrédulo. Darío iluminó la piedra con la linterna. Esta vez la roca no desprendió ningún destello, pero el haz de luz del foco fue suficiente para que Lupe pudiera ver las inscripciones. Sus ojos se pusieron vidriosos.

—No puede ser —le tembló la voz—. Es... —balbuceaba. No se atrevía a decirlo. Darío terminó la frase por él.

—Parece portugués.

Lupe contemplaba perplejo los trazos.

Darío continuó.

—Creo que puede tratarse de algún tipo de dialecto —esperaba alguna reacción de Lupe. Pero el marinero no reaccionó. Así que añadió—. A mí también me sorprendió descubrirlo.

Lupe le miró. Intentaba asimilar la coincidencia. El inspector sonrió orgulloso de compartir su hallazgo.

—Es más, Lupe. Me atrevería a decir que está grabada con un buril en puño y letra —sentía la emoción en la mirada de su amigo. Su silencio corroboraba su hallazgo. Continuó—. Sin embargo, no logró entender del todo su significado —hizo una pausa. Señaló con el dedo índice la parte más

rugosa de la piedra. Esto en concreto.

Lupe se inclinó hacia el lugar señalado. Analizó la superficie con atención.

—Algo no cuadra —negó con la cabeza—. El texto está incompleto.

Darío sacó la pequeña piedra verde del bolsillo de su camisa. La encajó en una muesca de la roca. Ahora el puzle estaba completo.

Lupe masculló durante unos segundos algo para sus adentros. Tras repetirlo unas cuantas veces finalmente tradujo en voz alta:

—“Detrás de la roca, allá donde la mirada no llega, se encuentra la verdad de mi existencia y el porqué de mis silencios. Sólo el amor verdadero, sólo la sangre de mi sangre conocerá mi secreto. Cualquiera otro ser que ose descubrirme encontrará para siempre el final eterno” —Lupe hizo una pausa. A continuación, se dirigió a Darío—. Es un conjuro.

—¡Claro! —exclamó el policía golpeando el puño contra la palma de la mano —por eso murió Pico.

—¿Pico tiene algo que ver con todo esto? —Lupe no sabía que la curiosidad había sido la causante de la muerte del joven.

—Sí. Si hacemos caso al hechizo, cualquiera que tenga en su posesión la piedra corre el riesgo de morir —el inspector no podía creer que aquellas palabras acabaran de salir de su boca. Sin embargo, decidió obviar que sus argumentos se basaban en algo sobrenatural y continuó—. Y él tuvo la roca en su poder durante unas horas —interrumpió su reflexión por unos segundos—. Pero...lo que no entiendo es por qué no le pasó nada a la muchacha. Ella también tuvo la piedra en sus manos.

—¿A qué muchacha te refieres? —Lupe hacía un esfuerzo por seguir los razonamientos del policía.

Darío iba a continuar, pero de pronto la piedra recuperó de nuevo la vida y volvió a iluminarse. Esta vez de un intenso verde esmeralda.

Ambos se quedaron anonadados con la boca abierta. Al unísono exclamaron.

—¡Como el color del agua de Parati!

Se miraron asombrados ante la coincidencia. Fue Lupe el que se atrevió a preguntar.

—Parati ¿Cómo sabes tú de la existencia de ese lugar?

Darío le hizo la misma pregunta.

—Allí es donde conocí a mi amada.

—¡No puede ser cierto! ¿Ése es el lugar de dónde le rescataste? Lupe asintió con la cabeza.

—No puede ser el mismo pueblo. Allí es donde trabajó y murió mi abuelo. Fue precisamente a través del legado de sus cuadernos y anotaciones como he reconocido el dialecto de la piedra.

—Y yo a través de los susurros de Etna en las noches de verano. Pero no puede ser que se trate del mismo lugar. No era ningún paraíso cuando yo lo conocí —sintió decepcionar Lupe.

Darío dudó por un instante antes de hablar.

—Todo esto no puede ser sólo una casualidad —decidió seguir traicionando su empirismo doctrinal—. Movamos la piedra.

Las cuatro manos levantaron con delicadeza la roca y la apartaron a un lado. Los destellos se hicieron cada vez más tenues hasta volver a desaparecer. Tras el pedrusco, la pared de la cueva mostraba una diferente tonalidad. El gris claro estaba bordeado por unas grietas. Darío lo golpeó con la base de la linterna.

—Parece estar hueco —observó el marinero.

El inspector apoyó la linterna en el suelo para poder tener ambas manos libres. Introdujo las yemas de los dedos entre una de las finas ranuras. Un trozo de la pared se ahuecó. Se dio cuenta



de que se trataba de una sola pieza. La desencajó de la pared sin romperla. Posó el pedazo de piedra junto a la linterna. Un pequeño agujero quedó al descubierto. Darío miró a Lupe para que hiciera los honores. El marinero introdujo sus rudas manos en el interior y sacó una delicada caja de madera que, a pesar de la humedad, mantenía su forma intacta. Lupe reconoció el cofre labrado. Se emocionó. Acarició con suavidad el nácar pulido de la tapa. Lo apretó con fervor contra su pecho como había visto hacerlo antes a ella durante aquellos largos meses de travesía. Aspiró su olor con los ojos cerrados. Hasta lo más hondo de sus pulmones llegó de nuevo la misteriosa fragancia a lilas frescas.

Muy bajito, como si tuviera miedo de que ese momento mágico se desvaneciera, le preguntó al inspector:

—¿Lo hueles? Es el aroma de sus flores favoritas.

Darío sonrió asintiendo con la cabeza.

—Lirios verdes. Las de mi abuelo también —sin dejar de sonreír le hizo un ademán a Lupe con la cabeza—. Ábrela.

—Me da miedo —le respondió el viejo como un niño chico.

—Ábrela. No hay nada que temer, sólo la verdad. Lo que tanto tiempo has estado esperando.

Lupe volvió a tomar aire y levantó la tapa del cofre.

La luz tímida del amanecer despertó a Clía. Abrió los ojos desorientada. No recordaba haberse dormido. Se incorporó despacio y movió el cuello. Le dolía todo el cuerpo de la mala postura que, sin querer, había adoptado. Miró a su alrededor y comenzó a recordar lo ocurrido el día anterior. Guardaba tantas imágenes en su mente. No llegaba a discernir entre los sucesos ciertos y los evocados en sus sueños. Entró en la casa y buscó el baño. Abrió el grifo y lo dejó correr hasta que salió el agua bien fría. Se refrescó la cara para despejarse. No sabía muy bien en qué punto se encontraba, pero no tenía muchas ganas de averiguarlo. Sólo quería comprobar si lo que barruntaba su cabeza era cierto. Salió de nuevo al jardín. Cogió una manzana verde de uno de los árboles. La roció con su propio vaho. Restregó la superficie contra el algodón de su camiseta. Le dio un vigoroso mordisco y comenzó a caminar por el sendero que sí recordaba.

Cuando llegó a la cueva el sol iluminaba la entrada. Desde la distancia vislumbró dos siluetas que sentadas en la hierba se abrazaban. Clía reconoció a una de ellas como la del inspector. Y aunque la otra le parecía familiar no llegaba a adivinar de quién se trataba. Decidió no inmiscuirse y permaneció en la distancia. Esperó paciente a que el inspector levantara la cabeza y le viera. Cuando esto ocurrió, Clía agitó el brazo para saludarle. Darío le devolvió el saludo. Se incorporó. Cruzó unas palabras con la persona con la que se encontraba y fue al encuentro de la joven. Clía observó al inspector mientras se acercaba. El semblante serio y calculador habitual del policía había desaparecido. En su lugar una gran sonrisa iluminaba su cara. Cuando Darío tuvo de frente a la joven le propinó un gran abrazo y un sonoro beso en la mejilla. En un primer momento, la muchacha le separó recelosa, pero Darío, pasando por alto la reacción de la joven, volvió a sonreír y le abrazó de nuevo, esta vez con más entusiasmo. Clía, ante tanto gesto afectuoso, no pudo por menos que corresponder, aunque sin comprender a qué se debía la euforia del policía. El inspector se separó y un tanto solemne, pero con la sonrisa plasmada aún en la cara le dijo:

—Ten, esto es para ti —y dejándola con un papel amarillento en la mano se alejó de ella para volver con el desconocido.

Clía se sentó en la hierba. De espaldas a la cueva, miró al mar. Desdobló el papel con cuidado y comenzó a leer:

*“Queridos amores míos,*

*Yo nací, lejos, muy lejos. En un lugar donde las creencias y el respeto por las tradiciones son los vínculos que unen a nuestro espíritu con el de nuestros antepasados. Y cuando esas tradiciones no se respetan, los guardianes de nuestro alma nos hacen saber que hemos obrado mal y nos castigan.*

*Mi adorada madre vivió un amor prohibido con un hombre de otro mundo, un hombre de un lugar moderno y lejano. Las ancianas del lugar lo nombraron “alvisiter”, que en vuestra lengua significa “el que visita”. Contaban que, por las noches, el hombre haciendo uso de su brujería encandilaba a las jóvenes del lugar con sus brebajes secretos para enamorarlas y así, una de ellas cayó embaucada por sus pócimas, una joven de piel aceitunada y ojos grandes, mi madre, Santora. Pero mi madre siempre me contó que la que le enamoró fue ella. Fue ella la*

*que le esperaba de sus largos viajes. Ella la que le brindaba su vientre como lecho para que descansara en las calurosas noches. Ella la que le colmaba de atenciones y detalle. Ella la que le amaba sin pretensiones ni esperar nada a cambio. Fue ella la que disfrutó de un amor tan libre como maldecido. Fruto de aquel amor, marcado por antiguas creencias, nací yo. De mi padre mantengo el recuerdo de las historias que contaba mi madre y de las leyendas que las ancianas del pueblo se contaban entre ellas cuando los hombres no estaban cerca. Las noches de luna llena, se sentaban alrededor de una hoguera rodeada de piedras verdes. Al embrujo de una luz esmeralda, hablaban de un hombre cariñoso y de gran corazón, pero obstinado y taciturno, como ningún otro.*

*Apareció una noche de tormenta en un bergantín de blancas velas, sin que nadie lo esperara. Había cruzado el gran mar, desde un lugar muy lejano, en busca de una fórmula mágica. Primero sólo como un brujo. Pero luego, se ganó el rango de mago alquimista por su conocimiento acerca de las propiedades curativas de las plantas y de sus milagrosos poderes medicinales.*

*Sin embargo, de poco le sirvió su sabiduría, cuando una mortal enfermedad llamó a su puerta. Murió, en los brazos de la mujer que más le amaba, cuando yo tan sólo era una niña. Después de su enterramiento, los temores de las ancianas se hicieron realidad y los dioses nos castigaron. Y aunque el empeño de mi padre fue brindar al pueblo sabiduría, salud y bendición, con su ausencia sólo se logró lo contrario. Familias enteras acabaron destruidas. Los que deseaban seguir con su labor se enfrentaron a los anhelaban destruir su obra. Finalmente, la rivalidad y el odio acabaron sembrando el terror y la desolación. La guerra duró años y cuando ya parecía que no se podía perder nada más, una gran epidemia, jamás antes vista, acabó con los pocos que quedaban. Tan sólo yo logré sobrevivir, aunque deseaba con todas mis fuerzas que la muerte también me llevara. Suplicaba a los dioses todos los días que acabaran con mi agonía. Dejé de luchar y de alimentarme hasta que un día el calor penetrante de una mano rugosa me tocó la frente.*

*A partir de entonces, recuerdo noches de pesadillas en vela y una larga travesía a través de mares desconocidos. Luego, pasados los años, otra vez la misma paz que cuando recordaba el rostro de mi madre.*

*Por eso, ahora, que siento cómo creces dentro, te quiero llevar lejos. Intentaré por todos los medios que no se repita la historia para que los seres a los que más amo no vivan las mismas miserias y enfermedades que pasé, cuando niña, en aquella aldea.*

*La búsqueda de la felicidad no es siempre un camino sencillo, pero el destino me obliga a elegir. Puede que mis actos hayan causado más pesares que alegrías, pero todo lo que he hecho en mi vida, lo he hecho impulsada por un amor infinito que me unirá a vosotros para siempre. Un amor que me brindasteis sin apenas conocerme y que ahora, desde lo más profundo de mi alma, os devuelvo.*

*Primero a ti, mi Lupe, mi amor, mi marino. El que me guio durante la tormenta e iluminó mis noches oscuras en vela. A ti, mi amado querido, al que debo los suspiros de mi respiración y los pálpitos pausados de este corazón que nunca se cansó de amarte. A ti, que me rescataste del infierno, que aguantaste burlas y perdiste amistades sólo por intentar que una tenue palabra saliera de mis sellados labios. A ti, que me enseñaste que un corazón dañado, puede resurgir de su amargura y dolor, para amar pleno, libre, sin fronteras, ni limitaciones. A ti, que a pesar de todo lo que me diste, te dejo sufriendo, sin un hombro donde ahogar tu llanto. A ti, que cuando leas estas líneas sabrás comprenderme y perdonarme. A ti, a quien, sin tú saberlo, me has obsequiado con el reglo más preciado, algo único, muy tuyo y muy mío; el bendecido testigo y*

*fruto de las resacas de nuestro amor, saciado a la luz de las lunas llenas.*

*Y a ti, pequeño amor mío, a quien también dirijo esta carta. A ti, engendro de caricias y pasiones, de sudores y salitre, de besos que se clavan en lo más hondo. A ti, pequeña semilla de mi vientre, que revoluciona mi cuerpo, mi mente; que enturbia sin querer mis libertades y delimita mis fronteras morales.*

*A ti, a quien, en este mismo instante, siento dentro, con quien comparto mi sangre, mi oxígeno, mi vida. A ti, a quien, a pesar del desgarrar de mi alma, llevaré lejos, para que no sufras, para protegerte, para evitar que caigas en boca de malas mentes y habladurías retorcidas, para que la maldición nunca se repita.*

*Lo único que dejo se queda en esta cueva, que encontrareis algún día cuando busquéis respuestas. Una botella en la que guardo las cartas de amor a tu padre y un pequeño cofre de nácar, que me entregó mi madre antes de morir. En su interior; esta carta, donde intento explicar el porqué de mi huida. Y, por último, junto a la carta, la última voluntad de mi padre, su testamento con el legado al que mi madre renunció, para complacer a los dioses que tanto había ofendido. Ahora todo os pertenece. Todo es vuestro, tuyo y de tu padre.*

*No me culpéis de mi abandono, sino acordaros de todo lo que os he querido y os quiero. Siempre velaré porque vuestras almas no sufran.*

*Nunca dejaré de amaros, Vuestra esposa y madre, Etna Bou Lenoir.”*

Las lágrimas recorrían la cara de Clía. En ese momento lo comprendió todo. Siempre había anhelado hallar todas las respuestas. Había necesitado saber de dónde venía, cuáles eran sus orígenes. Y ahora, entre sus manos, en aquellas hojas amarilleadas, marcadas por el paso del tiempo; entre aquellas líneas escritas con dolor y lágrimas, yacían todas y cada una de ellas. Apretó la carta contra su pecho. Dejó que el llanto aflorara totalmente. Cerró los párpados y se tomó un tiempo para desahogarse. Pasados unos minutos y con los ojos aún borrosos, corrió hacia el policía. Darío le sonrió, sus miradas se cruzaron un instante y se abrazaron. Esta vez, Clía le estrechó con fuerza. El enlace se hizo eterno. Cuando ya se iban a separar, una robusta mano se apoyó en su hombro. Clía sintió el calor. Esperó tan sólo un instante a oír pronunciar su nombre.

—Clía, mi niña.

La joven volvió emocionada el rostro para encontrarse de nuevo con aquellos ojos. Esta vez no se asustó. Comprendió la profundidad de aquella mirada, que le devolvía, en unos instantes, la vida que creyó perdida.

—Padre —logró decir entre sollozos mientras se lanzaba a sus brazos—. Padre... —repitió en su oído en un susurro.

En la distancia una sombra les observaba. Aunque ella ya no estuviera, todo lo demás estaba en su sitio, tal y como llevaba planeando durante tanto tiempo. Ahora Lupe, Clía y Darío tenían mucho que compartir. Su alma podía descansar en paz, junto a la de su madre Santora y su padre Théodore para siempre. Con una orgullosa sonrisa se desvaneció dejando tras de sí un misterioso aroma a lilas verdes suspendido en el aire.

## Acerca del autor

### **Eva Esteban-Acebo**

Eva Esteban-Acebo es Periodista desde 1999, especializada en Periodismo de Investigación y en Coaching Integrativo. Ha desarrollado su carrera profesional en diferentes medios de prensa, radio y televisión, así como en el campo de la comunicación corporativa. Durante más de una década estudió y trabajó en Estados Unidos y, en la actualidad, trabaja y reside en Andorra.